

OG-06a Tratado sobre la explicación del Cantar de los Cantares, 1619. Cantar 6

Quiero que sepas, mi amada y queridísima esposa, que cuando me ruegas por los pecadores ingratos y casi obstinados, tus ojos derretidos en lágrimas y tu corazón lleno de amor, son armas tan formidables, que mi justicia cede sus armas a la misericordia, la cual no puede ni desea rechazar tus peticiones. Soy más atraído por tu amor de lo que lo fue Asuero por la bella Esther. Por ello, te concedo la liberación, no sólo de los inocentes afligidos, sino aun de los culpables. Yo convierto a los que te aman en otros Mardoqueos, y perdono a todos los demás. A ti te concedo mi amor, que, mediante la gracia, es la totalidad de mi Reino. Aun si no quisiera yo acrecentar tus méritos, me obligarías, por los atractivos de tus ojos, a cambiar mi decisión para permitirte gozar de mí glorioso en la tierra, o para llevarte muy pronto a mi gloria celestial. Privaría con ello a la tierra de la dicha que posee al gozar de tu persona, y de un domicilio en el que las almas que esperan pueden invocar mi presencia, para que las atienda movida por la piedad y la compasión.

Cuando la cananea vio que yo la rechazaba, se dirigió a mis apóstoles, los cuales me movieron a acceder a su petición. De igual manera, las almas a las que parezco desoír [2] acuden a ti, que eres mi predilecta, para obtener, por tu medio lo que por ellas mismas no pueden conseguir. El amor todo lo puede. El amor que arde en tu corazón lanza sus llamas a través de tus ojos, que me hieren con dardos de un atractivo tan potente, que me disuelvo en ti, para que más tarde puedas derramarte en mí. Para que así suceda, es menester que te diluyas del todo, de modo que puedas desear lo mismo que mi Apóstol, el cual fue urgido por tales llamas, que se vio obligado a exclamar: ¡Ay de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? (Rm_7_24). Agobiado por la caridad y el celo de las almas, llegó hasta aceptar el ser anatema y verse privado de todo consuelo por el bien de sus hermanos (Rm_9_3). Ahora bien, como por mi amor deseas amar al prójimo: Retira de mí tus ojos, que me subyugan (Ct_6_5).

Aparta los ojos del deseo de verme glorioso en el cielo, pues al verte aspirar y suspirar por mí, me veo como los que atienden un enfermo sediento, al que dan de beber por lástima antes de que desfallezca. Ceden, de este modo, al deseo ardiente del enfermo, pero desobedeciendo al médico que desea lograr su perfecta salud. Es verdad que mi gracia puede ser tan grande, que al satisfacer tu vehemente deseo no dejo de hacerte merecer en un momento lo que sería diferido en otras almas, porque mi ojo [3] es bueno, como dije a los trabajadores de la viña Sin embargo, con objeto de respetar mi mandato, aparta tu vista de las alegrías que podrías gozar en la gloria, y date cuenta de que una amazona valiente debe combatir mientras se encuentra en la batalla. Puedes escuchar de mí lo que dije a santa Teresa, que se moría de deseos de verme: moría porque no moría. Yo le manifesté que era necesario sufrir para gozar de la gloria que le tenía reservada, pero mediante un amor singular. Le dije que, si la gloria aun no llegaba, el mismo amor que la hacía esperar no la había creado para contraer un segundo matrimonio. Mi amor es suave y fuerte; mediante la dulzura, se inclina ante tu anhelo de verme, y mediante él me atraes hacia ti para que te traiga al cielo. Sin embargo, como mi amor es fuerte, desea que permanezcas en la tierra mientras que yo me escondo en el cielo, llevando a él conmigo todos tus afectos y aun los pensamientos más ordinarios, que son como los cabellos de tu cabeza. Tu entendimiento se eleva a través de conocimientos sublimes, que semejan las cabras que se apacientan en el

monte de Galaad: Tu melena cual rebaño de cabras que ondulan por el monte Galaad (Ct_6_5). Así como las cabras son ligeras y saltan al subir, así tus pensamientos son sutiles y llenos de alegría, de un gozo que estallar al saberme glorioso en el cielo. Así como Jacob se alegró al saber que su José gozaba y era feliz en su calidad de virrey de Egipto, así te alegras de que, en el cielo, se perciba claramente la verdad [4] de todo lo que la Escritura dice de mí y de todo lo que he dicho. Mis santos se alegran al verte fiel, iluminada por una fe firme que te acerca más a mí. Fe viva que, al ser animada por la caridad, causa que ésta arregle tus cabellos en rizados bucles para venir a cautivar me hasta mi trono, haciendo para mí un collar más precioso que las cadenas de oro y pedrería que suelen portar los reyes. Tus cabellos están aderezados con polvos de violeta de aroma admirable, que es la humildad. Fe, humildad y caridad que ejercen tanto poder sobre mí, que me obligan a ceder a sus deseos. Si los enamorados del siglo se glorían al portar las libreas de sus amadas, yo, que sé amar más que ellos, me glorío mucho más en ellas. Tus dientes, un rebaño de ovejas, que salen de bañarse. Todas tienen mellizas, y entre ellas no hay estéril (Ct_6_6). Es tal la purificación de tus sentidos, que parecen ser espíritus; son tan ingenuos y sencillos, que sólo tienden al soberano bien. Han escogido la mejor parte. De Marta que eran, se han convertido en María gozando de un dominio absoluto sobre todos los objetos que pueden conmocionarlos o atribularlos. Su modestia arroba a los ángeles de admiración. Cuando consideran lo que es puramente material o corporal, imitan, con el poder de mi gracia, todo lo que es espíritu. Tu modestia me honra. La belleza que se manifiesta en tus sentidos es como una vestidura luminosa. [5] El profeta dice que estoy revestido de luz. En el día de mi Transfiguración, mis vestidos aparecían blancos como la nieve y mi rostro brillaba como el sol. Esta belleza atrajo a Moisés del limbo, a Elías del paraíso terrenal y a mis apóstoles de la tierra, cuya cabeza y príncipe, no pudo menos de exclamar, extasiado ante tanta belleza: Señor, bueno es estarnos aquí (Mt_17_14), más aún; mi Padre y el Espíritu Santo, como movidos por santos y divinos celos, acudieron, podría parecer, deseosos de proclamar su amor. Como sobre esta montaña, estábamos en consejo yo y mis servidores, mi evangelista dice: Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra: se trataba de la persona del Espíritu Santo. Y de la nube salía una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle (Mt_17_5). Advierte, querida mía, que mi Padre quiso mostrar así que mi belleza es el objeto de su amor y complacencia. La conversación que tuvo lugar se refirió al exceso de amor que llegaría a su culmen en Jerusalén, donde me entregaría yo a los hombres mediante la institución del divino Sacramento. Dicho exceso de amor se cumplió a la letra en Jerusalén; un exceso de la benevolencia de nuestra Trinidad, que quiso entregarse a la humanidad a través del don que haría yo de mi cuerpo glorioso, bajo las especies de pan y vino: Cuyo bien procede de él, y cuyo poder nos da el trigo de los elegidos y el vino que engendra vírgenes (Za_9_17). [6] La Transfiguración fue figura de todo esto. Deseaba yo demostrar que podía tan bien dar mi cuerpo oculto bajo las especies, sosteniéndolas sin su propia sustancia, como había yo suspendido mi gloria mediante un milagro continuo, que dejó de darla a mi cuerpo por espacio de treinta años. En el primer caso, obré una transfiguración exterior; en el segundo, una transubstanciación interior, cambiando el pan en mi cuerpo. La primera se dio para permitir a los hombres admirar la gloria que había yo ocultado; la segunda, para admiración de los ángeles, al ver el recurso del amor, que deseaba de ese modo ocultarse para alimentar a la humanidad, obrando un exceso de prodigalidad divina, que sobrepasaría todos los banquetes de los hombres, pero de una manera admirable, para alimentar y revestir a mi esposa, a fin de que sus dientes se blanquearan al beber mi sangre, blanca como la leche, y

al comer mi cuerpo, puro como la flor del trigo, saboreando ya en la tierra el mismo manjar que los bienaventurados en el cielo, pero con un doble privilegio: el acrecentamiento de gracia y de gloria. Cuando un alma crece en grados de gracia, acrecienta su grado de gloria.

[7] Por ello es muy cierto que los dientes de la esposa semejan un rebaño de ovejas, ya que sus sentidos interiores y exteriores son moldeados por mí mediante la manducación de mi cuerpo. Así como soy un cordero, ella se transforma en oveja, que produce dos frutos gemelos: la gracia y la gloria. Son éstos bienes eternos para los espíritus y dones para el cuerpo, debido a que este sacramento es germen de inmortalidad y causa de la resurrección de los cuerpos. Ya desde esta vida, los cuerpos reciben alivio mediante su recepción. También serán mortificados, por ser una realidad que éste es un baño en el que el alma es purificada y transformada en aquel a quien recibe: el Cordero sin mancha que lava y blanquea las túnicas de sus amadas, y que borra los pecados del mundo en virtud de su preciosa sangre. Cuando la esposa comulga, alegra a los espíritus celestiales: los ángeles y los santos, y conforta a los habitantes de la tierra. El doble fruto, los que están en el purgatorio y los que siguen en la Iglesia Militante, son como corderitos gemelos. La Iglesia Militante obtiene el alimento de estas pobres almas, que están como amortajadas y sin posibilidad de ayuda, si no se les pone el pezón en la boca mediante los sufragios. Las otras son como hijos ya crecidos, que aportan su cooperación, por estar aún en estado de merecer.

Pero así como el alma o la esposa deben haber esquilado, mediante la vía purgativa, la lana superflua, no se dice en el segundo pasaje que sus dientes son emparejados, como las ovejas del primero, que ya expliqué. [8] Por ello no debe afirmarse que esta redención es innecesaria y superflua, en tanto que la primera se lleva todo el sentido. La primera es propia para la meditación: se la compara con los dientes que mastican el alimento, y que hacen el oficio de navaja, cortando por sí mismos y desechando el alimento superfluo.

La segunda forma se refiere a la contemplación, que une el alma a su amado. Por ello, no tiene nada en común con la primera, en la que se dice: y entre ellas no hay estéril (Ct_6_6), como si el esposo quisiera decir: Aunque posees grandes gracias, existen imperfecciones entre tus obras y las mías." La consideración del castigo y del deseo de recompensa que se deslizan en sus intenciones, y sus consideraciones no estériles, producen dos gemelos: el temor al juicio y el deseo del salario o de la dicha del reposo celestial. El otro pasaje dice: y entre ellas no hay estéril. Las operaciones de los sentidos no se hacen ya por temor al sufrimiento ni con esperanza de una recompensa, sino para agradar al amado, que es el único fin en su calidad de esposo único, al que pertenece la esposa, que ha dejado de ser de sí misma.

Tus mejillas, como cortes de granada a través de tu velo (Ct_6_7). Querida mía, la granada es agradable a la vista y al paladar al ser cortada. Cuando es dada o presentada a un amigo, o por compasión a un enfermo, le complace doblemente, tanto por ser agradable, como porque es ofrecida por amor, que es la causa de que el ser amado la estime más. Lo que de ordinario, gusta más al enfermo, es lo que apetece y le ofrece la mano de una persona querida. El beso casto y espontáneo de una esposa, es más agradable que si el esposo lo tomara por autoridad, sin que la esposa accediera a sus deseos.

Por ello, amada mía, como herido de tu amor y conquistado por ti, gozo del beso que me cura, pero mucho más el afecto interior que hay en ti, y que me das en tan delicioso beso. Tu interior oculto es una santa y divina participación del amor puro infundido por el Espíritu Santo que habita en ti, el cual adorna tus mejillas con mi sangre, cual si fueras otra

Inés: Puso un signo en mi rostro, para que no reconozca otro amor sino el suyo solía decir mi angélica Inés.

Todo, pues, en tu rostro, es un signo de mi singular amor. Al no desear amar sino a mí, yo mismo te digo: [10] Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas, e innumerables las doncellas (Ct_6_8). Tengo sesenta reinas entre las almas que están en estado de gracia, de almas santificadas desde su infancia. Tengo ochenta concubinas, es decir, las que son confirmadas en gracia después de sus caídas. Tengo también otras que, cual innumerables jovencitas, pueden caer pero también ser elevadas a un estado altísimo. Todas ellas están destinadas a mi palacio y serán, en ocasiones, admitidas a mi tálamo. Tú, en cambio, la más querida, eres mi única paloma. Tú eres mi perfecta y la que es, con mayor legitimidad, elegida y engendrada por tu madre. La caridad te da la vida; caridad que es Dios, y que te mueve a decir por participación: "El que vive en el amor, vive en Dios, y Dios en él" (1Jn_4_16). El que se adhiere a Dios, se hace un mismo espíritu con él.

Entre amigos, todas las cosas son comunes. Este ha sido el deseo de mi Padre para el mundo desde toda la eternidad: darle a su propio Hijo, a fin de él mismo lo salve (Jn_3_16). Sí, ha querido salvar al mundo mediante su propio Hijo, aunque el mundo lo haya tratado con tanta rudeza. Si tanto amó a sus enemigos, ¿puedes imaginar cómo manifestar su amor a sus amigos? Ni el ojo ha visto ni el oído oyó, ni el corazón humano al elevar sus pensamientos ha podido llegar a comprender los bienes que el amor divino prepara para los que ama (1Co_2_9).

El profeta Isaías vio de muy lejos el amor que tenía yo a todas las almas rescatadas, el cual manifestaría a muchos después de mi Encarnación. [11] Para las almas escogidas, todas las reglas generales tienen excepciones. Tú eres una de ellas, amada mía, mi paloma, mi toda hermosa: Única es mi paloma, mi perfecta. Ella, la única de su madre, la preferida de la que la engendró. Las doncellas que la ven la felicitan, reinas y concubinas la elogian (Ct_6_9).

Asuero quiso presentar a su Esther para que fuera el ornamento de su mesa. Deseaba también mostrarle sus delicias y la gloria de su reino, en el que reemplazaría a Vashti, la cual, debido a su soberbia, perdió esta felicidad. De igual manera, amada mía, quiero presentarte a mi derecha adornada de mi gracia por diversos dones. A causa de su orgullo, Lucifer fue expulsado de mi diestra. De haberlo querido, Lucifer, que significa portador de luz, hubiera sido un astro brillante en el cielo. Su arrogancia, empero, lo cambió de luminoso en tenebroso; y así como fue príncipe de luz, es ahora príncipe de tinieblas. Quiero que tú ocupes las ruinas causadas por este espíritu rebelde, y que mis ángeles y todos mis santos: los inferiores, los intermedios y los superiores, te alaben y te proclamen dichosa.

Yo, que soy la causa de tu gloria, deseo glorificarme en ti y por ti en presencia de todos mis príncipes. Quiero que sepas [12] que yo bajar, de lo más alto de los cielos, es decir de mi trono, sin dejar mi diestra. Bajar, para venir a ti, fijando mis ojos y mi corazón en ti, presentándote el cetro de mi gloria para besarte. Llevo mi principalidad sobre mis hombros --las llaves de la vida y de la muerte. Reino por medio de ambas. Reino en gracia y reino en gloria. Vivo en lo más alto de todos los cielos y contemplo al humilde.

Tanto en el cielo como en la tierra, deseo levantar al pobre que parece estar sumergido en el cieno y en peores condiciones de vida, a fin de colocarlo entre los príncipes, pero los príncipes de mi pueblo elegido. Por esta razón exclama el profeta: ¿Quién como el Señor, nuestro Dios, que se sienta en las alturas, y se abaja para ver los cielos y la tierra? El levanta del polvo al desvalido, del estiércol hace subir al pobre, para

sentarle con los príncipes, con los príncipes de su pueblo. El asienta a la estéril en su casa, madre de hijos jubilosa (Sal_113_5s).

Yo tomo a las almas que parecen estériles según los criterios humanos, para que moren conmigo en el cielo, haciéndolas madres de méritos deliciosos en sumo grado. Ellas son causa de conversiones admirables, que son como hijos de alegría. Yo hago fecunda su virginidad y casta su generación, que es bellísima en su luminosidad. Tú eres mi más querida, escogida para ser la admiración de todas mis criaturas, de manera que todas ellas exclaman: ¿Quién es ésta que surge cual la aurora, bella como la luna, refulgente como el sol, imponente como batallones? (Ct_6_10). [13] ¿Quién es ésta que nos saca de la noche de nuestros malos hábitos mediante la claridad de su vida, con la luz que recibe del sol, que está próximo a obrar un nuevo Oriente en ella? La vemos aumentar en esplendor y belleza como la aurora, adornada con tan bellos colores, que encanta nuestros ojos y nuestro corazón, invitándonos a levantarnos del lecho de nuestros vicios, donde yacíamos como en la sombra de la muerte, sepultados en las tinieblas de nuestras iniquidades, con las que pretendíamos servir al que nos da el ser, poniendo nuestros pecados como una barrera que obstaculizaba (la entrada) de su gracia en nuestras almas.

Esta bella aurora, sin embargo, surge con tanto adelanto, que no podemos tardar más en levantarnos para ocuparnos en las obras de la luz, cuando nuestros pecados serían todavía más negros que la costumbre, que se ha hecho en nosotros como una segunda naturaleza. Ella es hermosa como la luna. Ella nos hará partícipes de las influencias que Dios quiere que comunique en la tierra. El divino sol de justicia la hace semejante a él por participación de luz, según su poder y la oración que dirigió a su Padre la noche de la Cena. Más todavía: la maravilla que observamos en ella es que es terrible ante los enemigos, como un batallón ordenado por la estrategia del Señor de los ejércitos, el cual le comunica su poder o su fuerza, exponiéndose por ella y sus amigos. Lo que es más de admirar, es que este ejército se mantiene pacífico [14] en sí mismo, cual un coro de música armoniosa en presencia de Dios, de los ángeles y de los hombres, que son los espectadores de las maniobras que realiza, que son recompensadas con dotes riquísimas por aquel que posee en sí mismo todos los tesoros de las riquezas de la ciencia y de la sabiduría del Padre. El Padre se alegra al ver que su Hijo tiene una esposa tan valerosa como otra Judith, siendo la alegría de su pueblo y la gloria de Jerusalén (Jdt_15_9). Su luz brilla sobre la tierra, glorificando con sus buenas obras al Padre que está en el cielo.

Esta aurora no deja de emerger, tendiendo a su pleno día porque esta vida nos es dada para crecer y multiplicarse. Es un camino en el que, no avanzar, es retroceder. Avance que, lejos de envejecer a la esposa, la embellece como una luna llena, a la que el sol hace luminosa con su presencia, preparándola a ser elegida por el Padre, a cuya derecha pueda sentarse, como su Hijo lo pidió: Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté están también conmigo, para que contemplen mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo (Jn_17_24).

Cuando Dios habla al alma por su profeta, dice que la ha amado por toda la eternidad: Refulgente como el sol (Ct_6_9). Los demonios temen acercarse a esta alma. Se espantan ante la que, con su solo mandato, deshace todas sus argucias. Si tratan de construir una torre de presunción sobre sus fuerzas naturales, de la que Job dijo que no hay fuerza en la naturaleza humana que se le pueda comparar; la gracia que se concede a esta brava guerrera, los hace morder el polvo. La confusión resultante los confunde más aún, haciéndoles olvidar sus intentos. Ella se da cuenta de su astucia gracias a la inspiración del divino Espíritu, el cual condujo al Salvador al desierto para ser tentado y derrotar en él a

todos los demonios. A la esposa se le concede una victoria similar para triunfar sobre todos ellos, afirmándose tranquila y gloriosa en el nombre de su esposo, al que atribuye su gloria. Los ángeles se acercan para servirle manjares celestiales, y para unir su voz a esta música, conservando su partitura y, el Espíritu Santo, el compás. Al nogueral había yo bajado para ver la floración del valle, a ver si la vid estaba en ciernes, y si florecían los granados (Ct_6_11).

¿Qué quieres decir, querido amor, con este descenso al huerto de los nogales a fin de contemplar la floración de los valles, y observar si la viña florece, si comienzan a brotar las granadas? Significa que vienes a probar de algún modo amargo a tu esposa, y comprobar que posee virtudes interiores como el meollo de la nuez, que puedan dar aceite cuando el fuego de tu amor y la prensa de las aflicciones traten de machacarla. Tú mismo quieres tentarla y probarla, a fin de hacerla digna de imitarte, sobre todo en estas tres virtudes: la dulzura, que se compara al aceite; la humildad, que se equipara a los manzanos de los valles. Quieres ver si continúa siendo humilde después de sus victorias y si te las atribuye, cual debe ser. Deseas, como otro Noé, constatar si la viña plantada de tu propia mano ha florecido; si tu esposa exhala un buen olor hacia el prójimo, y si en ella crecen las granadas de la caridad mediante el celo por las almas, diciéndole que no nació para ella sola.

¿Qué significa esto, amado mío? ¿Quién hubiera dicho que ibas a escrutar tan de cerca a tu esposa, exponiéndola, en fin, a una rendición de cuentas tan exacta? Sé bien que se dijo que examinarías de cerca a la vieja Sinapá y a la antigua Jerusalén con una luz ardiente. Pero a esta nueva Jerusalén [17] adornada de tus gracias, acariciada por ti con ternura, ¿Quién lo pensaría, de no ser porque tú mismo dijiste que a tus amados los reprendes y castigas? Yo a los que amo, los reprendo y corrijo; al justo más lo justifico, y más lo santifico (Ap_3_19).

Purificas a tu esposa como el oro purísimo, como dice san Juan, el águila, al referirse a la santa ciudad de la nueva Jerusalén. Lo haces para hacerla semejante a ti, que fuiste probado hasta morir sobre una cruz. Eres como una nuez golpeada y triturada para dar a los pecadores el aceite de la misericordia, cual un manzano abatido hasta las partes inferiores de la tierra, en los valles del limbo. Tú eres la viña en la que tu Padre es el viñador, el cual ninguna pena te ahorró. A través de inclementes trabajadores, te obligó a cavar, podar, atar, deshojar, cortar de nuevo, pisar y prensar. Tu caridad, empero, te hizo borbotear y surgir, al grado en que podemos cambiar las palabras del profeta para significar que las naciones acuden a sacar vino de las fuentes del cuerpo del Salvador, que es el verdadero pan que reconforta y el vino que alegra el corazón del hombre. [18] De este modo, aunque el alma no sea lo suficientemente fuerte para poder beber de este vino, a causa de la fiebre de sus continuas faltas, eres para ella un fruto de granada, para recrear el apetito estragado del enfermo. Tu cuerpo es, en su incisión, como una granada en el costado, sin cuya abertura no se vería lo que está escondido en su interior, que es tu corazón amoroso, embriagado de puro amor. Tu costado derramó sangre y agua en abundancia, hasta la última gota, deseando así pagar por nosotros en rigor de justicia, diciéndonos: Porque si en el leño verde hacen esto, en el seco, ¿qué se hará? (Lc_23_31).

En esta pasión, la creación entera parece estar conmovida y desolada. Los ángeles de paz lloran amargamente, el sol se oscurece, tiembla la tierra, las piedras se desgajan, los sepulcros se abren y devuelven a sus muertos; el velo del templo se rasga y la Virgen es traspasada por la espada de dolor, sostenida por el poder divino de pie junto a la cruz de

aquel que, a pesar de sostener el mundo o globo terráqueo con tres dedos, está reducido a sufrir la humillación de esta pasión, según las narraciones de sus evangelistas.

San Juan dice que, afirmó que sería traicionado, y que todo el que lo recibe, recibe a aquel que lo envió: Cuando dijo estas palabras, Jesús se turbó en su interior (Jn_13_21). Y en san Mateo: Comenzó a sentir tristeza y angustia (Jn_26_37). Y en san Marcos: Y comenzó a sentir pavor y angustia (Mc_14_33). En san Lucas: Pedid que no caigáis en la tentación. Y se apartó de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba diciendo: Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Entonces, se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. Y sumido en agonía, insistía más en su oración (Lc_22_40s). Y más tarde: Eloí, Eloí, lema sabacthani? que quiere decir, Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado? (Mc_15_34).

Como dije antes, todas las cosas son comunes entre amigos. Por eso nos dices, Jesús mío, que preparas tu reino para los tuyos, así como tu Padre lo hizo para ti, y que debemos soportar la tentación en tu compañía.

No es de admirar, por tanto, que permitas la tentación, ni que sometas a la prueba a tu esposa con un suave rigor, que sin embargo la aflige y pone a prueba su mente, no sabiendo a qué atenerse por ignorar la causa de un cambio tan brusco.

Cinco días antes de tu muerte fuiste proclamado bendito en la ciudad de Jerusalén, donde se agitaron palmas como signo de victoria. Tú, en cambio, derribaste las mesas y los bancos e hiciste un látigo [20] con las cuerdas para atar a los animales que vendían en el Templo, echando fuera de él a los vendedores y compradores; y mostrando con ello tu poder absoluto sobre toda la creación.

El viernes siguiente, sin embargo, fuiste clavado en una cruz, despreciado y abandonado casi de todos. Tu Padre, que había dicho que eras su Hijo amado, pareció desconocerte, y tuviste que preguntarle por qué te abandonaba de ese modo, como si ignoraras que su amor a los hombres permitía todo aquello, como en una ocasión dijiste a Nicodemo.

La esposa, afligida, por desconocer de pronto la causa de sus penas, exclama: Sin saberlo, mi deseo me puso en los carros de Aminadab! (Ct_6_12). Como si dijera: Cuando podía estar en reposo y gozando la gloria de mis victorias pasadas, escucho un ruido como de carros de un príncipe, que se acerca como para entrar en nuestras tierras. No sentimos temor. Su fragor parecía el de los carros de Aminadab en su paso por el Mar Rojo.

Aunque las aguas se abrieron, no dejé de amedrentarme, pensando que podrían cerrarse estando yo en medio de ellas, devorándome en sus olas, que por aprensión natural han invadido mi alma, que se ha turbado por su causa, [21] ya que ignora si estas aflicciones me vienen para gloria de mi esposo, o que, siendo culpable, haya resuelto hundirme en el mar de su ira, como hizo con los Egipcios. ¿Será que desea que saque fuerzas de mi debilidad y lo contemple como Aminadab, después de que hubo dicho que el príncipe de las tinieblas nada tenía en común con él, y que deseaba manifestar el amor que tenía a su Padre observando a la letra sus mandatos?: Pero ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado. Levantaos, Vámonos de aquí (Jn_14_31), O tal vez que lo considere saliendo del huerto después de haber orado y dicho a sus apóstoles: Mirad, ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de pecadores. ¡Levantaos, vámonos! Mirad que el que me va a entregar está cerca (Mt_26_45s).

Judas, el que me traicionar, se nos acerca con su tropa, armado no sólo con las armas ordinarias, sino con una rabia extraordinaria. Todo el infierno integra su banda, que

es capitaneada por príncipe de las tinieblas, el cual recurrir en esta hora a su poder decisivo, para perderlo con mi muerte, que ser la muerte de la muerte y el agujón del infierno. ¡Valor! Salgamos al encuentro de este ejército. Ten confianza, esposa mía. Yo he vencido al mundo. Yo he convertido los tormentos en delicias; yo he calmado las aguas [22]; yo he embotado las armas de los enemigos, para que sus carros de guerra no te atribulen. Comparado al enemigo, Aminadab no debe asustarte. Si avanza para combatir, lo haré retroceder. Quizás yo mismo soy este Aminadab, que te abre los caminos en el Mar Rojo de mi sangre para permitiré pasar a pie enjuto.

¡Oh, mi arca mística! ¡Ten valor y no huyas! No dejo de complacerme en tu aflicción, al verte dudar si soy yo quien abre camino; no quieres arriesgarte, temiendo seguir a un príncipe extraño para ti. Con ello muestras tu fidelidad a tu rey, tu esposo, tu hermano y tu Dios. Dios, que es trino en persona y uno en esencia, es quien te llama para encontrar sus delicias contemplándote; y al hacerlo, colmarte de sus gracias mediante una divina infusión, que penetra todo tu ser. ¡Vuelve, vuelve, Sulamita! (Ct_7_1).

OG-06a Tratado sobre la explicación del Cantar de los Cantares, 1619. Cantar 7.

Vuelve, pacífica Sulamita, por el poder del Padre; vuelve a través de la sabiduría del Hijo; vuelve mediante el amor del Espíritu Santo; vuelve en la única voluntad de la Trinidad Santísima. Es la voluntad de Dios, que se hizo hombre, que seas divinizada por participación. Dios mismo desea penetrar en ti. [23] Las tres divinas personas, que desde el comienzo del mundo dijeron: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gn_1_26), te llaman para comunicarte sus dones. La segunda persona, que se hizo hombre, te llama de nuevo y por cuarta vez a fin de que sus dos naturalezas te penetren: presta, pues, atención: ¡Vuelve, vuelve, Sulamita, vuelve, vuelve, que te miremos! (Ct_7_1). ¿Qué miráis en la Sulamita, sino a una danza de dos coros? (Ct_7_2)

Sabes muy bien, Dios mío, que estoy en la milicia; que es necesario que disponga siempre de las armas para combatir. Es verdad que tu gracia es suficientemente poderosa para darme la victoria, y que cuando te dignas combatir por mí, el orden que hay en mí es como un coro de música, que causa la dispersión del enemigo. Tú, amigo mío, permaneces conmigo por amor, pensando en mí; la fuerza y la gracia que hay en mí proceden más bien de tu bondad que de mis méritos. ¡Qué lindos son tus pies en las sandalias, hija de príncipe! Las curvas de tus caderas son como collares, obra de manos de artista (Ct_7_2).

[24] ¡Mi muy amada! ¡Cuán bellos son tus pasos y tu caminar en tu calzado! Muestras claramente que eres hija de príncipe. Tu porte es siempre real y arrebató mi corazón de rey más fuertemente que el de Judith a Holofernes, cuando ella salió en su búsqueda con sus hermosas sandalias, de las que se dijo: La sandalia de ella le robó los ojos, su belleza le cautivó el alma, y la cimitarra atravesó su cuello (Jdt_16_9).

Tu humildad y el temor que tienes a extender tus afectos a otro que no sea yo, son el calzado que cubre así tus pies, calzado que está atado por bellas rosas entretejidas de oro precioso; con cintas enriquecidas con las perlas y piedras precisas de las virtudes, anudadas por tu firme resolución de no amar sino a mí. Tu calzado es brillante como una luna cuando el sol le comunica su claridad.

Así como la luna no tocaría la tierra sino con un extremo, si se la pusiera encima de ella, a causa de la forma que tiene, así tú, amada mía, cuya conversación es más del cielo

que de la tierra, la tocas muy poco, únicamente lo que pide la naturaleza, y eso por pura necesidad.

Has extendido tu calzado aun a la Idumea, atrayendo a mí almas pecadoras, debido al progreso en la perfección [25] y a los pasos de tu caridad, los cuales hacen volver a mí ley a los más alejados. Tú encadenas a las almas como un collar compuesto de varias cadenillas o hebillas adornadas con piedras de gran precio, que atraen a dichas almas, en especial a las jóvenes. Por ello siguen tus huellas, admirando tu caminar y tu porte majestuoso, que las motivan para seguir sus atractivos, que presentas con pasos amorosamente castos, por poseer en ti una modesta diligencia.

La alegría de tu corazón te da la gracia, la cual tiene su origen en mi amor, que te pone al ritmo de mi voluntad. Se trata de mi divino Espíritu, el admirable artífice, que ha compuesto la articulación de tus muslos en forma de collar místico, divinamente elaborado, uniendo la fecundidad con la virginidad. Estas gemas preciosas son las virtudes que nuestro amor produce como hijos perfectísimos, que son el adorno de la Iglesia, de la que se dice que es el cuello y yo, su cabeza. Cuello que me cautiva, pero sobre todo al unirme a mí mediante una divina unión, que debe llamarse unidad, ya que se dice que mediante el matrimonio hecho en presencia de mi Iglesia, los casados son dos en una carne.

En nuestro matrimonio perpetuo, sagrado y divino, somos dos en un Espíritu, [26] es decir, somos uno mediante la fuerza del amor castísimo y virginal. La unión de nuestros cuerpos se consume divinamente, aumentando en ti la pureza, de manera que puedes exclamar a una con Inés, mi esposa: Amo a Cristo, a cuya cámara nupcial entraré; cuya madre es virgen; cuyo Padre no conoce mujer. El es para mí un órgano melodioso, a cuyo son cantaré. Cuando le amo, permanezco casta; cuando lo toco, sigo siendo pura; cuando lo recibo, sigo siendo virgen. Me ha dado en arras el anillo de su fidelidad; me ha adornado con joyas preciosas. Tu ombligo es un ánfora redonda donde no falta el vino (Ct_7_3).

Esposa mía, tu ombligo es un canal bien redondeado que nunca se seca, porque posees en tu seno un río, que es el Espíritu Santo, al que has recibido. Tú eres mi canal; por tu medio, por tu ombligo, concedo mis gracias. Jamás está vacío o indigente, por ser capaz de llevar en él virtudes y almas cual pequeños infantes, que en sus entrañas de caridad buscan su alimento. Este ombligo hace de ti una mamá. Eres un conducto que nutre a los pequeñuelos, dándoles su poción, que es la sustancia de la madre en que te convierto. Madre que recibe en ella las aguas de la fuente de vida que es Dios, mediante la infusión de la gracia que el Espíritu Santo derrama en ella. Esto significa que él transforma a esta esposa en un manantial que brota y del que fluye agua viva. La esposa dice: El que crea en mí, como dice la Escritura: de su seno correrán ríos de agua viva. [27] Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él (Jn_7_38s).

Como la fe acerca a Dios y Dios dice por Oseas que desposa al alma en la fidelidad, es muy cierto entonces que, siendo esposo, ha recibido a su Santo Espíritu, el cual obra y produce en ella estas aguas celestiales, que son pura inteligencia, y de las que se alimentan las almas. Ella tiene para dar su poción a los sedientos, que encuentran en ella su refección perpetua, lo cual no debe interpretarse como cosa corporal.

El esposo le dice además: Tu vientre, un montón de trigo, de lirios rodeado (Ct_7_3). Tu vientre, amada mía, es fecundo en castidad. Es José, que acrecienta la provisión del trigo de los elegidos. Todas sus comuniones, al juntarse, producen méritos, de manera que, sin salir al campo a pizar, tienes con qué alimentar una cantidad de almas. Soy yo quien, estando escondido en ti, me abajo para fructificar. Soy el grano que muere para darte la vida, multiplicando en ti mi simiente para enriquecerte castísimamente. Es así

como sobre este trigo se siembran lirios de pureza, que hacen visible la pureza de nuestro matrimonio, produciéndolos a manera de lirios blanquísimos, en su primera inocencia. Tus dos pechos, cual dos crías mellizas de gacela (Ct_7_4). Tus pechos, como dos gemelillos de cabra, [28] que absorben su alimento de la fuente divina. Uno de ellos es el amor a Dios; el otro, el amor al prójimo. Ambos pechos son succionados por la boca de las dos naturalezas del divino esposo, no por indigencia, sino ante todo por complacencia. De manera similar, quiso el Salvador que sus apóstoles le entregaran los peces que habían pescado y la miel que les había quedado, para mostrarles que se complacía en su comida y en su compañía tanto como en la de la gloria; y que los peces que les había ayudado a capturar le eran tan agradables como los manjares que los ángeles le servían en el cielo, que son del todo espirituales, más aún, él no tomó la naturaleza y sustancia angelical para unirse a ella como a la naturaleza humana, a la que se unió mediante la unión hipostática, situándola sobre el soporte divino, deseoso de que su persona divina, a través de la naturaleza humana, se alimentara de los pechos de su madre, que estaban colmados de leche del cielo, que él absorbía complacido; leche de la gracia que la llenaba, pero también leche natural y sustancia virginal suya.

Tu cuello, como torre de marfil (Ct_7_5). Tu cuello, esposa mía, es puro como una torre de marfil, cuya blancura llena de placer. Se parece a mi corazón, al que deben atribuirse estas palabras: Su vientre, de pulido marfil, recubierto de zafiros (Ct_5_14), ya que a través de la unión que hago contigo, somos hechos semejantes, porque el amor asemeja a los enamorados.

Tu cuello está adornado con mis zafiros celestiales y todas mis piedras preciosas. Tu cuello es el canal mediante el cual mi Padre, el Espíritu Santo y yo vertemos los licores de nuestras gracias, para ser el alimento de los hijos, cuyo padre es el amor y la caridad, la madre. Eres una torre repleta de vituallas para los que están destinados a combatir al enemigo. Eres una torre que brinda seguridad, porque mi amor es su centinela. El la vigila como a su ciudad, refugiándose en ella cuando los pecados lo expulsan del mundo y le hacen la guerra.

El es este amor gemelo, porque se ama a sí mismo y a sus criaturas, adheridas a su cuello cual si se tratara de dos bebés colgados del cuello de su madre, a los que ella mira dulcemente, con ojos que les muestran cuánto desea su bien, y el contento que experimenta al alimentarlos con su propia sustancia. Según san Juan, el amor nutricio no es inferior al amor maternal. Nos lo dice repitiendo con Jesús que el Padre amó tanto al mundo que le dio a su propio y único Hijo para salvarlo mediante su muerte, que fue el alumbramiento de los hijos de la Iglesia. El mismo discípulo amado, deseoso de expresarnos el ardor del amor nutricio, exclama: Como amaba a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (Jn_13_1). [30] Como si dijera: Jesús, después de dar a luz a sus apóstoles, quiso él mismo ser su nodriza, alimentándolos con su propia sustancia al instituir el santo Sacramento del altar con un amor infinito. Sus ojos divinos, que sabían y podían penetrar todos los secretos divinos y humanos, anunciaban a su corazón amoroso la providencia que deseaba dejar a sus hijos; ojos que fueron como las piscinas de Jesbón (Jn_9_7), cercanas a la puerta de Bat Rabbim.

Con preferencia al Templo de Salomón, dejó a su Iglesia católica, que quiere decir universal en cuanto a multitud, su ojo y su corazón amantísimo. Su ojo es el divino Sacramento, en el que se encuentra en persona el Verbo divino revestido de nuestra humanidad, y por concomitancia el Padre y el Espíritu Santo; ojo que nos transmite su influjo por pertenecer al sol divino, que es causa de toda nuestra dicha.

Su corazón es el divino Paráclito, el cual ha dado y dejado a su Iglesia, [31]. Habló de él antes de su muerte, exhortando a sus discípulos a observar sus mandatos y diciéndoles para consolarlos de su ausencia visible: Yo pediré, al Padre y os daré otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros. No os dejaré huérfanos: volveré, a vosotros. Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero vosotros sí me veréis, porque yo vivo y también vosotros viviréis. Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos y los guarda, éste es el que me ama, y el que me ame, será amado de mi Padre: y yo le amaré y me manifestaré a él (Jn_14_16s), más tarde el mismo Salvador, refiriéndose a los dones que deseaba concederles: Mucho tengo todavía que decir, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros (Jn_16_12s).

[32] Como se dice ordinariamente que el conocimiento engendra y produce el amor, mi Padre, al contemplarse, me engendra y juntos producimos el amor común, nuestro divino Espíritu, el cual recibe de mí y de mi Padre nuestra producción. Así como mi Padre puso todo en mis manos, así me entrego a mi Iglesia en el divino Sacramento. Lo hago en calidad de ojo divino, de sabiduría eterna, para ser en ella una piscina que rebose con las aguas de mi gracia en ella; como la hija de la multitud (Bat Rabbim), que siempre tiene las puertas abiertas para recibir en ella a sus hijos, aun los que se han extraviado y desean volver a ella. Tus ojos, las piscinas de Jesbón, junto a la puerta de Bat Rabbim. Esta insignificativa piscina es el divino Espíritu Santo, que es todo amor, por ser el mismo amor. Es nuestro corazón divino, y también un ojo muy penetrante, cuya vista iguala en todo a la de mi Padre y la mía. Estos dones se dan a la Iglesia para que vea con dos ojos y para derramar y distribuir, como dos piscinas, las aguas de nuestro divino manantial, para lavar, purificar y saciar con ellas a todos sus hijos. Tan pronto estas piscinas fluyen con dulces lágrimas de grandísimo gozo, como con lágrimas de una suave y amarga contrición por todos los pecados cometidos contra mi [33] voluntad, sea por los católicos, sea por los herejes y paganos. Y así como las fuentes que proceden de un manantial vivo y abundante no dejan de correr, sin desperdiciar sus aguas aun cuando nadie las aproveche, mi esposa la Iglesia nada pierde cuando la malicia de los obstinados les impide lavarse y beber de dicha agua. Como esta fuente procede de mí y a mí retorna, obtiene de mí sus méritos. A ella me referí cuando dije a mis apóstoles: Si en algún lugar no reciben la paz, ella volverá a ustedes. Yo mismo me complazco en beber de estas aguas, mismas que pedí a la samaritana y en las que me bañé para santificarlas de nuevo. Tu nariz, como la torre del Líbano, centinela que mira hacia Damasco (Ct_7_5).

Los herejes no tienen ni piscina ni agua, por no estar unidos a esta hija de la multitud. Carecen también de nariz y de torre, de manera que se encuentran siempre en manos del príncipe de las tinieblas, siendo cegados por él. Tampoco sienten ni descubren sus huellas: Es como un lobo que los sofoca si intentan ladrar. Cuando él los sitúa, carecen de torre de refugio o de municiones. No pueden ni quieren subir por encima de su razón humana, ni dejarse cautivar por los misterios de la fe. Por eso sus enemigos los saquean y captivan. [34] La suya es una condición miserable de la que no desean salir, complaciéndose en este Egipto y en su gastronomía, que no vale más que las cebollas y los

ajos que añoraba el pueblo hebreo. Así como algunos de dicho pueblo despreciaron el maná del mismo modo estos infortunados menosprecian el Sacramento divino.

Mi prudente esposa, en cambio, tiene la nariz adecuadamente larga para distinguir la huella de mis ligeros pasos, de la de mi enemigo. Ella me abre la puerta, lo mismo que a todos mis deseos y divinas inspiraciones, haciendo la voluntad de mi Padre, que es mi alimento, como dije a mis apóstoles cuando me encontraron con la samaritana. En la prudencia de mi esposa encuentro, como en una torre, las provisiones que necesito. La contemplo toda blanca como el Líbano. Ella vela, para rechazar a los enemigos del lado de Damasco y evitar que la sorprendan. Ella se eleva mediante su esperanza en mí, a pesar de estar bien cimentada en el abismo del conocimiento de su propia bajeza, que es la nada. Tu cabeza sobre ti, como el Carmelo, y tu melena, como la púrpura; un rey en esas trenzas está preso (Ct_7_6). Tu cabeza, esposa mía, es tan hermosa como el carmín, que está cargado de mis bendiciones. [35] Tu cabeza, del color de los polvos del rey. Peluca que cautiva mis gracias más selectas; y aun cuando no estuviera revestido de la púrpura real del amor, la adoptaría para portar tus libreas, con el deseo de que tu cabellera y tus santos pensamientos constituyeran el tejido de mi manto real. Sin embargo, como por tu amor quise hacerme hombre, este mismo amor ha hecho enrojecer mi cabeza con las punzaduras de las espinas, que sigo conservando como valiosos favores realzados por mi gloria. No sólo mi cabeza, sino mis pies, mis manos y mi sagrado costado, son cinco canales sagrados que se cierran o abren con el poder de tu trenza. Con ella deseas atraerme, mediante tus dulces pensamientos, que son para mí conductos por los que descendo a ti, y por los que te atraigo de nuevo a mí. Con ellos atraes al prójimo la abundancia de mis gracias, que son aguas de salvación. Yo soy el cielo al que das órdenes como otro Elías, no para privar de las aguas, sino para que no vierta sobre los pecadores el rigor de mi cólera, porque el espíritu que traje al mundo no es tan rígido como el de Elías. Como dije a Juan y a Santiago, no deseo tirar piedras, sino más bien infundir llamas deliciosas en los corazones de los humanos, ganándolos por amor. Te hago ejecutiva de este deseo. Esta es tu misión. Di, pues, como mi apóstol, poniendo en ello todos tus afectos: Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: reconciliaos con Dios (2Co_5_20).

Qué bella, qué encantadora, oh amor, oh delicias. Tu talle se parece a la palmera, tus pechos, a los racimos (Ct_7_7s). Qué hermosa eres. Qué amable, esposa mía querida, en tus delicias. Tu exterior es tan atrayente, que me movió a hacerme corporal; a mí, que había permanecido espiritual e invisible por toda la eternidad. Tu talle es parecido a la palmera, que fructifica en presencia de su palmero, que soy yo. Mientras más estés cargada de frutos, que son tus afectos, más levantas tu esperanza hasta mí, no doblándote bajo su peso. Mientras más eres acariciada por mí, más te humillas y más te exalto. Tu interior está tan bien ordenado en el gozo de mis delicias, que son todas tuyas, porque la amada goza de todo lo que pertenece a su amor, y aun del mismo enamorado. Estoy tan íntimamente unido a ti como un fruto a su palmera.

[37] Todos los que desean gozar de mis dulzuras y de mis gracias, por saber que eres mi predilecta, acuden a rendirte honores, diciendo en general y en particular: Me dije: Subiré a la palmera, recogeré sus frutos (Ct_7_9). Si queremos obtener el efecto de nuestras peticiones, subamos a esta palma, y obtendremos el fruto que por amor está adherido a ella, y que es uno con ella. Sean tus pechos como racimos de uvas, el perfume de tu aliento como el de las manzanas (Ct_7_9). Amada mía, no sólo mis elegidos recurrirán a ti, sino que, en un éxtasis de amor, seré como un pequeñuelo que aprende a dar sus primeros pasos

desde el suelo hasta el seno de su madre, abrazándose a su cuello con los brazos y con su boca a su pecho, que es más dulce para él que el vino o la uva que cuelga de la vid. Esta, empero, es una uva que se halla en su lugar natural, sin ser trasladada por manos extrañas a lugares donde se podría temer que no madurase, o que se secase.

Pero la maravilla de esta uva es que, permaneciendo íntegra, no deja de darme su vino místicamente: no sólo eres nodriza y viña, sino también manzano. [38] Sólo necesito acercarme para aspirar el aroma de las manzanas; y como por esencia soy para ti todas las cosas, tú representas para mí, por amor, todo placer y delicias. Tu paladar como vino generoso. El va derecho hacia mi amado, como fluye en los labios de los que dormitan (Ct_7_10).

Oh tú, la esposa más querida de mi amado Hijo. Aunque estoy oculto en el cielo, es necesario que para alabarte el Espíritu Santo y yo nos demos a conocer. Tu paladar es tan dulce, que cuando hablas, tus palabras no exhalan sólo el aroma de sabrosas manzanas, sino que eres como una cava colmada de vino excelentísimo. Este vino es la viña que planté en ti. Yo soy el viñador y mi Hijo es la vid que has recibido en el divino Sacramento del altar. Así como los que reciben el sacramento del bautismo reciben al Espíritu Santo y el agua de la gracia que los regenera, haciendo brotar en ellos una fuente que surge hasta el cielo y que es alimento, así tú, queridísima esposa de mi único Hijo, eres convertida en viña, en manzano y en una bodega de vino riquísimo al paladar. Eres digna de ser saboreada con la boca de mi Hijo amadísimo, que es también tu amado. Por ello sus labios, en los que están difundidas mis gracias, que se irradian a todos, por ser fuente de todas ellas igual que yo, se complace en retener tu sabor. Cuando sus dientes la mastican, hacen un ruidito que alegra como los leves chasquidos o murmullos de las aguas, que son tan agradables al oído [39]. Parece repetir, entre dientes y labios semiabiertos, el dulce tararear de tu garganta, alimentándose con ellos, porque lo que agrada satisface o nutre; es decir, encanta, como sucede con tu música.

Padre de misericordia, Dios de todo consuelo, ¿qué dices en tu caridad inefable a la más humilde de tus siervas?: Yo soy para mi amado (Ct_7_11). Yo, la esclava más pequeña, soy para mi amado; soy suya por esencia, por ser y por opción de la voluntad, así como lo soy en sustancia por toda la eternidad. Yo soy para mi amado, y hacia mí tiende su deseo (Ct_7_11). Su misericordia y su amor obran lo que soy, y su bondad íntima lo hace todo mío. Como soberano bien, se complace en comunicarse y volverse a mí, dejándose poseer en reciprocidad por una pequeña criatura, una nada; él, que es el ser y el Creador, inabarcable excepto para sí mismo. La Iglesia admira que se haya encerrado y dejado llevar, por medio de la Encarnación, al seno y regazo de la Virgen madre, que es un mar y un paraíso inmenso a mi lado. Yo sólo soy una gota de agua, un puntito, indigna de recibir un nombre. [40] Por ello le admira que el mismo Dios, de otra manera mística, se deje poseer por mí, penetrando en un corazón tan limitado. ¿Cómo es posible que goces, Amado mío, al penetrar en tanta estrechez? Salgamos juntos. Olvidaré a mi pueblo y la casa de mi padre si te dignas complacerte en contemplar la belleza que tu gracia me ha dado. Llévame contigo a los espaciosos campos de tu divinidad. Como el ser humano, al vivir su vida natural, no puede ver la extensión ni contemplar la inefable claridad de tus campiñas, que son todas luz, ven en ayuda de mi debilidad. Que en virtud de tu luz humana, pueda ver la divina. Albérgame en la torre de tu humanidad, que es torre de puro cristal, a través de la cual contemplaré los rayos de tu divina hermosura. Que tu humanidad sea una cúpula edificada en medio del templo de mi corazón, para iluminarlo con tus divinos resplandores, y que tus perfecciones sean los retratos, figuras y cuadros. Que abarquen éstos a tu Madre y

a tus santos; que todos ellos sean para mí ejemplos, sea para adorarte, sea para admirarte, sea para imitarte. Oh, ven, amado mío, salgamos al campo. Pasaremos la noche en las aldeas (Ct_7_12). Sabes muy bien, amado mío, que en la ciudad de mi cuerpo hay tanto alboroto, que mis sentidos son para mí continuos disturbios, y sus tendencias una continua distracción, porque la parte sensorial no comprende tus misterios divinos. Este cuerpo, que entorpece al alma, inclinándola hacia la tierra, es su lecho de mollicie. Pero, si habitáramos en el campo, podrías decirme: De mañana iremos a las viñas; veremos si la vid está en cierne (Ct_7_13). Levantémonos de madrugada. No quiero levantarme sin ti: sería algo inútil para mí madrugar antes de mi día, que eres tú. Así como no poseo un ser natural sin ti, y eres tú quien me lo da, así no puedo ni deseo tener uno sobrenatural. Si tu gracia no es mi reposo, mi despertar, mi día, mi apoyo y mi guía, nada queda de mí. David dice que, apoyado en el Señor, pudo rebasar los muros. Repito lo mismo, a pesar de ser mucho más débil que David. Todo lo puedo en ti, si tú me confortas. Levantémonos, querido y dulce esposo mío, al alba de tu bondad, que no puede retrasarse ni ser impedida, porque ¿qué tenemos que no hayamos recibido? El Oriente de sus dones se levanta siempre antes que nosotros.

[42] Subamos a su claridad y veamos nuestras viñas. Miremos a todas las almas. Te suplico les des tu bendición. Sin embargo, como tú dijiste: ¿De qué, sirve a alguien ganar todo el mundo si pierde su alma? detengámonos ante la mía, que es toda tuya. Veremos si la vid está en cierne (Ct_7_13). Tú, empero, no te contentas con simples flores. Exiges también los frutos: Veamos si las yemas se abren (Ct_7_13). Observa, mi muy amado, si los buenos deseos que me has dado están a punto de engendrar efectos. Tan sólo di una palabra, y esto será realidad. Manda a mis perfecciones que se detengan. Son ellas el Mar Rojo que me obstaculiza el salir de la servidumbre en que me tienen los enemigos de mi felicidad, que son el mundo, el demonio y la sensualidad.

Ordena a estas aguas que hagan para mí dos muros, uno de cada lado. El primero ser el conocimiento de tu bondad, que tolera mis grandes imperfecciones. El segundo ser el conocimiento y el desprecio de mí misma. Que tus ojos vean mis imperfecciones. A medida que las observen, tendrán piedad de mí y me darán la conversión. [43] Así como el basilisco mata con la mirada, tú, Salvador mío, das la muerte a las imperfecciones y la vida de la gracia con tu dulce mirar. Tú eres el divino Sol que hace producir los frutos que amas en tus vergeles, en los que soy un manzano. Obra en mí todo cuanto pueda agradarte; que dichos frutos sean inmortales y para tu eterna gloria y si florecen los granados, allí te entregaré el don de mis amores (Ct_7_13). Amado mío, así como no basta con que demos frutos para los fuertes, es decir, que edifiquemos a los virtuosos que están sanos de alma, es necesario, si te place, que tu gracia haga florecer el fruto del granado para dar un jugo sabroso a los enfermos que yacen en el lecho de sus pecados, estando aun próximos a la muerte. También a otros que son tan débiles ante tus inspiraciones, que son como niños alejados de sus nodrizas. Si, a través de la caridad, me conviertes en madre para ellos, te ofreceré mis pechos: uno que es oración, y el otro que es acción, con la condición de que me des en todo momento la leche de tus bendiciones. Las mandrágoras exhalan su fragancia. A nuestras puertas hay toda suerte de frutos exquisitos. Los nuevos, igual que los añejos, los he guardado, amado mío, para ti (Ct_7_14).

Raquel concibió a José, el Salvador del pueblo, al favor de las mandrágoras. Después de insistir tanto ante Jacob: Dame hijos, o morir, al verme estéril (Gn_30_1s), Rubén, el primogénito de Jacob, le llevó unas mandrágoras. Esto explica la naturaleza angélica de uno de sus primeros hijos, lo cuales, en cuanto nacían, se

multiplicaban mediante tu gracia, aportando dones. Tantas almas que son tan fecundas hoy día en la Iglesia, que me es imposible contarlas. A ellas cedo la alegría de los placeres que podría yo tener en las dulces uniones, éxtasis y suspensiones de esta noche. Prefiero aceptar mi propia dicha y ofrecerte sus frutos. Amado mío, si ello te agrada, deseo ser tu viña. Quiero ser tu grano, que te dé, un Jacob que acrecienta los graneros para todo el pueblo y para los que a él vendrán, imitándote así devolver el bien por mal. Concédeme ser una granada que lleve su corona; que la caridad perfecta me acompañe hasta el último suspiro, ya que el fin corona la obra. [45] Que dé un jugo sabroso a los que me corten y despedacen con los cuchillos de las persecuciones y maldiciones. Que imite a tus apóstoles, quienes bendecían cuando eran maldecidos; que oraban cuando se blasfemaba de ellos; que, al ser despojados de sus bienes, y aun de su propia piel, revestían a las almas con gracias obtenidas de ti, para sus verdugos. La oración de San Esteban da testimonio de lo anterior. Fue él la persona por cuyo medio tu bondad se dignó revestir de luz a Saulo en los caminos de Damasco. En esta oración se consumó el nuevo mandamiento, que nos diste con tus mismas palabras, oh Jesús mío: amar a los enemigos. Los antiguos decían: Ama a tu amigo y odia a tu enemigo. Pero desde que viniste a la tierra, tu esposa te dice que ella ha estado en guardia por ti, sirviéndote a tus puertas y ofreciéndote manzanas nuevas y antiguas. Es porque ella ama a sus enemigos cuando la echan fuera de la puerta de la ciudad, así como hicieron contigo y con san Esteban. Son éstas las primeras manzanas que te sirvió, ya que tú oraste por tus enemigos y san Esteban oró primero por el alma de aquellos, levantando su voz al tiempo que doblaba las rodillas para caer en tierra: Después dobló las rodillas y dijo con fuerte voz: Señor, no les tengas en cuenta este pecado. Y diciendo esto, se durmió (Hch_7_60). Este sueño demuestra que estaba embriagado con el vino de la caridad, adormeciéndose en ti, Señor, que eras su lecho de reposo. En medio de las piedras y guijarros, abriste los cielos y las puertas eternas para mostrarle tu diestra y tu gloria, Dios de bondad. Cuando san Esteban enseñaba tu ley a los que no la habían observado, le rechazaron así como lo hicieron antes con tu Hijo. En presencia de Esteban, rechinaban los dientes de rabia y furor en su contra, cuando él sólo quería hablarles para su bien: Al oír esto sus corazones se consumían de rabia y rechinaban sus dientes contra él (Hch_7_54). Parecían perros, osos, leones, leopardos y tigres ansiosos de desgarrarlo con sus propias y crueles mandíbulas de venenosos dientes, [47] deseando borrar cuanto antes su rostro, que tenía una belleza, no sólo humana, sino angelical y hasta divina. Ellos estaban llenos del espíritu del mal, y Esteban del espíritu divino de bondad. Pero él, lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios (Hch_7_55).

Sorprendido ante la maravilla de ver los cielos abiertos; no sólo las doce puertas custodiadas por los doce ángeles, sino las del palacio imperial, contempló en directo el trono de Dios. En él admiró su gloria, y a Jesús a su diestra. Ante él se abrieron las doce puertas eternas. Dios dijo a Moisés: Un ser humano es incapaz de contemplarme en vida. Por ello, Moisés, mi querido amigo, contemplar sólo mi espalda. Verás la tierra prometida, pero no entrarás a ella por no haber creído que con sólo hablar a la roca, te habría dado agua. La golpeaste por tu propia iniciativa. Esteban, en cambio, habló a la piedra: Y la roca era Cristo (1Co_10_4), sin tocarla, diciéndole que no les tuviese en cuenta sus pecados, y absteniéndose con ello de romper las tablas de la ley del amor. [48] Como por entonces Saulo perseguía al Dios de la ley, poseía la fe del granito de mostaza; tal vez él mismo era un granito. Esteban, en cambio, estaba lleno de fe y del Espíritu Santo: Y escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo (Hch_6_5). Esteban había

crecido como un árbol al que acudían los pájaros del cielo para anidar. Los ángeles le tomaron por espejo, imprimiendo en él su rostro. Los apóstoles, en el cielo (Los cielos proclaman la gloria del Señor, Sal 19:1), se contemplan reposados cuando Esteban administra el pan sagrado, seguros de que dar el alimento a las mujeres fieles, que eran los pajarillos del cielo de la Iglesia primitiva, a la que con razón se equipara al cielo, ya que en ella los cristianos no tenían sino un corazón y una sola alma; es decir, una voluntad que era la de Dios; voluntad que es la de todos los bienaventurados, por dar testimonio de la soberana verdad.

Pero este joven levita, este santo diácono, este gran árbol, fue además el depositario de las personas divinas. [49] El Espíritu Santo moraba en él como en su nido, como una paloma mística anidando en el corazón de san Esteban, que era una roca adherida a Jesucristo, piedra viva. Como Jesús era su amor y su tesoro, era, por tanto su corazón. Cuando dos o tres de ustedes se reúnan en mi nombre, dice Jesús, allí estar, en medio de ustedes.

El cuerpo y el espíritu de san Esteban estaban reunidos en el nombre de Jesús, para confesarle y sufrir por él el martirio. El espíritu que poseía, cuando se contradecía la auténtica doctrina del amable Jesús, dio más gloria a san Esteban que las piedras con las que lapidaron su santo cuerpo. El contempló la gloria de Dios y a Jesús a su derecha; una gloria y una diestra tan cercanas a él, que penetraron en él y él en ellas. Por ello no dijo solamente: Veo (Hch_7_56), sino que ante exclamó: He aquí como extasiado ante el triunfo divino que le servía de trono. Cayó sobre sus rodillas y, como Esteban quiere decir corona, al estar de hinojos colocó la corona en el suelo, para dar gloria a Dios y a su divinidad. También la dio a Nuestro Señor, el Cordero, protestando y afirmando que el que murió está vivo y en pie a la derecha de Dios. No volver a ser clavado en la cruz, sino que está libre y sin ataduras para asistir a quienes lo reclamen. El es el verdadero rey de Israel, que resucitó de la muerte, que da vida eterna a sus amigos y aun a sus enemigos, cuando aquellos ruegan por éstos siguiendo su ejemplo. [50] Llegan a ser así como un grano de mostaza arrojado en tierra, que crece como un árbol donde anidan los pájaros que su Padre le ha dado, sin que ninguno de ellos se pierda, salvo el cauteloso y traicionero Judas. El Cordero sigue presente en el Smo. Sacramento para que podamos anidar en él y él en nosotros, haciendo realidad las palabras de Job: a través de su muerte, multiplicará sus días, siendo su voluntad renacer en nosotros como un ave fénix. En la noche en que fue traicionado, quiso arder él mismo en la llama infinita de su inmenso amor. Haciendo memoria de su pasión, instituyó el sacramento de vida sobre el monte Sión. A manera de un nuevo nacimiento, fue como el partero que se recibió a sí mismo, preservándose como un divino Moisés a pesar de la cólera de Faraón. Era éste el príncipe de las tinieblas y maestro de la humanidad, que intentó expulsarlo, no sólo de la Judea, sino de toda la tierra, pretendiendo desarraigarlo de ella. Puso este pan sobre el madero, clavándolo con gruesos clavos durante el tiempo en que perdía la vida, creyendo que no podría arraigar de nuevo y quedaría muerto de ahí en adelante.

Pero estos insensatos se equivocaron. El Salvador, que era el grano de trigo, debía fructificar plenamente después [51] de su muerte y no antes de ella. Así lo hizo; pero queriendo representar su muerte estando todavía en vida, obró como el ave fénix, consumiéndose en las llamas del madero aromático preparado por él mismo. Batió sus alas en la calidez de los rayos del sol, por representar ellas sus mismos deseos: con gran deseo dijo a sus apóstoles. Estos rayos eran las dos personas divinas, con las que él producía la

tercera en una misma esencia. Ambas personas se encuentran con él por concomitancia en este divino misterio.

Construyó su nido durante la Cena, y multiplicó sus días, prometiéndonos permanecer en él para nosotros, con nosotros y en nosotros hasta el fin del mundo. Se mantuvo en ella erecto como la palmera, enderezándose él mismo cuando estaba más abrumado de aflicciones, de tristeza y de amor. Si el amor pesara como los grandes fardos, el mayor peso de Jesús seguiría siendo su amor y continuaría inclinándose hacia donde éste lo lleva. Su amor lo lleva a todas partes, sobre todo a donde hay pecado. Su amor fue el que lo movió a tomar sobre sí los pecados del mundo para borrarlos todos, a fin de reinar en todos y en todas partes. Sin embargo, como el amor todo lo quiere por amor y no por la fuerza, no se impone a la libertad de las voluntades. [52] Oh Jesús, mi Jesús, emplea tu fuerza en la mía. Pero, ¿qué digo, acaso es forzar una cosa cuando la pedimos, cuando con todo derecho nos pertenece, y es para nuestro bien mayor? ¿Acaso la libertad auténtica no consiste en tender a su fin y a su centro? "

¿No nos hiciste para ti, y no estarán nuestros corazones siempre inquietos hasta que lleguen a ti? Serán como esclavos cruelmente oprimidos si se apegan a ellos mismos o a cualquier criatura, en especial si lo hacen con la miserable furia infernal que es el pecado. Pecado que es padre del infierno de horrendas tinieblas. ¿Quién creó el infierno? El pecado. Sin el pecado, no ardería el fuego del infierno. No habría tinieblas ni mazmorras si el pecado no hubiera descendido junto con Lucifer y sus cómplices desde el cielo hasta el centro de la tierra. El pecado es, pues, el padre de los suplicios. El pecado es lo único que se opone al amor, impidiendo que Jesús multiplique sus gracias en nuestros corazones cuando son obstinados.

Si, empero, los encuentra vacíos de pecado, hace en ellos su nido. Se multiplica como la palma. Nos transforma en otra ave fénix que resucita en sus llamas. [53] El es el grano de mostaza triturado por los tormentos, que fortalece con su místico aroma a toda la Iglesia. Después de haber sufrido el peso de la cruz, los clavos y la agonía, expiró entregando su alma santa como una suave fragancia que se impuso al hedor de los cadáveres del Calvario. El consoló a su Madre, que pudo permanecer en pie, lo mismo que a san Juan, su predilecto, que es como el cerebro o entendimiento de la Iglesia.

San Juan debía hablar del Verbo, al que el entendimiento del Padre engendra desde la eternidad al conocerse a sí mismo. Verbo que es la adhesión eterna. Todo lo que existe fue hecho por él y toda la creación obedece su absoluto mandato. El es la luz verdadera que vino al mundo para iluminar a los hombres. Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron. Lo rechazaron, pero a quienes lo recibieron, como san Esteban, les dio el poder de ser hijos de Dios que nacen no de la sangre ni de la voluntad de la carne, ni de querer humano, sino de Dios, que los engendra y los recibe. A ellos se presenta, como a san Esteban, cuando sufren por él. Es muy cierto que se encuentra a su lado cuando en su martirio lo confiesan y lo invocan; cuando son oprimidos o se quebrantan sus huesos. Es menester que estos granitos de mostaza exhalen un aroma tan fuerte que las personas se fortifiquen.[54] Su mente sabiendo que existe una vida eterna, y que los tormentos llegan a parecer tan dulces a los mártires, cambiarían cien de ellos por un millar.

Pero, como ya dije, Jesús es el árbol que recibe a estas aves para que aniden en las cavidades de sus llagas, protegiéndolos a la sombra de sus alas. Como hizo con nuestro buen san Esteban, los introduce en su corazón cual pequeñines o aguiluchos del corazón que sabe perdonar de corazón, imitando así a su Salvador, el cual lo recibe al expirar. Al

cerrar los ojos corporales, abre los del espíritu para contemplar el sol a su gusto. Jesucristo mismo se convierte en su tabernáculo.

Como un esposo que sale de su tálamo, se recrea, cual gigante, corriendo su carrera A un extremo del cielo es su salida (Sal_19_6). El Salvador acudió, como un esposo alegre, a recibir a san Esteban. Vino saltando de gozo, en un solo impulso desde la diestra divina y sin agitación alguna. Estuvo al lado de san Esteban, el cual adoró su grandeza mientras oraba por sus enemigos: Y diciendo esto, se durmió en el Señor (Hch_7_60). Enteramente seguro ante la presencia de su amoroso Señor, [55] se durmió entre sus brazos. Cuán preciosa es la muerte del que sabe conservar para su amado sus frutos antiguos y nuevos, ofreciéndoselos a las puertas de entrada y salida de su vida y dejando en pos de sí un olor a mandrágoras. Así como el Salvador acudió a recibir a san Esteban con pasos de gigante, regresó con el mismo paso a lo más alto de los cielos, llevando consigo a su aguilucho para que contemplara de cerca sus rayos luminosos, acercándolo a su cuerpo, que es la forma del sol, en la que mora la plenitud de la claridad divina. San Esteban, adornado con las piedras preciosas de su martirio, que lo coronaban y hacían resplandecer su cuerpo, fue doblemente enriquecido por Jesús, que es una corona tan preciosa como una gema de precio infinito. Fue ésta la recompensa de los frutos antiguos y nuevos que san Esteban le había ofrecido, el cual recibió no sólo el céntuplo, sino el valor incalculable y la vida eterna. Había dejado todo para seguir a su maestro, y éste lo premió con su infinita riqueza.

OG-06a Tratado sobre la explicación del Cantar de los Cantares, 1619. Cantar 8

La esposa hace el mismo comentario al ofrecerle sus manzanas, sea con frutos recibidos de los amigos, sea de los enemigos, mediante su observancia de los mandamientos antiguos y nuevos. Llega a parecerle que nada posee ya en la tierra, por haberse dedicado a su esposo tanto en la juventud como en la ancianidad, por ello exclama: Ah, si fueras tú un hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre. [56] Podría besarte, al encontrarte afuera, sin que me despreciaran (Ct_8_1).

¿Quién me dará, hermano mío, por ser tu Padre el mío como dijiste, verte alzado hasta el pecho de mi madre? La divinidad es mi madre, pero de manera muy particular, la tuya. Es para ti madre y nodriza, apoyándote en la hipóstasis y uniéndote a los pechos divinos, pero con tanta dulzura, que tu humanidad se adhiere fuertemente al seno divino, de manera que dos naturalezas forman una sola persona en Jesucristo, que es Dios y hombre.

¡Ah! ¿Quién me concederá el favor de salir de mí para contemplarte fuera de todo lo que no es Dios, y que nada de lo que no es él me retenga en la tierra o en el cielo? ¿Quién hay para mí en el cielo? Estando contigo no hallo gusto ya en la tierra. Mi carne y mi corazón se consumen: Roca de mi corazón, mi porción, Dios por siempre. Mas para mí, mi bienestar junto a Dios.

Si estuviera despegada de todas las cosas, y nada opusiera obstáculo a mi amor, encontraría extraño todo lo que no es Dios. Te contemplaría en la unidad de esencia y en la Trinidad de personas. Presenciaría la circumincisión divina: a las tres divinas personas como están la una en la otra, y te vería adherido y levantado hasta el pecho del Padre [57] que te engendra, y de qué manera estás asociado al Espíritu Santo, al que produces. Sería testigo de cuán amada del Espíritu Santo es tu humanidad, a la que el mismo Espíritu formó

en las entrañas de la Virgen, dándole leche celestial para alimentarla. Te vería como persona distinta en un trono particular, por encima de todos los santos y de todos los cielos, adherido al pecho de la diestra divina que es madre de los elegidos, cuyo primogénito eres tú.

Si pudiese estar allí, te tomaría por derecho de bodas y de nuestros desposorios, y te besaría tanto cuanto tu bondad lo permitiera y me diera audacia para ello. Por ser tu esposa, no tendría que alguien se atreviera a reñirme o a despreciarme por esta santa presunción, porque la esposa es del esposo tanto como él lo es de ella. Te besaría con un dulce y castísimo beso, por ser un ósculo entre hermano y hermana, entre un esposo y su esposa, cuyo amor es indivisible. Beso tiernamente amoroso, por ser el de una madre a su hijo, pero beso de un Dios a su criatura, por tener todo el derecho de hacer lo que desee, [58] y de encontrar sus delicias con los hijos de los hombres, sin que ángel o criatura alguna puedan murmurar por ello. El Padre y el Espíritu Santo, lejos de menospreciar a la esposa del Hijo, la honran y aman tierna y fuertemente. Te llevaría, te introduciría en la casa de mi madre, y tú me enseñarías. Te daría a beber vino aromado, el licor de mis granados (Ct_8_2).

El amor confiere un santo atrevimiento, y el derecho de matrimonio, una santa temeridad. Es necesario que la tome y la lleve a casa de mi Madre, la santa Virgen. Ella será para mí una madre más favorable de lo que la tierra fue para él, según la narración que nos presenta esta verdad. Si la Sma. Virgen me abre su pecho, la casa de mi corazón, te llevaré a él. Pero, ¿qué estoy diciendo? Tú siempre estás allí. En él me enseñarías a practicar las virtudes de la humildad, de la paciencia y de la caridad. Allí te daría el agua de mis lágrimas, que son para ti como una suave bebida del vino de nuestro divino amor, por haber perdido enteramente el sabor del amor propio. Te daría del jugo de mis granadas.

Comenzarías por besarme sin que yo te lo pidiese, previniéndome con tu ternura y dándome tu amor como [59] cortejándome, admirando las gracias que me has concedido y haciendo que tus criaturas acudan a admirar contigo a la que no merece ser vista.

¡Cuántos coloquios y alabanzas! ¡Cuántos perfumes y serenatas! ¡Cuántos motetes cantados por tus ángeles, que a tu vez me entregas y dedicas para encantarme y atraerme a tu amor! ¡Cuánta dulzura sagrada! ¡Qué raudal de santas discreciones, según tus riquezas! ¡Qué abundantes profusiones y divinas prodigalidades, tanto sobre mis sentidos, como sobre mi espíritu!

Has querido atraerme a la soledad con la poción de la leche de la devoción del agua de Naffe, de las lágrimas del vino delicioso (Ct_5_1), de los consuelos del río impetuoso del torrente de tus delicias. En fin, pensé quedarme en medio de esta abundancia, diciendo con David que nada cambiaría, o con san Pedro, que era bueno estar allí. No pensaba sino en mi propio contento, como una adolescente que se complace en jugar y saltar. Al jugar contigo, me darías el derecho y la ganancia, porque te gusta contentarme. Tú eras mi laúd y mi cítara de diez cuerdas, en armonía con los nueve coros angélicos. [60] Tú y tu santa Madre, ambos a una, me hacen dar saltos como una cervatilla sedienta que huye de los cazadores. Con ello me invitan a dejar las vanidades para buscar descanso y solaz en la fuente de vida que es tu divina bondad; manantial de fuerza y de vida. Sembrabas espinas en mis caminos cuando yo quería seguir el mundo; pero al ir en pos de ti, los sembrabas de flores perfumadas. Me atraía el olor de tus perfumes. Tu nombre precioso era para mí tan aromático, que todas mis potencias corrían hacia él; y aunque jóvenes para la devoción, parecían amarlo mucho.

Durante el día, sólo pasear en las altas y fecundas consideraciones, es decir, en contemplaciones; de manera que, si los ardores del sol eran demasiado fuertes, me servías

de árbol para ponerme a su abrigo. Mientras estaba a tu sombra, tu fruto dulcificaba mi paladar. Me lo infundías de manera divina, como no pudiendo sufrir que tuviese el trabajo de masticarlo. Si desmayaba, me rodeabas de manzanas y de flores, llevándome a tu bodega para embriagarme en ella, [61] a fin de que nada sintiera cuando plantaras el estandarte del amor: tu cruz sacratísima, en el fondo de mi corazón. Los clavos me eran tan dulces y el madero tan ligero, que me parecía volar. Si al llevar tu estandarte, parecieron agudos a otras, los convertías en lirios para mí: Como el lirio entre los cardos, así mi amada entre las jovencitas (Ct_2_2).

Era yo como una varita de incienso perfumado. Tu lengua parecía manar siempre leche y miel, y tus labios eran para mí un panal. Tus labios, es decir, tu santa humanidad. Cuando el sol de tu divinidad caía de lo alto, ella destilaba en mí dulzuras tan deliciosas como un panal de miel. Cuando me dabas el dulce beso de tu boca, exclamaba yo que tu paladar era suavísimo. Me enamorabas como un amigo queridísimo, y a mi vez yo lo hacía, cada quien a su turno.

Es necesario que explique lo que he aprendido acerca de la manera en que se procede este buen esposo cuando escoge a las almas para manifestarse a ellas y elevarlas al sublime amor que comprende todos los grados de caridad perfecta.

[62] Al principio se comporta como un joven enamorado al ver a una muchacha de la que se ha prendado tan fuertemente, que se impacienta durante el tiempo que no pasa con ella. Envía mensajero tras mensajero con cartas y regalos. Cuando la amada contempla sus dones, exclama: Si tanto me ama, que se presente; que venga, pues, él mismo a hablarme de viva voz. Por ello dice la esposa: "Que me bese con un beso de su boca". Al principio del Cantar, ella parece tomar la iniciativa, mas no por eso es la primera. Tiene que ser el amado, el cual se ha dedicado a cortejarla por medio de sus ángeles, de sus dones y de sus inspiraciones. El alma, prevenida y conmovida ante ellas, exclama: "Que me bese con un beso de su boca". Ella da su consentimiento; hela ahí, comprometida, pero el matrimonio aún no se ha consumado. El esposo la acaricia con toda clase de delicias. No escatima ni perfumes, ni ternura, ni aderezos, ni instrumentos de música, ni caricias, ni zalamerías. Hace, además, despliegue de sus tesoros, sabiendo que ella ha renunciado a cualquier otro amor, diciendo a todos: Retírate de mí, patíbulo de muerte, porque ya pertenezco a otro amor. [63] Habiendo recibido las potencias del divino esposo, se ve adornada por ellas con la propia mano de su esposo: Ha ceñido mi diestra y mi cuello con piedras preciosas, y adornado mis oídos con perlas de valor incalculable. Me ha regalado pulseras más hermosas que las de Rebeca (Gn_24_22), que son signo de esperanza y seguridad para la esposa. Ha ceñido mi cuello con el collar de su caridad; ha colgado a mis oídos pendientes de preciosas perlas, que son sus fieles palabras, que para mí valen más que el oro y el topacio. Ha puesto sobre mi frente una diadema admirable y tan rica, que ningún otro enamorado sería capaz de darme una parecida.

El mismo se ha incrustado en ella, a fin de que nadie pretenda cortejarme: Puso un signo en mi rostro para que no reconozca a otro enamorado sino a él. Me rodeó con piedras y gemas resplandecientes. Me ha dado en arras el anillo de su fidelidad; me ha adornado con pendientes admirables. El Señor me coronó con una túnica dorada. Miel y leche me han dado sus labios y su sangre adorna mis mejillas. Sólo a él sirvo con fidelidad; a él me entrego con toda devoción. Me ha mostrado tesoros incomparables, que son para mí promesas seguras.

En fin, no hay favor que mi esposo haya omitido desde el principio, dice la esposa. [64] Me ha arrebatado hasta el tercer cielo, revelándome secretos indecibles a cualquier ser

humano. Los ángeles estaban como extasiados de admiración al verle tratar conmigo con tanta bondad, y tomarme por esposa. Consideraban un gran honor el servirme como ministros.

Pero, querido Esposo, ¿acaso ignoras que al mismo tiempo que Pablo era arrebatado a las delicias de la misericordia, la justicia le preparaba cruces durísimas, conforme dijo el Salvador a Ananías: Le mostraré cuánto tendrá que sufrir por causa de mi nombre? (Hch_9_16). Estuvo en éxtasis tres días, y casi toda su vida fue afligido, como él mismo cuenta más tarde, llegando a contarse en el número de los infortunados y anhelando la destrucción de su cuerpo para librarse de la ley, que resiste al espíritu. Es cautivo de dicha ley, que lo atrae al pecado, al que aborrece. Aunque victorioso de toda culpa, no se deja abatir por la pena. Afirma que hace el mal que no quiere y no el bien que ama. Dice que castiga su cuerpo y lo reduce a servidumbre, temiendo que, al reprender a los demás, sea condenado él, que era un vaso de elección. Podría seguir con tantas otras penas que sufrió este santo al ser probado. Por esta razón, nos aconseja hacer acopio de mucha paciencia y de todas las virtudes, ya que Dios mismo quiso que se ejercitara en ellas.

Quiso por ello que su esposa fuese probada, casi abandonándola en el temor de ser reprobada. La palabra casi demuestra que ella no ha perdido ni la esperanza ni la fe ni la caridad, pero que sus virtudes eran como un fuego ardiendo bajo la ceniza; como una cuerda de tres cordeles tan bien entretejidos, que la esposa no los percibía.

¡Ah, quién podría describir los dolores, los disgustos, las aflicciones, las tristezas, los sufrimientos, los martirios, es decir, las muertes por las que atraviesa la esposa! Ella vive sin vivir y muere sin morir, diciendo: Porque para mí, la vida es Cristo y la muerte, una ganancia (Flp_1_21). Jesucristo es su vida, y para ganarla, aceptaría morir cuanto antes. No existe otro consuelo para ella sino la muerte, porque piensa que hallar en ella a su esposo, al que no descubre en vida.

Ella no lo contempla sino mediante la ciencia segura de la fe, que la instruye en todas partes. No es atea, pero ¡ay! es la pobreza misma. Se cree infiel al ver la fidelidad de las otras. [66] No que se sienta pagana, pero sí en una especie de infidelidad que la aflige. En el sentirse así radica su fidelidad. Pobre esposa. Puedes en verdad decir, estando tan afligida, que es un mal extremo el no poder gozar del bien amado. Ella piensa y vuelve a pensar en sus faltas, por creer que son la causa del alejamiento de su esposo. Se culpa y desea el martirio, lamentando la partida de su amado. Vivo sin vivir; ¿por qué no he muerto ya?

Ella es como Elías cansado de vivir. Se espanta ante la menor criatura de este mundo; ella, que hubiera podido hacer bajar fuego del cielo después de haberlo cerrado para no dejar que lloviera. Ella lo obliga a desplegar o desbordar los tesoros de sus aguas en cuanto eleva su oración de siete peticiones, con el rostro entre sus rodillas, rostro que Dios no podía dejar abatirse de este modo sin escuchar su oración, hecha con extrema humildad y sumisa reverencia, abajando el alma con el cuerpo, representado por las rodillas. El hijo que ella alimentaba era su esperanza contra toda esperanza. Al verlo, pues, como el pobre Elías [67], perseguido y desterrado de todo consuelo, desearía dejar de vivir corporalmente, por no entender si aún había vida en su espíritu.

Pero Dios, cual buen amigo, se manifiesta en la necesidad. En primer lugar, a manera de poderoso rey, envía a sus procuradores y a sus heraldos: manda un ángel a la pobre desamparada y afligida para darle la seguridad de su amor por ella. Despacha un ángel que despierta a la pobre enferma, hiriéndola con una doble llaga que la solaza.

Citaré aquí algo que pasó hace cuatro años. Conozco una persona que, después de haber gozado de consuelos indecibles y multitud de favores, a pesar de casi no conocer los libros, ya había experimentado toda clase de ternuras y caricias descritas en ellos; escritas por santa Gertrudis, o por santa Catalina de Siena, o por Santa Teresa. Por espacio de nueve años casi continuos, y casi sin privaciones, tuvo presente a su derecha, al divino esposo, de una manera mística y amorosa. Esto impedía el temor y producía una alegría interna, situando aun su cuerpo en un dulce reposo, como si estuviese ya en la gloria, sin riesgo de sufrir. David lo explica con estas palabras: [68] Pongo al Señor ante mí sin cesar; porque él está a mi diestra, no vacilo. Por eso se me alegra el corazón, mis entrañas retozan, y hasta mi carne en seguro descansa (Sal_16_8s). Al cabo de aquellos nueve años, esta alma se encontró en la sequedad, o más bien en algo parecido al desamparo. Así como las que suelen recibir caricias se sienten abandonadas cuando no se les habla, así el Señor nos manda grandes penas cuando dejamos de sentir su asistencia, porque todo nuestro ser depende de Dios. Si él se retirara, dejaríamos de existir. Lo mismo sucede cuando retira sus consuelos de un alma que los ha experimentado largo tiempo. ¡Ay, ay! ¡Qué pena da ver a un príncipe alimentado con sabrosos manjares, forzado a comer pan de avena o de cebada sin ser purificado de su pajilla, cuyas puntas parecen estrangular la pobre vida que le resta!

Así se veía esta alma, que ignoraba dónde estaba el Dios de su corazón. Le parecía que cada criatura le preguntaba dónde estaba aquel que tanto la amaba, y que no parecía tener ojos sino para contemplarla, pero que al presente parecía tenerlos sólo para desdeñarla. [69]

Humillada por tan diversos pensamientos, la pobre huérfana fue mirada con piedad por aquel que se llama el padre de los huérfanos y el juez de las viudas. Cual nuevo Booz hacia esta pobre Ruth, mandó que se la dejara recolectar asiduamente, permitiendo que mojara su pan seco en el vinagre, para que probara nuevos sabores y terminando por tomarla por esposa después de que ella le hubo revelado su identidad.

El dulce Jesús no ignoraba que dicha alma era su esposa, ni que había dejado su propio país, renunciando a todo lo que no es Dios y a sus posesiones. A imitación de María Virgen, había hecho voto de castidad, rechazando los placeres del mundo. Durante esta hambre o privación de los consuelos del cielo, no había dejado de esperar valientemente.

Este dulce y benigno padre, este amorosísimo esposo, después de haber ejercitado la paciencia de su esposa, reveló a una joven compañera suya, que todas sus aflicciones pasadas no se debieron a desamparo alguno de su parte, y que le dijera en su nombre que su infinita bondad siempre la había amado, la amaba y la amaría con una caridad perpetua o eterna. Así lo hizo la buena muchacha, acudiendo sin tardar a decirlo a la esposa.

Estas palabras fueron como flechas lanzadas directamente a su corazón oprimido, para abrirlo a la alegría que le traía semejante noticia. [70] De pronto, ante su gran asombro mezclado con temor, sintió el amor agridulce, y sus ojos se convirtieron en dos fuentes de lágrimas mezcladas con el recuerdo de los dolores apenas pasados, con el beneficio que aún no acababa de captar, debido a la grandeza de su amor. ¿Acaso no dijo él, resucitado: Yo me acuesto y me duermo, me despierto, pues el Señor me sostiene? (Sal_3_6). A punto está mi corazón, oh Dios, a punto está mi corazón (Sal_108_1). Tú enciendes mi corazón, mi corazón quiere ir delante de ti. Mas no, prefiero seguirte: Voy a cantar, voy a salmodiar, anda, gloria mía, despertad, arpa y cítara, ¡a la aurora he de despertar! Te alabaré entre los pueblos, Señor, te salmodiaré entre las gentes, porque tu amor es grande hasta los cielos, tu lealtad hasta las nubes. ¡Alzate, oh Dios, sobre los cielos, sobre toda la tierra, tu gloria! Para que tus amados salgan libres (Sal_108_1s).

Y así el resto de este salmo, que es conforme a lo que siente el alma: Triunfaremos con el auxilio del Señor, el cual aplastar a nuestros enemigos (Sal_108_14).

La esposa se ve libre de todos sus males al recuperar a su esposo, que es su soberano bien. En él encuentra ella todas las cosas. Todo parece estarle sujeto; domina en todo y sobre todo. Sólo cuenta su amado, que es su rey y su Dios. Pero también es su esposo, lleno de amorosa bondad. [71] Ella es toda de este amor, mediante el cual goza de todos sus placeres. Las dominaciones y las tribus de todas las naciones son también cautivas de la esposa: Judá es mi cetro; Moab, la jofaina de lavarme (Sal_108_9s). Aun los contrarios más acérrimos: Sobre Edom, tiro mi sandalia, contra Filistea lanzo el grito de guerra. ¿Quién me conducir hasta la plaza fuerte, quién me guiará hasta Edom? (Sal_108_10s).

Ella reconoce que todas sus gracias proceden de su amado, y a él las atribuye; pero como es propio del amor engrandecer al ser amado, el esposo desea convertirla en su Señora, como ya dije antes, exigiendo únicamente su fidelidad.

Ahora bien, los deseos de la esposa consisten en gozar de su amado, que es el Deseado de las naciones y de los collados eternos. El Padre y el Espíritu Santo se complacen en este Salvador, que es su esposo, y todo de ella. De manera que si no tuviese la misma esencia indivisible con el Padre y el divino Espíritu, podría parecer que la ley del matrimonio establecida divinamente haría que él dejara todo para unirse a esta esposa.

Pero así como la unidad que él tiene con el Padre y el Espíritu Santo es su felicidad total, [72] así la esposa es dichosamente elevada sin divagar, con todos los honores y todas las grandezas de la Virgen, de la Virgen Madre, que dio el cuerpo del esposo divino, el cual fue tomado del seno virginal de una manera virginal. Así como el Verbo es engendrado virginalmente por el Padre, así el Espíritu Santo es producido virginalmente por el Padre y el Hijo.

De manera semejante el esposo habita virginalmente con su esposa, la cual lo ama, exclamando por ello: Amo a Cristo, a cuya cámara nupcial entraré; cuya madre es virgen; cuyo Padre no conoce mujer. Su voz, al cantar, es para mí un órgano melodioso. Cuando le amo, permanezco casta. (Sta. Inés). Amo a Jesucristo, en cuyo tálamo soy admitida; a Jesucristo, cuya madre es Virgen, y cuyo Padre divino no conoce mujer. Sus palabras castísimas son para mí más armoniosas que las cítaras. Mi corazón se complace al imitarlo, y todas mis potencias establecen con él un ensamble musical que nos atrae al uno y a la otra al amor. Cuando le amo, sigo siendo casta; cuando lo toco, sigo siendo pura. Cuando él me besa, quedo incólume; cuando lo recibo, sigo siendo virgen. Estoy desposada con aquel a quien sirven los ángeles, cuya hermosura admiran el sol y la luna. Sólo a él serviré con fidelidad (Sta. Inés).

Yo soy la esposa queridísima del Señor de los ángeles, cuya hermosura admiran el sol y la luna. [73] Sólo a él servir, con fidelidad de esposa. A él me entrego con toda devoción (Sta. Inés). Soy toda suya por inclinación de mi franca y libre voluntad. Deseo ser enteramente suya, así como su bondad lo mueve a ser todo mío.

El alma de la que antes hablé, que recibió el favor de escuchar de labios de su compañera el mensaje de su esposo, recuerda una visión intelectual que tuvo el día de san Martín. Pero antes contaré lo que precedió a este favor.

Cierto día del mes de noviembre, encontrándose la esposa en una capilla, se sintió fuertemente atraída, sin saber cómo, de suerte que su corazón pareció salir de su pecho debido a la fuerza de dicho atractivo. No fue como los asaltos que había experimentado en otras ocasiones. Dios mío, decía ella, ¿qué quieres de este corazón al que atraes tan

poderosamente a ti, sin que sepa por qué ni cómo; sin ver lo que pides de él, ni aun si en realidad eres tú? Pero como no se eleva ni se abre por sí mismo, debe tratarse de ti. Su corazón tuvo tantos asaltos, que se abrió a su amado, el cual hizo la brecha. Con ello [74] quiso cambiar la nada en botín, para entregarse todo a la esposa, transformándola en el más rico trofeo. Después de gozar a su amado, éste le reveló cómo había obrado en ella, diciéndole: Mi toda mía, he morado en tu corazón de manera admirable. Por derecho de matrimonio sagrado entre nosotros dos, me he deslizado en tu corazón cual divino semen. Cuando tu corazón sintió los primeros deseos de mi amor, fue como una casta llama. Cuando se acercó a mí para hacer la unión mediante el beso de paz, fue como una llama límpida; pero cuando nos unimos de manera inefable, a la que puedo llamar unidad, me recibiste como Verbo humanado en tu corazón derretido de amor, abierto por deleite y dilatación, introduciéndote en él a manera de injerto, para absorber tu sustancia y cambiarla en mí al darte la mía. En tu tronco exterior parecerás la misma, pero tu interior seré yo mismo y los frutos que darás serán míos, porque proceden de mí.

El esposo, no contento con explicar esta gracia que concedía a su esposa, quiso, un día de san Martín, mostrarse en visión, mostrando un cuerpo compuesto de luz, cual clara diafanidad, o como el cristal de un vitral. [75] Llevado por su amorosa ligereza, parecía venir de lo alto con una divina impetuosidad, para abrazar a su esposa. Dicha visión no era sensible, sino imaginativa y espiritual.

No intentaré describir todos los favores que concedió a su esposa, porque me sería imposible. Cerca de la fiesta de san Lucas, quiso de nuevo conversar con su esposa en términos encantadores y dulcísimos, diciéndole: Has de saber, amada mía, que cuando has sentido mis abandonos, pretendía yo estar alejado de ti como si me hubiese ido a una tierra extraña, deseoso de conquistar para ti bienes y grandes riquezas. Te dejé las arras de mi fidelidad, es decir, mi propio corazón con sus afectos, después de pedirte la llave del tuyo, a fin de que en mi ausencia no abrieras a nadie. La llave no es otra que la promesa fiel de ser toda mía. Volví cuando tú dormías, para sorprenderte. Al despertar, quisiste saber quién se acercaba a ti, sin tener la intención de admitir en tus amores a otro que no fuera aquel a quien los diste. Al asegurarte que era yo, me abriste la puerta; mejor dicho, no pudiste levantarte, sorprendida por el temor y el amor. [76] Por el temor, dudando que se tratara de una voz que imitase la mía. Por el amor, sintiendo, con un instinto divino que era yo. Tu corazón, que sufría y se alegraba, fluctuaba entre estos sentimientos, ocasionando algún dolor a tu pobre estómago. Conociendo al fin que en realidad era yo, se desvaneció el temor y tu corazón se abrió alegremente a mis delicias, aspirando dulcemente de mí tus sagrados placeres. Yo me derramaba en ti a través de mis sagrados deseos, abrazándote castamente, es decir, de manera divina y mística, como se hace en el puro amor, porque todo esto procede de él mismo y en él, y él solo obra esta metamorfosis. Tú moras en mí y yo en ti, así como mi Padre y yo estamos el uno en el otro. Esta unidad produce un mismo amor que es Dios como nosotros, el cual está también en nosotros. Tres personas distintas integran un Dios trino y uno, que se basta a sí mismo. Si Dios se basta a sí mismo, serás muy avara si no te basta con él. Si anhelas la claridad, él es todo luz. Si deseas la bondad, él lo es por esencia. Si deseas la sabiduría, él es la misma ciencia. Si deseas el poder, él es la omnipotencia. Si deseas grandezas, él es la suprema altura. [77] Si deseas hijos celestiales y divinos, él es la fecundidad cuya generación es innumerable: Y su generación, ¿Quién podrá contarla? (Is_53_8). Qué puedes desear que no encuentres en él, esposa sagrada. El es todo tuyo. Goza a tu holgura en tu lecho celestial. A ello te invita él amorosamente. Ven, mi elegida, y te daré un trono, y el rey se preñará de tu hermosura (Sal_44_12). ¡Acudan,

elegidos míos! Por ser el sol, pondré y asentaré mi trono en ti, porque el amor real y divino codicia tu belleza. Ven a mi derecha para ser justificada por mí; ven al sitial de la sabiduría que te ofrezco. Que tú seas mi trono de marfil, de zafiro y de toda clase de piedras preciosas. Contémplame como el esplendor del Padre y figura de su sustancia. Llévame grabado en ti, que soy imagen de su bondad divina. De este modo, serás el Monte Tabor en el que muestro mi gloria. Si no te sientes feliz, acude al cielo empíreo con libertad de esposa: nadie menospreciará la osadía de tu santa libertad. Es mi bondad la que te apremia; bondad divina que también es tu madre. Dime: Te llevaría, te introduciría en la casa de mi madre, y tú me enseñarías. Te daría a beber vino aromado, el licor de mis granados (Ct_8_2). [78] A pesar de mi indignidad, te tomaré por esposo, ya que el matrimonio en que te dignas unirte a mí me permite hacerlo. Te conduciré, no por poder de autoridad, sino por el imperio que el amor ejerce sobre ti. Esta gracia es un lazo que te mueve a inclinarte divinamente y por bondad, a lo que ella desea. Te llevaré a la casa de mi madre, la caridad eterna, en la que me has amado en ti mismo antes de haberme creado. Allí me darás a conocer tus deseos con tus fulgores: en tu luz contemplaré la luz. Ahí te daré una bebida agradabilísima, pero que no procede de mí como de su fuente, sino de ti. En todo soy instrumento, y todo lo que soy estará dedicado a ti. Lo que eres en mí y lo que me haces ser en ti, será como un vino delicioso. Contendrá el sabor o jugo de las granadas de las obras de caridad que tu divino Esposo me hará producir como fruto de su bondad, la cual se comunica tan dulcemente a mí, que sus delicias manan de mí a través de un suave éxtasis, en el que soy sostenida por ti, queridísimo esposo mío, ya que [79] tengo la impresión de que tu mano izquierda está sobre mi cabeza, cuidando que no caiga yo en un mal mayor y que el deseo del cielo, que es la casa de mi Madre, no sea para mí tan violento que me quite la vida.

Que tu diestra me abrace para decirme que viva con paciencia, porque no estoy sin ti, que permaneces conmigo en el divino sacramento. Con tantas visitas que tu amor me hace, conserva mi espíritu en medio de tantos peligros. Tu mano izquierda impide que los males me derroten, en tanto que tu derecha me comunica sus bienes para alegrarme y embriagarme de tus delicias.

Tú que vives al amparo del Altísimo, que vives a la sombra del Omnipotente (Sal_91_1). Si estoy bajo tu protección y en brazos de tu caridad, ¿qué temeré? Diré con el real profeta: Muchos dicen: ¿Quién nos hará ver la dicha? ¡Alza sobre nosotros la luz de tu rostro! Señor, tú has dado a mi corazón más alegría que cuando abundan ellos de trigo y vino nuevo. En paz, todo a una, yo me acuesto y me duermo, pues tú solo, Señor, me asientas en seguro (Sal_4_7s). Tu rostro se detiene sobre mí como un sol, como signo de tu divina providencia, siempre presente; dando con ello un gozo y alegría indecible a mi corazón, alimentándolo con la abundancia del trigo de los elegidos [80], embriagándolo con el vino que engendra vírgenes y ungiéndolo con bálsamo de alegría. Por ello, en una paz divina y extática, me duermo entre tus brazos, perdiéndome en ellos y olvidando en ellos mis cuidados, porque en ti está toda mi esperanza. Tú mismo eres mi sola confianza y mi posesión eterna.

Este esposo benignísimo, al ver que su amada esposa no piensa sino en él, y que, como una bebida se duerme entre sus brazos como si él fuera su nodriza, conjura a las hijas de Jerusalén, a los ángeles aunque pacíficos, a todas las obras aunque sean virtuosas, para que no despierten a su amada hasta que ella quiera: Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, no despertéis, no desveléis a mi amada, hasta que le plazca (Ct_8_4). No sólo no la despierten enteramente; eviten hasta el más ligero ruido para no turbar su reposo. Esperen a que esté

enteramente satisfecha del sueño de su contemplación mística. No les extrañe que los someta a las leyes de sus mandatos; yo mismo, a pesar de ser su Señor, su esposo y su Dios, me someto a ellos por amor. Yo hago la voluntad de los que me temen. Piensen que mi bondad cumple diligentemente la de los que me temen y me aman, ya que todo coopera en bien de los que temen a Dios. [81] El divino Paráclito al que se atribuye la bondad, intercede por ellos. A esto se refiere el Apóstol en el capítulo en que nos dice que, cuando la esposa se encuentra en medio de una dichosa debilidad, ignorando lo que debe pedir, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios. Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio. Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también los justificó; a los que justificó, a éstos también los glorificó. Ante esto ¿qué diremos? Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros? El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros; ¿cómo no nos dar con él graciosamente todas las cosas? (Rm_8_26s).

Si el Padre nos ha dado a su propio Hijo, dándonos todo en todo, ¿quién pondrá en duda los dones y gracias que concede a su esposa? La colma de grandes favores, la enriquece con sus propias riquezas, la adorna con su belleza y la hace semejante a él por participación; de suerte que los ángeles y todas las demás criaturas, arrebatadas de admiración, exclaman: [82] ¿Quién es ésta que sube del desierto, apoyada en su amado? (Ct_8_5). ¿Quién es ésta que sube del desierto rebosando en delicias? Nos asombra muchísimo el ver a una persona que, sin el apoyo de las criaturas, y estando sola, se eleve por encima de ella misma, colmada de delicias. Los desiertos no suelen producir sino espinas y rigores, y sus habitantes son casi salvajes. Sin embargo, vemos todo lo contrario en esta enamorada. Es verdad que el amor domestica, pero en los desiertos no se encuentren galas y ungüentos tan preciosos como para adornar a los que viven en él. ¿Quién hubiera pensado jamás que, en o debajo de la tierra, hubiera delicias como las del cielo? Santos ángeles, confieso a ustedes que, antes de la Encarnación, esto era difícil de encontrar; pero después de ella, el Verbo Encarnado aportó los tesoros de la ciencia divina y de la sabiduría del Padre, enviando al Espíritu Santo con todos sus dones. El es el amor inefable que ha hecho todo esto; es la caridad del Padre que tanto amó al mundo, que le dio a su propio y único Hijo para que morara en él hasta la consumación de los siglos. Todo lo que tienes en el cielo se encuentra en la tierra, aunque no al descubierto. Escuchen el secreto de la Ascensión, de esta esposa y de sus delicias. [83] Ella se apoya en los méritos de su esposo, y en su mismo esposo. El se dignó ejercer el oficio de cargador en la cruz y, me atrevo a decirlo, también el de escudero. ¡Ah, la manera divina de actuar! El espíritu de este esposo engalanado, esta esposa, que es un cielo, y todo, es una realidad. Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos; por el soplo de su boca toda su mesnada (Sal_33_6). Debajo del manzano te desperté, allí donde te concibió tu madre, donde concibió la que te dio a luz (Ct_8_5).

Querida mía, a fin de que conozcas el gran cuidado que tengo de ti, no sólo como esposo, padre y nodriza, sino también como médico, me propongo cuidarte con mi vigilancia, por temor a que las alabanzas que se te prodigan encanten tu oído y te cierren los ojos, impidiéndote ver tu origen. Tú sabes que en Adán y Eva todos los hombres pecaron,

que fuiste concebida en iniquidad y que debajo de un manzano, tu madre Eva fue violada o engañada por las falacias de la serpiente. También tú estabas debajo del mismo árbol; dormías en Eva, ignorando aun tu nacimiento; pero yo te veía presente, porque todo está presente ante mí. Quería despertarte yo mismo. Dormías con un sueño como de sombra de muerte; [84] un sueño letárgico. Para despertarte, quise bajar de los cielos; más tarde lo hizo mi Santo Espíritu, en medio de un ruido ensordecedor, bajando con vehemencia sobre los que estaban en el Cenáculo: no sólo mis apóstoles, sino los que creían en la resolución eterna que tomé de crear, volver a crear y santificar la creación. Cuando el alma se infunde en el cuerpo, encuentra en él al pecado. Sólo mi madre por privilegio, y yo por naturaleza, fuimos exentos de él.

En la regeneración del Bautismo, te desperté. Bajo el árbol del mal, estaba tu madre corrompida por la astucia de la serpiente. Más tarde fue privada por su propia sensualidad, ya que nadie es ofendido sino por sí mismo.

Las vanidades y las alabanzas podrían corromperte, haciéndote creer que tienes de ti alguna cosa. Por eso quiero que atribuyas todo a mi bondad y no a tus méritos; que conozcas que de tu ser sólo has recibido el pecado, que borré de ti en el bautismo. Como sabes, acepté reclinarme sobre el árbol tenido por el más afrentoso entre los instrumentos de tortura para los criminales: Condenémosle a una muerte afrentosa, pues, según él, Dios le visitará (Sb_2_20).

[85] Pero recuerda también que llevas en ti la inclinación al pecado. Esta sensualidad fue causa de que tu madre violara mis leyes, aun teniéndola en su poder absoluto, porque en ese tiempo reinaba la razón. La parte superior dominaba a la inferior. Este recuerdo debe humillarte y hacerte dudar de ti en todo, amando y agradeciendo mi cuidado en preservarte de tantos males en los que podrías incurrir, si mi gracia y mi amor no fueran tus centinelas y no te protegieran. Ponme cual sello sobre tu corazón, como un sello en tu brazo. Porque es fuerte el amor como la Muerte, implacable como el sheol la pasión; Saetas de fuego, sus saetas (Ct_8_6). Como tú eres mía por tantas razones: creación, redención o adquisición, conservación, dependencia, divina de la franca y libre voluntad, ponme como un sello sobre tu corazón; que pueda estar seguro de que este corazón al que deseo todo para mí, está bien sellado con todos mis tesoros y mi corazón mismo. Quiero ser su guardián, por no fiarme de ninguna criatura. Esto es una dicha para ti, porque nadie es capaz de custodiarlo sino yo. Mi sagrada humanidad es la cera. Mi divinidad, el fuego. [86] Mi santísima y divina persona es su sello. Si lo deseas, tú serás la cera y el fuego; y yo, el omnipotente, el sello. Mi amor será tu peso, así como es el mío, porque me inclino hacia donde él me lleva: hasta tu corazón, para regir tus pensamientos y afectos. Pero esto no es todo. Exijo que me pongas como un sello sobre tu brazo; que tus pensamientos y tus palabras, que salen de la abundancia del corazón, no sean solo míos, sino también tus acciones, simbolizadas por el brazo. La verdadera prueba del amor son las obras. Decir y no hacer, es nada. Amar de palabra y no de hecho, no me complace. No se abrirá el cielo a los que sólo dicen: ¡Señor, Señor! El cielo es para los que hacen la voluntad de mi Padre. El amor es fuerte como la muerte. Así como la muerte no perdona a nadie, así mi amor no cede a criatura alguna. La muerte causa la separación del alma y del cuerpo. Por esta razón, mi amor desea la separación eterna de todo lo que no es el bien, sin aceptar nunca el pecado. Así como el infierno jamás devuelve a las almas que ha encerrado en sus mazmorras, [87] mi amor jamás te devolverá a ti misma. El infierno posee esta rivalidad para conservar a los condenados en la eterna privación de todo bien y en la vejación infinita de todos los males, no permitiéndoles jamás volver a su libertad primera.

Por ello mi amor no desea jamás devolverte a ti misma: caerías en la cautividad y dejarías de poseer la dicha esencial. Obra de este modo para que dejes la nada, a fin de que poseas el todo. Así como él se te ha dado todo, te desea toda para él. Un corazón dividido en sí mismo está desolado. El amor que te tengo me movió a permitir, sobre todo, la separación de mi alma y de mi cuerpo, para no verte privada de la gracia y del mismo amor. Es necesario que la humanidad escoja el amor eterno. Las lámparas del amor son focos de fuego y llamas. Como se dice que Dios es fuego que consume sin ser consumido, todo debe transformarse en el amor y para amar. Toda la claridad del entendimiento, toda la solidez de la memoria, debe ser para el amor, que es la voluntad; amor que desea predominar, como una viva llama separada de su pesada masa; de todo lo que es burdo, material y, me atrevo a decirlo, creado. [88]

Las tres personas desean, en una esencia, poseer al alma con sus tres potencias, lo cual es devolver a Dios lo que es de Dios. Como el corazón tiene una forma triangular, pertenece al Dios trino y uno, que lo hizo para él. Por ello estar inquieto hasta que llegue a su término infinito, es decir, hasta la fuente de la divina bondad, subiendo siempre a lo alto, hacia Dios, que es su centro. El fuego parece inquietarse cuando se intenta desviar la punta de su llama. Si se hace con una cosa blanda, no tardar en derretirla; pero si se trata de un material muy duro, dejar de ser fuego con esta materia. Así obra Dios con los obstinados, que se niegan a obedecerle. Aun cuando Dios no castigara sino con su privación, esto sería demasiado. ¡Ay, verse privado de Dios! Ser privado de todo bien es, como ya dije, ser acribillado por todos los males, porque la justicia no conoce punto intermedio. Es ella quien prende las llamas de la muerte eterna del infierno, en los corazones que no aceptaron las llamas de vida eterna del paraíso. Las primeras son tan severas, que un gran profeta exclamó: ¿Quién de nosotros podrá habitar con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros podrá habitar con las llamas eternas? (Is_33_14). Grandes aguas no pueden apagar el amor, ni los ríos anegararlo. Si alguien ofreciera todos los haberes de su casa por el amor, se granjearía el desprecio (Ct_8_7).

Ni todas las aguas de las aflicciones de esta vida, podrán jamás extinguir la caridad. Así se trate de penas interiores, sufrimientos del cuerpo, menosprecios, ángeles malos con sus tentaciones, o buenos que luchan, como el que combatió con Jacob (Gn_32_25). Ni los impetuosos ríos de la vanidad, con su flujo y reflujo, podrán sofocarla. Si alguien diera toda su heredad, es decir, todos sus bienes temporales, los corporales, los espirituales como la fe, la esperanza y las demás virtudes, sus posesiones a los pobres, su cuerpo al martirio; si poseyera la elocuencia de los ángeles y de los hombres, es decir, la humanidad de Jesucristo si pudiera ser separada de la divinidad, que es la misma caridad y amor, todo esto sería reputado en nada, porque el amor perfecto a Dios y al prójimo es el tesoro más grande en el cielo o en la tierra. Sería preferible perder todo lo que hay en el mundo, y aun la propia vida, que perder la caridad y el amor. [90] Sería preferible sufrir las penas del infierno y privarse de los goces del paraíso, si éstos no se pudieran llamar alegrías por falta de caridad y amor. La esposa ama por amor al esposo; y aunque no hubiera paraíso o cielo empíreo, él no sería menos amado por su fiel enamorada, que sólo ama el paraíso por amor de su Dios. Se trata de un amor despojado. Todo lo que no es Dios, es nada para ese amor. Ella misma no se pertenece, sino a su Dios. El paraíso con su altura, el infierno con su profundidad, el instante de esta vida, la eternidad de la otra, el hambre de contemplar muy pronto a Dios, la falta de todo consuelo, los peligros cuando se vive en el mundo, que es un mar: todo le parece nada. Aun cuando su Señor lo ordenara, mostrándole la gloria como a san Martín, ella diría que, si pudiera servir a la caridad y al amor, no rechazaría los trabajos

ni las persecuciones, ni la espada, repitiendo a una con el apóstol: ¿Quién nos separar del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada?, como dice la Escritura: Por tu causa somos muertos todo el día; tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó (Rm_8_35s). Pero con una dilección y amor que lo movió a darnos a su Hijo único, para morir por nosotros:

Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro (Rm_8_38s).

Tenemos una hermana pequeña: no tiene pechos todavía. ¿Qué haremos con nuestra hermana el día que se hable de ella? (Ct_8_8). ¡Cuánto valor das a una pequeñita!

Nuestra hermana es pequeña; es humilde porque no tiene cuenta de sí. Se ha perdido a sí misma, para encontrarse en Dios, porque el amor vacía al ser amado de sí mismo. La sagrada humanidad de nuestro Señor no tuvo sustancia propia, sino sólo la del Verbo. Su humanidad careció de los pechos de la propia complacencia; atribuyendo sus obras sólo a la divinidad. Por ser ella su soporte, sus obras son teándricas: divinamente humanas y humanamente divinas, así como se conoce a un ser humano con sólo ver su cabeza. Cuando se pinta en un cuadro, basta con ella. El cuerpo sin cabeza carecería de nombre, por no tener espíritu ni entendimiento. Cuando se pinta un ángel, se le da una cabeza coronada por alas. Durante su predicación, el Salvador solía decir: Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. Si alguno quiere cumplir su voluntad, [92] ver si mi doctrina es de Dios o hablo yo por mi cuenta. El que habla por su cuenta, busca su propia gloria. El que busca la gloria del que le ha enviado, ese es veraz; y no hay impostura en él (Jn_7_16s).

El buen Jesús daba toda la gloria a la divinidad, por ser el origen de su propio soporte. ¿Qué dijeron las tres personas divinas? Nuestra hermana es pequeña, aún no tiene pechos. Esta humanidad que tenemos con nosotros cual hermana queridísima, carece de pechos. ¿Qué haremos en el día en que se hable de ella, en que se hable a su Madre, la virgen, para realizar un matrimonio entre esta humanidad y nuestra divinidad?

Contemplamos esta humanidad en la nada, no teniendo el ser sino de nosotros y por nosotros. La vemos humillada, anonadándose libre y voluntariamente; ofreciendo servir a toda criatura y padeciendo lo que sea voluntad nuestra, por tener un cuerpo y un alma. El cuerpo es propio para sufrir, y el alma, en su parte inferior, se presenta para sufrir también, sin contrariar nuestro mandato. Aun cuando se le presenta el gozo, escoge la cruz, deseando morir para que la humanidad viva [93] con una vida de gloria inmortal. No se echa atrás: entrevé las penas que debe sufrir; las comprende y se abraza a ellas, porque el mismo Verbo se las ha dado a conocer. No tiene pechos todavía para creer que puede darse en matrimonio a nuestra divinidad, cuya voluntad es que ella sea madre y nodriza de sus hijos. ¿Qué haremos cuando haya que hablarle para tratar este matrimonio? Ella es como un muro: edifiquemos parapetos sobre él: Si es una muralla, construiremos sobre ella almenas de plata: si es una puerta, apoyaremos contra ella barras de cedro (Ct_8_9).

Si la Sma. Virgen había resuelto guardar la virginidad como un huerto cerrado y una ciudad rodeada de murallas, edifiquemos almenas sobre ellas; fortifiquemos aún más a esta pequeña Virgen. Hagámosla madre sin que pierda su virginidad; es decir, ensalcemos su virginidad por medio de la maternidad divina. Hagámosla más fuerte que cualquier otra criatura. Construyamos en ella torrecillas de plata, que resonarán tan lejos, que todas las criaturas la llamarán dichosa, moviéndola a razonar y decir que hemos mirado su humildad; que tuvimos en cuenta que carecía de pechos de complacencia propia, de vanidad; y que

lejos de desear atraer a ella criatura alguna, se ofreció ella misma como esclava. [94] Como es una puerta cerrada a todos, es el conducto del Señor. Obremos en ella de suerte que nuestra divinidad pueda depositar en ella manjares divinos. Ayudémosle a ser pura; levantémosla muy alto, para alimentar por su medio a la raza humana, para la que será constituida Madre de misericordia, así como la nombramos Madre del amor hermoso y nodriza del Salvador. Que sea puerta del cielo y refugio de pecadores. Pero consideremos a esta humanidad que de ella tomamos, para unirla al Verbo, al que contemplamos en un abismo de humildad. Todo un abismo de grandeza atrayendo al abismo de la bajeza, para hacerlo igual a nosotros mediante la hipóstasis del Verbo. En cuanto él vio todo esto, exclamó diciendo: En verdad, en verdad os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Yo soy la puerta. Si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto (Jn_10_7s). Yo soy una muralla, y mis pechos, como torres. Así soy a sus ojos como quien ha hallado la paz (Ct_8_10). Yo soy un muro, pero un muro de fuego para guardar a los elegidos y para consumir a los réprobos. Mis pechos son torres de refugio bien pertrechadas. Fui creada en presencia de mi Padre: la redención de las almas es su deliciosa cena. Yo las alimento en paz, las albergo en la paz; moro con ellas en paz. [95] Pero volviendo al alma esposa del Dios del amor, los ángeles, los santos y Dios mismo dicen: Nuestra hermana es pequeña porque viene de la nada; pequeña ante sus ojos; pequeña porque no se ha perdido en el amor, habiendo renunciado a sí misma. Cuando hablamos de desposarla con un Dios hecho hombre, ella exclama: ¿Cómo será esto? (Lc_2_34). Por haber resuelto vivir como una desconocida, rodeada por un muro sellado. No se atreve ni a tener el pensamiento de aparecer, por considerarse una inútil. ¿Qué haremos cuando se hable de ella? ¿Qué podrá respondernos, si carece de pechos para alimentar a los hijos que su esposo le dará? ¿Acaso no ha dicho que no tiene virtud ni ciencia para gobernar e instruir a sus hijos? ¿No nos dijo que ella misma es una niña que necesita ser llevada a los pechos y no alguien que puede amamantar a otros? Su humildad parece oponernos resistencia, como una fuerte muralla. Ella misma es una puerta de hierro. Seamos amables; atraigámosla a nosotros así como el imán atrae el hierro. No podrá resistirnos. Como es un muro, edifiquemos en él torreones de plata. Hagámosla elocuente. [96] Si es humilde, digámosle que en los humildes y temerosos se asienta como en su trono nuestro espíritu, y que donde hay humildad, hay sabiduría. Si es casta como un huerto cerrado o una fuente sellada y escondida, seremos en él lirio, árbol de vida y cedro plantado en medio de su corazón, para producir en él un manantial vivo. Hagamos en ella un río impetuoso que alegre la ciudad divina. Santifiquémosla como al tabernáculo del Altísimo; ella es el monte Sión, donde el unicornio divino desea edificar por siempre su santuario y su morada santísima: Su fundación sobre los santos montes ama el Señor: las puertas de Sión más que todas las moradas de Jacob. Glorias se dicen de ti, ciudad de Dios (Sal_87_1s).

Como reconoces tu nada, deseando ser tenida por la última y peor de todas las criaturas, eres levantada por mi bondad, y tus cimientos se colocan sobre la montaña sagrada. Debes saber que tu Señor ama tu puerta, ¡oh Sión pacífica!, más que todos los tabernáculos de Jacob. Sólo él pasar por esta puerta, para morar en ella en efígie y en su propia persona. El la guardar. El es el verdadero Líbano donde los cedros se yerguen altísimos. Si eres casta, el te hará castísima, por ser él la fuente [97] y el primer modelo de la virginidad. El es Dios y hombre. El es la corona de las vírgenes. Las puertas reales muestran sobre ellas el escudo de armas del rey. Tendrás sobre ti y en ti al rey como escudo viviente. ¡Cuán bueno es este conserje hacia los buenos domésticos, y cuán terrible para los malos, que son ladrones y enemigos!

Por esto digo con presteza: Ponme cual sello sobre tu corazón, como un sello en tu brazo. Porque es fuerte el amor como la Muerte (Ct_8_6). Las puertas del infierno no estarán más firmemente cerradas ante los que la justicia divina ha constituido en ella, de lo que tú lo estarás ante los enemigos que fingen ser amigos, pretendiendo pasar por ella. Tú vencerás pacífica y castamente. Jacob fue suplantador al combatir contra el ángel, porque era peregrino. Pero tú, sin agitarte ni forzarte a combatir, vencerás en mí mismo, que me glorío al ser vencido por tu amor. Por tu parte, puedes gloriarte en el mío, que es más fuerte que la muerte, por que él es la muerte de tu muerte y el aguijón del infierno. He aquí la esclava (Lc_1_38). Glorias se dicen de ti, ciudad de Dios (Sal_87_3). Proclama mi alma la grandeza del Señor; mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la humildad de su sierva (Lc_1_46). [98] Por bondad tuya, Dios mío, me han sido concedidas estas gracias. Heme aquí, dispuesta a lo que desees obrar en mí y de mí. Yo soy una muralla. Soy un muro cimentado y cuidado por ti. Veo claramente que tu gracia me ha dado pechos que son como torres. Tu amor y tu providencia están conmigo. Tú eres mi fuerza y mi suficiencia, así como la de todos aquellos que me has dado y quieres darme. Me conviertes en pan de paz, por ser tú el maná dulcísimo que me sacia, lo mismo que a nuestros hijos, en el desierto celestial. Yo soy una muralla, y mis pechos, como torres. Así soy a sus ojos como quien ha hallado la paz (Ct_8_10).

Querido esposo mío, no contento con ser padre y esposo, te conviertes en un niño adherido a mis pechos, encerrándote en la misma torre que eres tú, sobre todos los cielos, a fin de estar conmigo en paz, como en tu Sión. Se te puede aplicar lo que se dice de la leona, que es casi inalcanzable para los cazadores, la cual se detiene cuando una virgen se coloca en su camino, por detectar su seno virginal. Pareces huir de tantos cazadores fuertes y diligentes que te persiguen y, al encontrarte conmigo, pobre niña, te dejas apresar. Es la bondad, es el amor; permanece eternamente conmigo, amado mío. [99] Salomón tenía una viña en Baal Hamón. Encomendó la viña a los guardas, y cada uno le traía por sus frutos mil siclos de plata (Ct_8_11).

Tú has sido y eres mi viña pacífica, porque te he dado y te doy mi paz. He ordenado tus potencias para que no sean turbadas por los enemigos: te he dado a mis ángeles por guardianes, y yo soy tu esposo y hombre, que concede mil favores a los ángeles y a los hombres por el cuidado que tienen de ti, al presentarme los frutos que mi gracia te hace producir. Ellos estiman más estos favores que mil piezas de plata. Yo los hago partícipes de mis secretos contigo. Ellos ven claramente cuánto te amo, alegrándose mucho por ello. Ellos ven que estás en el camino para crecer en gracia y dar frutos y méritos, que carecen de valor esencial cuando se llega al cielo. Mi viña, la mía, está ante mí; los mil siclos para ti, Salomón (Ct_8_12). Mi viña más querida eres tú y siempre estás en mi presencia. Yo soy tu amado y tu guardián. Me eres más querida que mil de mis ángeles, aunque ellos contemplan mi rostro pacífico y glorioso. No he dado por ellos mi naturaleza para unirla a la suya por hipóstasis, como quise unir a mí la tuya, [100] para no ser sino una persona con dos naturalezas, un Hombre-Dios. Así como esta humanidad existe por siempre, desde mi Encarnación, no sólo ante mí, sino unida conmigo sustancialmente y ella es (texto faltante) la tengo en más estima que todos los ángeles. No fue de esta humanidad que se dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado. Esto se aplica a la persona de Jesucristo, cabeza de los ángeles y de los hombres. Esta alianza con tu naturaleza se hizo sólo conmigo y por amor a mí.

Esposa mía, mi Padre te tiene siempre a su lado con más amor que a miles de ángeles; y así como ellos no tienen necesidad de ser cuidados y dirigidos, por haber

alcanzado su fin, estando confirmados en gracia y en gloria, me preocupo más por ti que por todos ellos, tanto porque eres pequeña, como porque me eres tan querida. Te amo con la ternura que se da a un lactante, meciéndote sobre mi regazo al darte mi leche. Tú eres mi Jerusalén pacífica, santificada por mi gracia y mediante el don altísimo y perfecto que procede del Padre de las luces, al que ninguna criatura puede dar sombra. Don que es el Espíritu que te renueva.

Tú eres mi nueva Jerusalén que baja del cielo coronada de mí, tu esposo. Tú eres el tabernáculo de Dios con los hombres, en el que yo habito con ellos. [101] Ellos son mi pueblo y yo soy su Dios. Yo mismo, mediante el fuego del amor, seco sus lágrimas, cambiando en júbilo tus gritos y lamentaciones. Yo caliento la frialdad que tendrías en la devoción, y refresco los ardores de la concupiscencia, que te secarían sin mi particular asistencia. Te hago puerta del cielo, y mi morada divina, que es agradabilísima para los ángeles y elegidos, pero terrible para los demonios: ¡Que temible es este lugar!, esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo (Gn_28_17).

Me dijiste que yo era escogido entre miles de afectos de tu corazón, y yo te respondí que me eras más querida que mil espíritus angélicos. Te vuelvo a decir que te amo más que a mil almas. Doy doble recompensa a los hombres que cuidan de ti, a los que he confiado tu cuidado en calidad de confesores tuyos: la recompensa de la gracia, la recompensa de la gloria, gloria esencial y gloria accidental. Y doscientos para los guardas de su fruto (Ct_8_12).

Además de servirte de ayuda en la perfección, los hago partícipes de dones particulares, dones que los mueven a perfeccionarse. Santa Teresa dice que un alma escogida y querida por Dios no puede amar mucho tiempo a alguien, a menos que esto sea para el adelantamiento común. [102] Esta alma es el recipiente y el canal del que deriva la fuente de la bondad. La fuente es para ella, pero el canal es para el prójimo. ¡Oh tú, que moras en los huertos, mis compañeros prestan oído a tu voz, deja que la oiga! (Ct_8_13).

Yo sé que te complaces ante mis peticiones, y que mi voz te agrada, sea al alabarte, sea al darte gracias, sea al pedirte perdón. En cuanto a ti, deseas que te pida cosas grandes. Sabes bien que me encuentro en una tierra extraña; que estoy en peligro mientras no sea confirmada en gracia, y que, a pesar de las caricias que me prodiga tu caridad, no dejo de ofenderte. Mientras más me levantas, más debo temer la caída. Los navíos que nada llevan no son perseguidos por los piratas, ni hundidos durante la noche. Las cosas humildes no son tan azotadas de los vientos como arruina a los campanarios. Yo soy un campanil; tú eres la campana y el tañido. Sin embargo, temo que el eco me bambolea, obligándome a caer y a recibir tus gracias en vano; en una palabra, temo que la vanidad me haga daño.

No tomes a mal, por ello, que te pida con urgencia el descanso seguro. Te lo digo a ti, que vives en el jardín celestial con tus santos y tus queridos predilectos a tu lado. Ellos, como amigos, entienden tus secretos, pero se esconden de mí por estar en el cielo empíreo, velados a mis ojos legañosos. Hazme oír tu voz, dime, lo mismo que a todas mis potencias, colocándolas a tu derecha: Venid, benditos de mi Padre, a heredar el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo (Mt_25_34).

¡Ah! Si tu gracia hubiese obrado en mí al grado de que entendiese estas palabras, dándote a comer el manjar de tu voluntad, que es la de tu Padre, de la que tienes hambre; y que te diese a beber del agua de mis lágrimas, tanto de mi entera conversión como de la de mi prójimo. Si te recibiera dignamente en el divino sacramento del altar cuando te dignas venir a morar en mí, lo mismo que tus inspiraciones. Haz que ellas encuentren mi corazón dispuesto a aceptarlas y conservarlas en él. Que te cubra, que te vaya a visitar afligido por

mi amor. Que, al verte atado por los lazos de tu caridad, que desea mi bien, quiera y pueda adherirme a ti, teniendo un mismo espíritu contigo; que mi libertad se entregue del todo a ti, [104] porque tu bondad se pone como límite u obstáculo mi libertad, no queriendo forzarla.

Que no niegue a los pobres los alimentos necesarios, sea del espíritu, sea del cuerpo; que dé de beber a los que carecen del agua del buen ejemplo. Que reciba y ayude a curar a tus pobres, sea corporal, sea espiritualmente. Que los visite si están presos, sea en el cuerpo, sea en el espíritu, a causa del pecado. Que dé testimonio de vivir en ti, de ti, por ti y para ti. Que, por toda la eternidad, viva para ti y de ti, transformada en otro tú. Toma posesión de mí como mi rey, mi esposo, mi Dios.

Que escuche tu voz, oh ruiseñor divino, que moras en el jardín delicioso donde tus amigos están separados de tus enemigos, para nunca volver a ser turbados ni de su odio ni de su envidia, que fueron las dos bestias feroces que se apoderaron de ti en el Huerto de los Olivos. Cuando te retiraste ahí con tus amigos: Pedro, Santiago y Juan, hiciste escuchar tu voz, pero tan suavemente, que un ángel vino del cielo para escucharla, aunque lúgubre y triste. ¿Qué decían ustedes, ángeles, al escuchar el murmullo de voz, las gotas de sangre y el agua que brotaba de aquel que, siendo Dios impasible, se hizo hombre pasible para rescatar a la humanidad? [105] Era el valiente jardinero que se complace en los jardines para borrar el pecado obrado en el primer jardín. Dile que conceda mi petición; que haga resonar en el oído de mi corazón la voz y el débil murmullo del arroyuelo mezclado de sangre y agua. Cayó sobre la tierra (Lc_22_44). Puedes decir, con toda razón: Tierra ingrata, si este licor fluyera sobre los cielos, lo apreciaríamos mucho más que tú. Estaríamos mucho más atentos a la armonía de esta incomparable música. El Padre y el Espíritu Santo se deleitan en ella.

Dios justísimo, ¿puedes gozar cuando tu justicia se venga de nuestros pecados sobre este justo Abel? Esta preciosa sangre te venga del pecado y reconcilia contigo al pecador. Tú estás, oh Dios, en Cristo, reconciliando por él al mundo. Que la voz de su sangre se haga oír a la divinidad ofendida por los hombres, para contentarla y satisfacerla en este jardín de los Olivos, por los crímenes cometidos en el jardín del Edén y en todo el mundo. Judas sabía muy bien, oh Jesús, que tú te complacías, cual incomparable jardinero, en visitar este jardín: Judas, el que lo había de traicionar, conocía también el lugar, porque Jesús solía ir allí con sus discípulos (Jn_28_2). Que tus amigos estén más alertas y vigilantes, pero los del cielo, porque los de la tierra se han dormido.

Ángeles de paz, ¿desean contribuir a esta música? Lloren amargamente, pero tomando cuerpos para acompañar al rey de la paz, que negocia nuestra paz eterna con la elocuencia de su preciosa sangre. Como amigos del esposo de sangre, estén a la escucha. Que escuche yo su voz, porque la voz de este río es dulce al oído de mi corazón, y la triste faz de mi Jesucristo es hermosa a mis ojos.

Jesús mío, adorna mis mejillas con tu sangre purísima; que escuche yo su voz y contemple su color. Su belleza y su bondad me extasían. Ya no vivo para mí. Tu sangre, Salvador mío, brota de tus venas; tu alma saldría de tu santo cuerpo si el amor, más fuerte que la muerte, no la detuviera. Está triste hasta la muerte, pero a pesar de eso, saldrá sólo con una orden de la vida que está en ti, porque marcaste su camino con el Padre y el Espíritu Santo. Cuando inclines la cabeza, por estar todo consumado, habrás terminado tu misión. Es necesario que ella haga oír su música sobre el monte Calvario, no sólo al oído de los amigos, sino de los mismos enemigos. Es menester que seas el espectáculo de los ángeles, de la humanidad y de la Trinidad sobre esta montaña. Las tres personas quieren contemplar [107] al que es el deseado de las colinas eternas y el esperado de todos los

pueblos. ¡Huye, amado mío, sé como la gacela o el joven cervatillo, por los montes de las balsameras!

El amor y la caridad fueron más fuertes que el odio y la envidia de tus enemigos. Una te empujaba y la otra tiraba de ti; pero tan pronta y fuertemente, que te condujeron hasta el Monte Calvario, donde te adhirieron más estrecha y fuertemente que las cuerdas y los clavos. Los verdugos no estaban tan rabiosos de crueldad, que tú apremiado por el amor. Amor que te hizo sufrir, haciéndote el espectáculo de los hombres, de los ángeles y de Dios. Amor que te hacía sufrir todas las contradicciones de los pecadores y la podredumbre de las osamentas esparcidas en ese lugar. Sin embargo, la infección de las almas obstinadas era la más hedionda de todas.

Huye, amado mío, descansa al volar y vuela descansando. Sé llevado sobre la pluma de los vientos. Que mi pluma vuele llevada por los dulces vientos de tu divino Espíritu. Que, mediante sus divinas inspiraciones, te lleve con ella a los corazones, y que éstos lleguen a ser montes de perfección enriquecidos por tus gracias y todas las virtudes. Que sean tu buen olor, Jesucristo mío. Que estos corazones lleven sembradas [108] las violetas de la humildad, los lirios de la pureza y las rosas de la caridad. Es más que razonable que tú poseas los suaves aromas, porque hiciste que florecieran las infectas podredumbres, y que cortes las rosas después de haber sentido las picaduras de las espinas.

Huye, amado mío, sobre lo más alto de los cielos. Rebásalos. Aseméjate a los cabritos; que tu vista penetre los secretos que la divinidad quiere dar a conocer a tu santa humanidad. Que seas portado sobre las alas de los querubines, para ser todo ojo, todo sabiduría. Que tu celeridad se asemeje a los cabritos que vemos subir a las colinas aromáticas, o a los ciervos cuando se alejan de los cazadores durante el verano, buscando refugio en las aguas de una fuente fresca y cristalina. Ascende al huir, y huye subiendo. Sobrepassa la mirada de los hombres y de los ángeles. Llega hasta la derecha del Padre, a recibir la gloria que quiere darte por haberla merecido. Aseméjate al ciervo urgido de mis deseos. Entra en el gozo de las delicias del manantial divino de agua viva, reposando después de haber trabajado tanto.

Envuélvete en los perfumes aromáticos de tus méritos y de tus divinas perfecciones. [109] Recibe la fragancia de los sacrificios que han sido, son y serán ofrecidos; en especial el sacrificio de alabanza que te honra. Recibe el aroma del incienso del ángel que había y ha juntado todas las oraciones de tus santos, que por tu medio son tan aceptas, según nos dice tu apóstol, al hablar de ti a los hebreos: Pero éste posee un sacerdocio perpetuo porque permanece para siempre. De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor. Así es el sumo Sacerdote que nos convenía: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos, que no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cada día, primero por pecados propios como aquellos Sumos Sacerdotes, luego por los del pueblo: y esto de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Es que la Ley instituye Sumos Sacerdotes a hombres frágiles; pero la palabra del juramento, posterior a la Ley, hace al Hijo perfecto para siempre. Este es el punto capital de cuanto venimos diciendo, que tenemos un Sumo Sacerdote tal, que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en el cielo, al servicio del santuario y de la Tienda verdadera, erigida por el Señor, no por un hombre (Hb_7_24s). [110] Pero, amado mío, ¿nadie te sigue mientras huyes? Tú dijiste que cuando fueras elevado sobre la tierra, atraerías todo a ti. Te recuerdo tu promesa. Atráenos a todos. En especial, atrae mi corazón a ti, con todos mis afectos. Tú eres mi amor; que seas también mi peso, que me lleve a donde tú quieras llevarme. Mi corazón te expresa sus

aflicciones. Mi cara, cubierta de lágrimas, te manifiesta lo que siento. Vivir, pacientemente en este valle de miseria, no viéndote más en él. Tendré en deseo la muerte de los santos, que es preciosa ante tus ojos. Me ofrezco en sacrificio. Concédeme la gracia de enviarme tu fuego sagrado que obre en mí un holocausto; que sea yo un ave fénix renovada en tus aromáticas llamas. Que pueda decir que mi conversación está en el cielo. Que no tenga aquí ciudad permanente, sino que camine siempre hacia la futura. Que, cual ave fénix, viva sola, sin unirme a cosa alguna creada; que como ella, permanezca siempre en los árboles de tus misterios gozosos, dolorosos y sobre las altas colinas de los gloriosos, esperando el día en que, cara a cara, y gracias a tu bondad, te veré para ofrecerte el sacrificio de alabanza eterna en la unidad de la gloria y del amor eterno [111] que tienes con el Padre y el Espíritu Santo, que es el amor con el que se aman.

Dios trino y uno; Jesús, amor que enciendes sin cesar las llamas del corazón de tu santa Madre, de manera especial, y los corazones de los santos, entre los que vives glorioso. Que lo seas también en mí. Y que todos mis pensamientos y acciones se dirijan a tu mayor gloria, Jesús, amado mío.

Mi queridísimo esposo, que acudes prontamente a morar en las almas, que son tus amigas ocultas en el mundo, para habitar en ellas como Dios oculto y Salvador. Los tesoros ocultos son más seguros que los que están al descubierto. Por ti, están a salvo del enemigo. Ayúdame a escuchar tu voz única; que yo sea tu vergel, tu prado, tu jardín de placer; que permanezca escondida contigo en Dios. Habita en mí. Recréate en mí, si puedo ser para ti un prado; haz de mí un lugar de paseo para ti. Por ser jardín, corta en él todas las flores por ti plantadas; por ser vergel, resérvate todos los frutos. Que el fuerte viento de la vanidad no los abata, y que el gusano del amor propio no los roa ni los carcoma.

OG-06a Tratado sobre la explicación del Cantar de los Cantares, 1619. Apocalipsis,

[112] Que mi memoria recuerde tu poder sobre mi debilidad; mi entendimiento, tu luz sobre mi ignorancia; mi voluntad, tus bondades, a pesar de mi malicia. Que tu todo establezca mi memoria; que tu claridad ilumine mi entendimiento; que tu pronta bondad ilumine infinitamente sus llamas en mi voluntad. Que esté yo escondida en ti, y tú en mí. Que el divino amor nos una mutuamente, uno en el otro. Que él sea la voz que me harás oír. Si así te place, que sea yo llamada a las bodas divinas y eternas, adornada por tu liberalidad y tú mismo. Que sea yo la santa ciudad de la nueva Jerusalén. Que no te trate como la antigua; que no rechace tus inspiraciones; que no sofoque los santos deseos que me da tu Santo Espíritu; que no tenga pensamientos y afectos sino de ti y para ti. Que sea del todo celestial y divinizada, como lo pediste a tu Padre. Y así como él y tú son uno, que sea yo consumada en la unidad con ustedes.

Te pido este favor por ti y para ti. Que me pierda a todo lo que no sea tú; que tú seas por siempre mi vida, esposo mío. Que de mí no salga jamás otra voz sino la tuya; que sea yo la tienda de Dios en la humanidad. Que por mi medio te dignes comunicarle tus bendiciones de gracia y de gloria. Que sea su canal; que conozca siempre mi vacío y mi nada, y que sólo tu misericordia sea su subsistencia, por ser ella la que impidió a tu justicia consumirme en las llamas eternas. Que merezca ser más grande que esas llamas. Que sea

yo tu casa, custodiada y rodeada por tus ángeles, terribles con los enemigos, y una dulcísima mansión para tus amigos.

Que nuestro matrimonio sea un sacramento de amor irreprochable; es decir, que sea yo dotada de tus gracias y de ti mismo, que eres impecable; porque de mí sólo soy pecado e imperfección y nada en cuanto al ser. De la malicia a la bondad, y a la bondad infinita, hay una distancia infinita. Si la misma bondad no se derramara, no daría el ser en participación al no-ser. Que sea yo el cielo nuevo y la tierra nueva que vio san Juan, lo cual consiste en que no tenga ya en mí los afectos turbulentos del mundo, que es un mar de flujo y reflujo.

[114] Que sea yo tu trono, donde al estar sentado digas y para ti decir, es hacer: Mira que hago un mundo nuevo (Ap_21_5). Que tú seas el principio y el fin de todos mis pensamientos, palabras y acciones. Que tu amor me lleve a tener sed de tu gloria. Dame a beber gratis del agua de vida, porque nada tengo para darte. Sé mi fuerza, a fin de que rebase todo impedimento. Que llegue a poseer esta agua, para que tú seas mi Dios, y yo, tu hija. Expulsa de mi corazón todo lo que te disguste en él.

Elévame a la contemplación de tu sagrada humanidad, de tu santa Madre y de tu Iglesia triunfante, que por ser tu esposa además, posee tu claridad y una luz semejante a las piedras preciosas y al cristal; cuyos muros son elevados y fortísimos, con doce hermosas puertas guardadas por doce valientes porteros, los doce ángeles que hacen guardia.

Todas estas perfecciones fueron vistas por el águila mística en Patmos, las cuales anotó en su Apocalipsis, que está compuesto de los misterios del pasado, del presente y del porvenir. Parece que este predilecto estuvo más en el cielo que en la tierra; en Dios, que en sí mismo. Dios le preguntó si era capaz de guardar los secretos, no sólo del castigo a Sodoma, sino de la generación temporal de su hijo a Abraham. No, podría parecer que no pudo, según nuestra manera de hablar, porque Dios no usa de la fuerza sobre sus criaturas. [115] Sólo su amor lo llevó a hacer lo que hizo: mantener oculta su generación eterna hasta que san Juan la contara, al comienzo de su Evangelio. Juan también es llamado Benjamín; y después de haber contemplado el sol, esta águila se dejó caer en tierra para atrapar su presa, que es Jesucristo.

Es menester poner más atención a este santo que a los demás evangelistas, respecto a lo que nos dice acerca de la institución del divino sacramento: Jesucristo quería dar su cuerpo en alimento, y su sangre como bebida. Se le llama Benjamín por la altura de sus pensamientos. También es conocido como el discípulo amado del Señor, el hijo de la diestra, el águila del corazón, pero ante todo Benjamín, lobo rapaz, que atrapa su presa por la mañana para comerla, repartiendo sus despojos al atardecer.

El vio al cordero degollado desde el origen del mundo, y lo tomó en alimento la tarde del jueves santo, manteniéndolo apretado entre sus labios. Su espíritu comprendió lo que era espiritual y divino; su cuerpo, lo que era corporal. El escuchó los secretos de la divinidad, que abrasaba su alma. El se recostó sobre el pecho de su maestro, adueñándose del corazón del Salvador; y al hacerlo, sacó para sí la médula de aquel cedro del Líbano. ¡Qué despojo! Jesús es el botín.

El vio lo que existió desde el comienzo del mundo, lo que sucedió en la plenitud de los tiempos. El contempló el infierno, viendo además lo que suceder al final y después del fin. Ni el cielo nuevo ni la tierra nueva cambiarán. El vio la ciudad celestial y a todos sus ciudadanos, seres humanos y ángeles. El vio el trono de Dios y el río de agua viva y espléndida, parecida al cristal, que procedía del trono de Dios y del Cordero: En medio de la plaza, a una y otra margen del río, hay árboles de Vida (Ap_22_2). [116] Juan contempló la dicha y la felicidad perpetua de los bienaventurados. Vio la recompensa de los santos, de

los apóstoles, de los doctores, de las vírgenes, de los inocentes, de los mártires, que lavaron su estola en la sangre del cordero, a fin de tener parte en el madero de vida, asemejándose al cordero sacrificado. Los vio al entrar por la puerta de la gloria, por haber pasado antes por la puerta de la virtud, de la paciencia caritativa.

El vio que los bienaventurados son los llamados a las bodas del cordero. El describió las grandezas divinas y humanas del esposo, y cuáles comunica a su esposa. En su Evangelio, nos dice que Jesucristo es verdadero hijo de Dios; en su Apocalipsis, manifiesta su generación en la tierra: Yo soy la raíz y el Hijo de David, la estrella de la mañana (Ap_22_16). La estrella que ascendió en Jacob. El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven! Y el que oiga, diga: ¡Ven! (Ap_22_17). Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis agua de vida. El Espíritu que gobierna la Iglesia llama a estas bodas. La Iglesia, al ser llamada como una buena Madre, al escucharlo acude a buscar el agua de la vida sin pagar nada a cambio.

Jesús, el esposo, es misericordioso como David y amoroso como Jacob con su querida Raquel. El no sirvió catorce años, sino treinta y tres años. Murió, además por sus esposas, deseando celebrar las bodas, pero en el lecho de la cruz.

También lloró, lanzando un fuerte grito, redoblado por la fuerza del amor. Cuando todo había sido consumado, besó a su esposa y entregó su espíritu, deseoso de que se lo pidamos a su Padre.

El dijo: Sí, vengo pronto. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! Que la gracia del Señor Jesús sea con todos. ¡Amén! (Ap_22_20s).

Que la gracia de Jesucristo, del Padre y del Espíritu Santo, esté con nosotros por siempre. Gloria a la Santísima Trinidad. Amén.

OG 6 b

TRATADOS : DE LOS TRES SAGRADOS MATRIMONIOS

OG-06b Tratado de los tres sagrados matrimonios, 1619. Primer matrimonio.

Jesús, Amor y misericordia. Que tu gracia desborde en mí.

Ven, Espíritu Santo, y envía desde el cielo

Un rayo de tu luz.

Ven, Padre de los pobres;

Ven, dador de los dones;

Ven, luz de los corazones.

En el nombre de Jesús, mi amor, en el nombre de la santísima Trinidad, escribiré aquí lo que la santa obediencia me ha mandado escribir; a saber, el matrimonio espiritual que el divino esposo se complace en llevar a cabo con el alma a la que toma por esposa.

Virgen Sagrada, que eres Madre del Esposo sagrado; ¿me atreveré a hablar adecuadamente de las bodas de tu Hijo sin invocarte? Te pido, por amor a tu Hijo, la ayuda necesaria para hablar de los tres matrimonios; si no dignamente, al menos con utilidad; que el nombre de tu Hijo sea óleo en mis labios, [2] mediante el cual pueda contemplar en el océano de la perla o santa unión que anhelo poseer. Me sumerjo en él como desde un trampolín, abandonándome a tu dirección. Oh Jesús, sabiduría eterna que procede de la boca del Altísimo, dignate acudir a lo más bajo, abajando tu grandeza. Te digo, pues, unida

a la Iglesia: Oh Sabiduría, que se despliega vigorosamente de un confín al otro del mundo y gobierna de excelente manera el universo (Sab_8_1). Ven a enseñarme el camino de la prudencia, pero de la prudencia divina, porque la humana no comprende las cosas que son del espíritu de Dios, Los sentidos humanos son incapaces de penetrar en la maravillosa unión que realizas con el alma a la que escoges por esposa. Si esto fuera conocido, el mundo tendría menos enamorados y enamoradas.

Quiero exclamar con el rey profeta: Vosotros, hombres, ¿hasta cuándo seréis torpes de corazón, amando vanidad, rebuscando mentira? Sabed que el Señor mima a su amigo (Sal_4_3s).

Celoso estoy de vosotros con celos de Dios. Pues os tengo desposados con un solo esposo para presentaros cual casta virgen a Cristo (1Co_11_2), decía el apóstol a los Corintios. Doncellas que gozan la falsedad de los placeres del mundo, [3] si conocieran los deleites sagrados que se paladean con el divino Esposo, cuán dulces y deliciosos los encontrarían. Cuán dolorosos y amargos los primeros: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice (Jn_4_10). Si pudiésemos saber quién es el que nos pide en matrimonio, lo buscaríamos con apremiante pasión. Si tuviéramos un juicio recto, lo reconoceríamos como al que hace las delicias de su Padre, cuyo rostro es un sol y cuyas vestiduras son blancas como la nieve. Su voz es encantadora. Es él quien nos habla; escúchenlo en la persona de los apóstoles.

El es un campo de perfumadas flores, el hálito que procede del seno del Padre eterno; vapor que es tan poderoso, que puede reconfortar y dar vida al alma que hubiera muerto: Es bueno y amable; es Jesucristo. Incoercible, bienhechor, amigo del hombre, firme, seguro, sereno, que todo lo puede, todo lo observa, penetra todos los espíritus, los inteligentes, los puros, los más sutiles. Porque a todo movimiento supera en movilidad la Sabiduría, todo lo atraviesa y penetra en virtud de su pureza. Es un hálito del poder de Dios, una emanación pura de la gloria del Omnipotente, por lo que nada manchado llega a alcanzarla. Es un reflejo de la luz eterna, un espejo sin mancha de la actividad de Dios, una imagen de su bondad. [4] Aun siendo sola, lo puede todo; sin salir de sí misma, renueva el universo; en todas las edades, entrando en las almas santas, forma en ellas amigos de Dios y profetas, porque Dios no ama sino a quien vive con la Sabiduría (Sab_7_22s).

¿Acaso todas estas cualidades que posee Jesucristo no bastarían para atraer a los corazones? Su poder y su fuerza radican en su dulzura; es humano y bondadoso; no cambia jamás. Es un amigo fiel y seguro por siempre. El posee todos los tesoros y todas las virtudes de su Padre, para compartirlas con su esposa. El la contempla en todo momento, lo mismo que todas sus acciones y aun sus pensamientos, para recompensarlos. El comprende a todos los espíritus, pero merece aún más cautivarlos mediante sus atractivos. El se entrega para compartir, concediendo luces repentinas, castas y purísimas. El amor que obra en él mueve nuestros corazones a amarlo, siendo capaz de llegar a lo más íntimo de nuestros espíritus mediante la pureza de su unión, tan ardiente como luminosa; ardor que refresca; sol que no ofusca los ojos de la esposa cuando ella lo contempla con mirada sencilla. La intención recta es el ojo sencillo que reclama el Salvador en el Evangelio, el cual ilumina todo el cuerpo. El amor obra la semejanza; el amor exige la unión, es decir, la unidad. La belleza, la bondad, atraen. No es de admirar, por ello, que Salomón mueva a la esposa a proclamar su atractivo. Al pedir la Encarnación, La Iglesia, deseosa de que la sabiduría que procede de la boca del Altísimo se digne llegar personalmente a nuestra naturaleza, exclama: Me besar con un beso de sus labios (Ct_1_2). Padre Eterno, envía al Verbo. Bésame con el beso de tu boca, para que pueda saborear la dulce leche de tus pechos.

Danos al Emmanuel, para que coma leche y mantequilla; que una nuestra humanidad a tu divinidad; que venga a borrar el mal que es el pecado, y nos conceda el bien. Cielos, derramen su rocío..., etc. (Is_45_8).

En cuanto a mi voluntad, nuestra pobre naturaleza sugería el deseo de que los cielos se derritieran para que el Verbo divino, como un rayo deslumbrador, se llegase hasta mí. Que redujese a la nada el soporte humano, para no ocuparme más de él, dándome a cambio el divino; que obrase un Hombre-Dios sostenido por bases de oro, para que nuestra naturaleza fuera eternamente unida y apoyada cual piernas de mármol sobre esta base de oro, y poder así contemplar [6] esta nueva maravilla sobre la tierra: La mujer ronda al varón (Jr_31_22).

Gran Dios, ¿hasta cuándo permitirás a esta naturaleza vagabundear en medio de tan engañosas delicias? ¿Es que no ves que se disuelve, que sus pensamientos no se detienen? Busca una bella Ester que te agrade. Retracta la sentencia sin apelación que parece haber dictado: que tu espíritu no moraría en el hombre por ser carnal, y porque, además, toda carne ha corrompido su camino. ¿Acaso te niegas a concedernos al santo de los santos para mirar nuestra corrupción? Contempla a María, cuya naturaleza nunca se pervirtió. Ella es la perla sin par que fue preservada por tu gracia, sin recibir el agua del mar que penetra en todos hijos de Adán el pecado original; derrama en ella tu rocío divino, envía tu poder; muestra que has sido vencido por una mujer, lo cual aumentar tu gloria. En ella tu amor se manifiesta con mayor excelencia; fortalece nuestra debilidad; encuentra tú mismo en María a la mujer fuerte, cuyo precio sólo tú puedes calcular. Confíale a tu Hijo; su seno virginal es capaz, mediante la gracia, de retener a este Unicornio que está fuera del alcance de los hombres, en cualquier tipo de cacería que emprendan. La Virgen es la montaña santa, [7] la Sión amada del divino Verbo: Y construyó su santuario como el unicornio, como la tierra que fundó por siempre (Sal_77_69). Bendígate el Señor, oh estancia justa, oh monte santo (Jr_31_23).

Bendita seas, María, por el Señor, que preservó en ti la belleza de la justicia original; bendita seas, llena de gracia; el Señor está contigo; recibe esta embajada que es la más venturosa que jamás se haya hecho, porque trata de un matrimonio divino que ser indisoluble; jamás dejar el Verbo lo que toma mediante la unión hipostática, que es nuestra naturaleza. No temas, el Espíritu Santo vendrá sobre ti y te cubrirá con su sombra. El Verbo divino, que es fuego, no producir en ti sino ardores sagrados, cuyo ímpetu mitigar el Espíritu. Tu alma, derretida ante la palabra omnipotente, ser recibida y conservada por el Espíritu Santo.

Así como fuiste casta en tu concepción y pura e inmaculada durante tu estancia en el templo, di también que al recibir al Verbo eres virgen; entrégate a él sin miedo; ámale con todo tu corazón. Al llamarte sierva suya, eres constituida reina, hija, madre y esposa. [8] En esto cifro nuestra dicha: Y el Verbo se hizo carne para vivir entre nosotros (Jn_1_14). Hete aquí cual nueva Jerusalén, más feliz que la antigua; tabernáculo de Dios en medio de la humanidad y novedosa realización en la tierra: La mujer ronda al varón (Jr_31_22).

¿Y tú, amable Jesús? Te haces cautivo por amor. Hete ahí encerrado en el seno de una virgen. Los cielos no pueden contenerte, y una virgen te abarca. ¿Qué rescate pagarás? Sólo podrás liberarte pagando el precio de ti mismo. Como somos hijos suyos, no deseamos optar por una alianza inferior.

Nos gloriamos de tener, por medio de María, un familiar tan grande como el Hijo de Dios. También deseamos serlo, porque la caridad incomparable de tu Padre desea que

seamos llamados hijos suyos, y que lo seamos: Tanto amó Dios al mundo (Jn_3_16), que el divino Padre eterno quiso dártelo, Virgen, santa madre y primera esposa toda pura.

Jesús mío, tu Padre te entrega a nosotros, no para juzgar al mundo, sino para salvarlo por ti mismo (Jn_3_17), para darnos la vida de la gracia y después la de la gloria. La vida eterna consiste en conocer a tu Padre y a ti, que eres su enviado. Sal, querido enamorado, de este lecho nupcial y virginal, alegre como un esposo; la Virgen consiente en ello. Ella sabe que eres un sol, y que nadie [9] será privado de tus calurosos rayos, a menos que la malicia de su obstinación te cierre la entrada. Mi muy amado, veo en verdad que has venido a morar con los tuyos, y que ellos no te recibieron: vino a los suyos y no lo recibieron (Jn_1_11). No dejes de hacer la elección de una segunda esposa, que es la Iglesia.

OG-06b Tratado de los tres sagrados matrimonios, 1619. Segundo matrimonio.

El segundo matrimonio: Lo llevó a cabo al elegir a los apóstoles, a quienes, como a los que le reciben, fue dado el poder y el privilegio de ser hijos de Dios. Ellos fueron elegidos por el amor del Padre, porque nadie va al Hijo si el Padre no lo atrae. La voluntad de la carne no los atrajo, porque era necesario ser llamados por el Espíritu y vivir según él. El llamado de la sangre no era benéfico para ellos, como se lo indicó el mismo Salvador: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber? Dícenle: Sí, podemos. Díceles: Mi copa sí la beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado por mi Padre. (Mt_20_22s). Como si les dijera, "No piensen que, por ser primos míos, les concederé los primeros lugares; ¿pueden beber mi cáliz? y aunque lo beban, no es de mi incumbencia. [10] Como si les dijera: si fueran parientes suyos. Darles un sitio a mi derecha, solo mi Padre, que no tiene acepción de personas. Cuán cierto es que el Espíritu sopla donde quiere: El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu (Jn_3_8). ¿Quién es mi madre, mi hermano y mi hermana? Todo el que hace la voluntad de mi Padre. ¿Acaso piensan que sólo se les dará el nombre de hija o hijo? Será un nombre de mayor dignidad. Mi Padre implantará su voluntad en el alma, y ella no será ya sino una misma voluntad con Dios. Todo el que se adhiere a Dios es hecho un mismo espíritu con él. Por esta razón, la esposa debe permanecer unida al esposo.

Quien se adhiera a él y se pierda a sí mismo, debe dejar todas las cosas y recordar las palabras de Jesucristo acerca de la necesidad de que el esposo deje al padre y a la madre para unirse a su esposa: Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne (Gn_2_24). Si el esposo debe hacer esto, con mayor razón la esposa. Por ello Jesucristo, al llamar a sus apóstoles, les exige que dejen todo: padre, madre y hasta sus redes, porque deseaba iniciar el segundo matrimonio, que realiza con la Iglesia.

Para mostrar los preparativos de las bodas, dijo a los que murmuraban porque sus apóstoles no ayunaban [11]: ¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos? Mientras tengan consigo al novio no pueden ayunar (Mc_2_19). Se nos muestra, de este modo, el amor del soberano esposo que pretende desposar a la Iglesia. En cuanto él declara su linaje, el Padre eterno lo confiesa como Hijo y heredero universal de todos sus bienes. Tomando como testigos a Moisés y Elías junto con san Pedro, Santiago y

san Juan en la Transfiguración, manifiesta la gloria que posee; alimenta a cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los hijos; resucita a unos, ilumina a otros y da salud a los leprosos: Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven, los cojos andan, etc. (Mt_11_4s) Dichoso aquel que no se escandalice ante tu amor, mi buen Jesús. San Juan Bautista sabía muy bien que tú eras el esposo, y que tenías una esposa destinada para ti. El se llamó a sí mismo amigo del esposo. Desposó a la santa Iglesia cuando estuvo en el templo, repudiando a la sinagoga, la cual había imitado a Vashti, desconociendo el honor que Jesucristo, más noble que Asuero, le concedía al invitarla a ser la primera (Est_1_10s). [12] Se valió de su dulce amor por compasión, pero ella rechazó su banquete, negándose, además, a pertenecerle.

El sufrió más ante la pena de perderla, que ante el desprecio que ella le demostró. Nada perdió con ello. La fuente no recibe daño alguno cuando alguien se acerca a sacar agua de ella, porque no deja de correr. En ti, mi buen Jesús, se encuentra la fuente viva y poderosa que mana de tu Padre; eres fuente de vida en ti mismo; eres Dios, y no tienes necesidad alguna de tus criaturas.

El Espíritu que procede de tus dos personas es designado como fuente viva y fuego de caridad; caridad que te mueve a amar a tus criaturas para comunicarte a ellas con una comunicación tan excelente, como la de un esposo con su esposa: Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás al Señor. Y sucederá aquel día que yo responderé, oráculo del Señor, responderé a los cielos, y ellos responderán a la tierra; la tierra responder al trigo, al mosto y al aceite virgen.

(Os_2_21s). Todo lo anterior se llevó a cabo hacia el fin de los días mortales del Salvador. [13] San Juan dijo: Jesucristo, sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, les dio, al final, el signo más grande, porque sabía que el Padre le había puesto todo en sus manos (Jn_13_1s). Quiso, por ello, ofrecer la cena y, después de ella, darles él mismo el don infinito que procedía de un amor infinito: quiso hacer el banquete de sí mismo deseando, antes de darse en alimento, lavar los pies de los discípulos, en un servicio que era el más bajo que se asignaba a un sirviente. Los pies de Judas fueron los más indignos y advenedizos que jamás había soportado la tierra. Cuán cierto fue, mi buen Jesús, que el que estaba a tu mesa para comerte, verdadero pan de vida, levantó el talón para traicionarte, entregándote a tus enemigos. Aun así, toda su malicia pareció multiplicar en tus entrañas actos de bondad. Esposo apasionado, perdona mi atrevimiento al preguntar hasta dónde te lleva el amor. Los serafines tienen razón cuando velan su rostro ante tu grandeza y los pies ante tu voluntaria humildad, como no comprendiendo ni tu humildad, ni tu sublime majestad. Sólo les quedan las dos alas de en medio para volar. Su vuelo se detiene en el amor; el amor que es tu peso: donde él te lleva, ahí te diriges. Te veo ahora como el espectáculo de Dios, tu Padre, de los ángeles y de los hombres: Salid a contemplar, hijas de Sión, a Salomón el rey, con la diadema con que le coronó (Ct_3_11), no su Madre María, sino [14] su humildad, a la que puede llamarse de ese modo en el día de sus bodas, el día del gozo de su corazón (Ct_3_11). Salgan, ángeles de la Sión celestial; salgan, almas fervientes, fuera de ustedes mismos para admirar al rey de Salomón a los pies de Judas, a quien no sólo lava, sino besa. Contemplan esos pies colocados sobre la cabeza del Salvador, admirándolos cual valiosa diadema para el rey de reyes. La humildad y la caridad son causa de que él reciba esta corona o diadema en los días de sus bodas, de su alegría y de los deseos de su corazón. Contémplo humillándose y anonadándose a sí mismo tomando la forma de un servidor,

el más despreciado de todos. Véanlo como al pie de la Cruz, ya que Judas fue para él la cruz más grande que debía sufrir: en ese momento, su apostasía crucificaba al Salvador en lo más íntimo de su corazón. La cruz de madera fue el suplicio de su cuerpo; Judas, empero, fue el tormento de su alma, al igual que todos los Judas, por los que Jesucristo quiso sufrir voluntariamente y transportado del divino amor, al grado en que éste llegó a constituir la alegría de su corazón afligido. Dos contrarios parecen radicar en un mismo sujeto, pero ello es obra del amor: el amor transporta el alma del que ama al objeto amado, pareciendo animarlo de sí mismo. [15] Contemplan al Salvador portando él mismo su corazón, su alma y su divinidad hasta los labios de Judas, en los que irrumpir el primer enemigo del mismo Salvador.

Mi buen Jesús, fue éste un duelo trágico y sangriento. Pero, ¡cómo! ¿Te bates contra todo el infierno por el alma de Judas, a la que anhelarías desposar y recibes los golpes de los poderes de las tinieblas? Cual otra Dalila, esa alma desdichada te traicionaba ya en su corazón y, a ejemplo de Sansón, pareciste enseñarle la manera, diciéndole que hiciera pronto lo que su malicia había planeado. El amor es, en ti, más fuerte que la muerte y tus celos más duros que el infierno; tu fuego sobrepasa todo fuego. Tu corazón es una lámpara de fuego, al que ni los pecados de la humanidad podrían extinguir, ni disminuir en algo su caridad. Padre eterno, ¿es así como amas a los pecadores? Tanto amó Dios al mundo (Jn_3_16). Levántate, Aquilón (Ct_4_16); sal de aquí, alma congelada. Dejemos a Judas, ya que abandona a los buenos.

¡Ven, ábregó! Sopla en mi huerto, que exhale sus aromas (Ct_4_16). Alma mía, permanezcamos en el cenáculo con los buenos. Jesús invita; quédate con él, que es la soberana bondad. Contempla a Jesús, quien parece olvidarse de sí mismo, diciendo: Con gran deseo he deseado (Lc_22_15). Ah, cuánto he anhelado este día de mis bodas, en el que he querido entregarme y comunicarme sustancialmente a ustedes, obrando este matrimonio sagrado mediante este sacramento, que es prenda de mi amor.

Adornados de la gloria futura, bebamos en nombre del matrimonio: Ya he entrado en mi huerto, hermana mía, novia; he tomado mi mirra con mi bálsamo (Ct_5_1) [16]. Tú me llamas a tu jardín, y yo te reclamo al mío. Ya he mezclado mi mirra con mis perfumes. Ya bebí mi vino con mi leche; me encanta estar en ti; pero como dije a San Agustín: Es mejor que tu sed sea cambiada en mí, y que beban mi esposa, mis apóstoles, mis amigos. Juan, mi muy amado, embriágate. Mi pecho es su lugar de reposo, después de haber comido el trigo de los elegidos y el vino que engendra vírgenes.

Yo dormía, pero mi corazón velaba (Ct_5_2), repetía Juan. La voz de mi amado Jesús llama a mi entendimiento. Ábreme tu alma, hermana mía, mi toda mía, mi paloma, mi inmaculada, porque mi cabeza está colmada de rocío. Recibe en ti el rocío celeste que tanto desearon los antiguos. Abre tu corazón y haré germinar en él el principio de mi amor inmortal. Serás semejante a aquel a quien amas; yo moraré en ti y me asentaré como la nube, Y germine el Salvador (Is_45_8). En tanto que San Juan correspondía a este amor con toda la gracia y fuerza que poseía, se adormeció dulcemente, sosegándose sobre el pecho del Salvador: Exulto a la sombra de tus alas; mi alma se aprieta contra ti, tu diestra me sostiene (Sal_63_8s).

El discípulo amado voló a cubierto bajo las alas del Salvador, el cual extendió su vuelo hasta el seno del Padre, donde se estremeció de júbilo al contemplar la generación eterna: En el principio existía el Verbo (Jn_1_1), y lo que sigue, que me llevaría largo tiempo describir. [17] Vio cómo el Verbo se hizo carne para morar entre nosotros, contemplando su gloria como la del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Fue

entonces cuando esta águila excelsa enseñó a volar a su aguilucho del corazón, permitiéndole contemplar fijamente el sol de su divina esencia. De este modo, de pequeña aguililla, lo convirtió en otra águila grande que se alimentaba del extracto del cedro del Líbano, que representa al Salvador. Dicha resina es su divinidad, y el exterior del árbol, su humanidad. El penetró en el sagrado zumo, conociendo así los secretos divinos con tanta inteligencia y comprensión como puede darse en la tierra, adhiriéndose fuertemente a esta su presa, el pecho de su maestro, al que siguió hasta la muerte, diciendo: mi alma se aprieta contra ti, tu diestra me sostiene (Sal_63_9).

Dicha diestra lo sostuvo milagrosamente, ya que es de admirar que no muriese de amor, pudiendo exclamar: La diestra del Señor hace proezas, excelsa la diestra del Señor, la diestra del Señor hace proezas. No, no he de morir, que viviré, y contaré las obras del Señor (Sal_118_16s). El fue dejado en la tierra para que nos dijera o narrara los misterios más grandes que tenemos, los cuales dice haber contemplado. El es hijo de la diestra, hijo del corazón y el Benjamín del Salvador: Allí iba Benjamín, el pequeño, abriendo marcha (Sal_68_28). El amor y la virginidad fueron las dos grandes alas que lo llevaron hasta este desierto; un amor interior y una virginidad interior más excelentes en él que lo exterior. Este desierto puede ser descrito como la divinidad, que no podía ser vista por los hombres sin morir, y mucho menos habitada. Este elegido, en cambio, tuvo el privilegio de verla sin morir, y el de poder hablar de ella. En él fue escuchada la oración de Jesús en la cena: [18] él vio cómo el Verbo estaba en su Padre, la gloria que tenía antes de la creación del mundo, cómo era y es uno con su Padre y fue uno con Jesucristo así como la esposa con el esposo. Su tálamo sagrado fue Jesús de Nazareth, esposo florido que sembraba de flores su lecho, el cual fue más admirable que el de Salomón. San Juan pudo dormir seguro en él. ¿Quién dudaría que el esposo haya dicho a los demás: Las conjuro, hijas de Jerusalén, a no despertar a mi amada hasta que ella quiera? (Ct_2_7).

Cuando los ángeles vieron al escogido elevado en tan sublime contemplación, exclamaron a una: ¿Qué es eso que sube del desierto, cual columna de humo sahumado de mirra y de incienso, de todo polvo de aromas exóticos? (Ct_3_6). El corazón de Jesús era su ascensión en el amor; en él realizó sus ascensiones; el dulce Jesús fue el lecho rodeado por los más fuertes de Israel. Jesucristo seguía siendo la litera fabricada con maderas del Líbano. El Rey Salomón hizo para sí una litera con maderas del Líbano (Ct_3_9). El mismo la hizo por obra de su Santo Espíritu y de la inmaculada sangre de María; El Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros.

San Juan nos dice: Reciban también ustedes al Verbo humanado, que es el don sublime y perfecto que el Padre de las luces les concede. Amen a este esposo, ya que se encuentran en el lecho que es el tálamo santísimo. Digan: Amo a Cristo, a cuya cámara nupcial entraré; cuya madre virgen es; cuyo Padre no conoce mujer. El es para mí un órgano melodioso, a cuyo son cantaré. Cuando le amo, permanezco casta; cuando lo toco, sigo siendo pura; cuando lo recibo, sigo siendo virgen.

[19] Cuando él te llamó y tú lo seguiste, dejaste a tu padre. Fuiste casto cuando te dejaste lavar los pies y purificado cuando te los besó. Mas ahora que lo has recibido, entregándote del todo a él, de espíritu a espíritu, de corazón a corazón, tu virginidad es más íntegra. Que tu corazón reciba la efusión del suyo; y que el tuyo se funda o licúe en él. Recíbelo una vez más como un sol que producirá en ti claridades eternas: Fulgurante de luz Tú, poderoso, viniste, de los montes eternos. Se turbaron los ignorantes de corazón (Sa_175_5s).

El hombre sensual es incapaz de comprender los amores espirituales; difícilmente los entiende. Con ello quiero decir que, cuando Jesús ama un alma con amor esponsal, se comunica a ella, pero ante todo, sustancialmente en el Santísimo Sacramento del altar con un proceder de amor tan admirable, que sólo puede describirse como el derramamiento de la simiente divina en el alma; semilla que no muere ni se aparta de su principio u origen, permítaseme la expresión, ni de su vitalidad o de su poder; poder que recibe el nombre de amor, de un amor que obra y hace germinar dicha simiente infusa en el espíritu y en el corazón de la esposa. Es la llave maestra, el dedo de la derecha que abre el corazón, aunque esté cerrado con doble cerrojo, cual jardín cerrado y fuente escondida. Es un huerto reservado a plantar en él la flor de los campos y el lirio de los Valles. Es fuente en la que se reciben, en participación, las aguas del manantial de vida. Este corazón, [20] al que el Cantar y el Evangelio llaman seno, es transformado en río: Del seno de aquel que cree en Mí, manarán ríos de agua viva (Jn_7_38).

El amor divino produce todo esto en la esposa, porque ella posee la fe viva que la impele a acercarse a su esposo, en un movimiento que produce la esperanza, esperanza que no es vana, sino prontamente coronada de alegría, de un gozo que es caridad, la cual establece su morada en el corazón. Donde hay caridad, Dios establece su morada. El amor es una ley exigentísima. No basta con sólo guardar los mandamientos y consejos del amado, sino aun sus signos, que son como invitaciones y poderosos atractivos al grado en que, si él atrae una de nuestras potencias, todas las demás vayan en pos de su aroma. Tanto las más bajas como las más jóvenes, están muy apegadas a los sentidos corporales, los cuales parecen espiritualizarse. También ellos participan de las nupcias, pero toda la gloria de la esposa hija del Rey está en el interior. Dicha gloria es una claridad que arde santamente, pero con un fuego que es refrigerio, por ser fuego y fuente, sol y nube a la vez: Cielos, derramen su rocío (Is_45_8), y el Espíritu Santo, que es dicha nube, cubre o modera el ardor del sol de justicia, y mediante su inhabitación difunde en el corazón la suave lluvia de la caridad. El son divino produce sus rayos en el interior de su esposa.

Estos rayos son concepciones admirables que se realizan mediante la unión de fuego que el divino esposo hace con la esposa. Es la generación castísima: Oh, cuán bella y luminosa es la generación de los castos. Inmortal es su memoria, y honorable delante de Dios y de los hombres (Sb_4_1). ¡Ah, cuán hermosa es esta castidad, en sus irradiaciones! Eterna ser su memoria, porque se realiza en presencia de Dios y por mediación de Dios en el alma [21]. Cuando nos es presentada como un ejemplo a seguir, debemos imitarla. Quien pueda entender, que entienda (Mt_19_12).

Cuando ella se presenta a nuestros entendimientos, debemos desearla. Si la recibimos, obrará en nosotros esta maravilla: Y coronada triunfa eternamente, ganando el premio en los combates por la castidad (Sb_4_2). A los vencedores se les dar el maná escondido y nombres nuevos. San Juan contempló todo esto. El presencié el combate de la pasión, y bebió con fidelidad del cáliz de dolor de Aquel a quien amaba, que fue para él un esposo de sangre y de aflicción. Así como fue el Benoní en la Cena, hijo de la alegría de su padre, en el Calvario fue el hijo del dolor de su Madre.

¡Qué dolor fue para la Virgen el verse privada de un hijo divino, para adoptar uno meramente humano! Virgen santa, así obra el amor: He ahí a tu hijo, el cual te acepta por madre. Es un parto doloroso, que sobrellevas con amor. Es agridulce: tiene lugar en el lecho de la cruz. Este hijo, Juan, será para ti esposo y guardián. Sobre esta colina, tú y él representan a la Iglesia, a la que Jesucristo da a luz y desposa mediante la sangre que brotar de su costado. Te adhieres al querer de Dios, su Padre. Ambos se hacen un mismo espíritu

con él. Todo está consumado. Este matrimonio debe durar eternamente, por ser más fuerte que la muerte. Se lleva a cabo en ella, o por ella. La sangre y el agua son lazo y testimonio; y el espíritu son los tres que dan testimonio en la Iglesia Militante [22], así como hay tres que dan testimonio visible en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo.

Así como estos tres son un solo Dios, el agua, la sangre y el espíritu forman una unidad en la tierra. La victoria que vence al mundo es nuestra fe; nuestra seguridad, Jesucristo que ha resucitado para no volver a morir. El está a la derecha del Padre para atraernos en pos de sí, a fin de que busquemos las cosas de arriba y no las de la tierra. El es el nuevo y celestial Adán que tiene una esposa virginal, salida de su costado. Todos los hijos deben ser semejantes: blancos de pureza y rojos de caridad, ya que él dijo: Cándido y rubicundo (Ct_5_10). Un semejante engendra otro semejante; la pureza acerca a Dios, y la caridad transforma en Dios: el esposo y la esposa son dos en un espíritu.

¡Oh, gran sacramento del matrimonio de Dios con la Iglesia! Es la nueva Jerusalén que descende del cielo y de Dios, adornada de su esposo; es el tabernáculo de Dios con los hombres: él vive con nosotros, mediante este matrimonio, hasta la consumación de los siglos: Y estaré con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos (Mt_28_20). Su espíritu no abandona jamás a la Iglesia, gobernándola en todo momento. Este amable Jesús mora en ella realmente en el santo Sacramento del altar, que es una invención de amor incomprendible e incomparable para deleitar a la Iglesia militante con el mismo Verbo, que está en el cielo glorioso y visible para glorificar a la triunfante.

OG-06b Tratado de los tres sagrados matrimonios, 1619.Tercer matrimonio.

Tercer Matrimonio: [23] Y ahora, el tercer matrimonio, que es el que mi queridísimo esposo se ha dignado hacer con la más indigna de las esposas que quiso escoger sobre la tierra. El mismo me ordenó escribir, mandato que me fue reiterado por mi confesor. A pesar de la pena que sentí en mi espíritu, tuve que resolverme a obedecer. Al comenzar a escribir, no pensé en hablar del matrimonio realizado con la Virgen en la Encarnación; pero su esposo, el glorioso Espíritu Santo, así lo quiso. Tampoco sobre la Iglesia, pero el mismo Jesucristo condujo mi pluma junto con mi entendimiento. No podía oponerle resistencia y darme a la tarea, ya que estos tres matrimonios son tres testigos de su amor y sagrados lazos que nunca se romperán. Los dos primeros son muy reales; a pesar de ello, los ángeles y los santos le suplicaron que confirmara el tercero. Las otras dos esposas son purísimas y sin mancha. La tercera, en cambio, es la indignidad misma a causa de sus pecados. Sé bien, querido amor, que puedes en tu bondad, permitir que donde ha abundado la iniquidad, sobreabunde la gracia; que no has venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. Fuiste tú quien mandó al profeta Oseas que desposara una pecadora pública. Tú mismo llamas al alma pecadora, a pesar de ser el Padre de la virginidad. Tu amor te mueve a abrir senderos en un mundo lleno de abrojos, a fin de que el alma errante vuelva a ti, que abres cada día tus brazos para recibirla en ellos.

A otras, querido amor, las llamas desde el vientre de la madre. Tu Providencia las levanta del polvo [24] para gloria tuya, haciéndolas Israelitas. Te manifiestas a ellas, y desde la aurora las ayudas, estableciéndote en medio de su corazón: Dios está en medio de

ella, no se estremecerá (Sal_45_6). Les concedes un río de gracia, que parece brotar impetuosamente de tu amor, con objeto de alegrar el alma que te pertenece, santificándola como a tabernáculo tuyo. Cuán dichosa es el alma a la que llamas desde la aurora, si corresponde a esta vocación. La proteges bajo la sombra de tu mano, transformándola en una especie de saeta escogida y aguda para taladrar los corazones. Ella es de las escogidas que llevas en tu carcaj. Los espíritus te son muy queridos, aunque parezcan poca cosa a sus ojos, y comparados contigo. A pesar de lo dicho, obras en ellos maravillas: El ha dicho: Poco es el que tú me sirvas para restaurar las tribus de Jacob, y convertir los despreciados restos de Israel: He aquí que yo te he destinado para ser luz de las naciones, a fin de que seas mi salvación hasta los confines de la tierra (Is_49_6), dices a esta alma.

En el tiempo oportuno, la escuchas, siendo su ayuda en el día de salvación y sirviéndola tú mismo. Que el cielo del amor te alabe por ello, y que la tierra también se regocije, porque tú, Señor, consuelas a tu pueblo teniendo piedad de tus pobres servidores. Aun cuando la madre olvidara a su hijo, tú no olvidarías a la que amas, diciéndole: Mira, en las palmas de mis manos te tengo tatuada (Is_49_16). Siempre estoy en vela en torno a tus muros: Tus muros están ante mí perpetuamente (Is_49_16). En ella los ángeles son cual muros o guardianes del alma, que contemplan sin cesar los ojos divinos y tu rostro [25].

Esta alma se considera indigna de tales favores; ella misma se llama estéril. Comprende muy bien que semejantes gracias le llegan de la bondad de su amor, al que da toda la gloria. Dicho amor goza en ella como en su esposa, y el Señor deja oír su voz hasta los confines de la tierra. Los sentidos lo perciben a través de sentimientos de acogida y los ángeles se encargan de decir a la hija de Sión, a manera de heraldos, que su Rey viene como su Salvador, llevando consigo su recompensa, ya que, ¿quién podría gratificar debidamente su visita? El obra por medio de su presencia la santificación de esta alma, redimiéndola con el precio de sí mismo. El alma, por tanto, le pertenece doblemente en calidad de ciudad conquistada en el fragor de sus batallas. Por ello la fortifica con sus ángeles.

No se contenta, empero, con verla dotada de esta guarnición. El mismo acude a ella con sus vestidos ensangrentados en la batalla que ha ganado; de manera que, al verle, exclama el alma: ¿Quién es ése que viene de Edom, de Bosrá, con ropaje teñido de rojo, ése del vestido esplendoroso, y de andar tan esforzado? (Is_63_1).

Ella comprende muy bien que él viene de combatir para salvarla, y le pregunta por qué ha enrojecido sus vestiduras; por qué está todo bañado en rojo como alguien que sale de pisar un lagar. El le confiesa que él mismo lo ha hecho, pero enteramente solo; y después de expresar sus justas quejas en contra del pecado, proclama una indulgencia digna de la grandeza y la abundancia de su misericordia: Dijo él: De cierto que ellos son mi pueblo, hijos que no engañarán. Y fue él su Salvador (Is_63_8).

Vemos aquí nuevas semillas que el esposo divino concede al alma, la cual, admirada ante las maravillas que escucha, y atraída por la belleza de su amado, dice: [26] Que me bese con el beso de su boca (Ct_1_11), porque Jesucristo, al que ha escogido, es el mismo que tanto ha sufrido por mí, que, sin haber padecido, le pertenezco en toda justicia. No deseo sino a él; que me bese con un beso de su boca. No sólo deseo ser su esposa, sino también su pequeña lactante. Me adheriré a sus pechos, que son mejores que el vino: Mejores son que el vino tus amores; mejores al olfato tus perfumes (Ct_1_2). Que él se apodere primeramente del sentido del tacto: Pues al tocarle, sigo siendo pura. Que me

atraiga después mediante el ungüento perfumado que es su nombre: Ungüento derramado es tu nombre, por eso te aman las doncellas. Llévame en pos de ti: ¡Corramos! (Ct_1_3s).

Dios llama al alma a ser su esposa, movido por su misericordia y caridad eternas, atrayéndola a sí dulcemente, mostrándole los dolores que sufrió por ella y cuánto merece ser amado, por ser la bondad soberana y la belleza inefable. La vista de una belleza la hace deseable y el deseo, a su vez, exige la unión o el gozo, que es posesión: posesión que complace y es agradable. Lo que agrada o complace alimenta; por ello la esposa, cuando besa a su divino esposo, se alimenta como un pequeñuelo del pecho divino. Este beso purifica el alma en sus amores; amores que se refuerzan con el aroma de sus ungüentos preciosos. El nombre del amado es bálsamo derramado; los sentidos, representados por las jovencitas, aman su perfume. Jesús es dulce al oído y a la boca. Cuando se dice que Jesús de Nazareth es un esposo florido, el olfato recibe su parte, atrayendo y ganando, de este modo, a todos los demás sentidos.

[27] Es menester seguir adelante. El amigo dice: Atráeme y correré en pos de tus perfumes. Para demostrar que este enamorado es realmente liberal y magnífico, conduce él mismo a la esposa hasta su cava, donde guarda un vino que embriaga, embellece y alegra: El Rey me ha introducido en sus bodegas; en ti exultaremos y nos alegraremos (Ct_1_4). El alma se alegra, no sólo en los dones, sino en su esposo, en ti. La memoria de tus pechos es superior a la del vino; que no se piense en mí como aficionada al vino de los dones, sino que la leche de los pechos me venga más a la memoria. Mis amores son semejantes a la ternura de los bebitos, que se deleitan en la leche. Hablaré directamente a mi amado: Te aman los rectos de corazón. Negra soy, pero graciosa, hijas de Jerusalén (Ct_1_4s).

Ángel de Jerusalén, soy morena porque aun no he llegado a la luz y santidad perfectas. Soy como las tiendas de Cedar: aún no me decido a dejar las ocasiones de pecado ni mis pasiones, que con frecuencia me hacen sentir sus tempestuosos embates. Con todo, no dejo de ser bella interiormente. Estoy determinada a no consentir en que dichos golpes afecten mi interior.

Exteriormente, me parezco a las tiendas sacudidas por los vientos, y la piel zahumada de Salomón. Las penitencias son rudas y abaten las llamas de amor, llegando a alterar nuestro físico, por descuidarlo. Los enamorados del mundo se maquillan; en cuanto a mí, hago a un lado los afeites exteriores. No fijéis en mí la mirada (Ct_1_6), santos ángeles, por estar cubierta de hollín. Mi sol me ha decolorado: es un sol todo de fuego... Cuando él reluce sobre ustedes, los halla del todo espirituales. Ninguna partícula de materia le pone obstáculo; nada manchado hay en ustedes que deba purificarse; hace mucho que fueron purificados.

[28] Yo, en cambio, da pena decirlo, soy tan material, y el sol encuentra tantos obstáculos, que no puede, con su acostumbrado poder, disipar mis brumas, que son fumarolas de vapor que exhala mi tierra. Es mi cuerpo, que disuelve el agua sobre un rostro al que el sol ateza exteriormente. Pero el secreto por el que les digo que soy bella, consiste en que mi sol, a través de su calor, origina que dicha agua riegue esta tierra, o al menos la humedad. Cuando acepto mis deficiencias, su conocimiento me humilla; humildad que me hace hermosa ante sus ojos, que, al ver mis imperfecciones, las purifica.

San Juan dice que los ojos de aquel que parecía un Hijo del hombre, eran semejantes al fuego chispeante: Cual llama de fuego (Ap_1_14). Estas llamas purifican: Los hijos de mi madre tramaron en contra mía (Ct_1_6). Los hijos de la Iglesia combaten contra mí. Han deseado que fuese yo enteramente perfecta desde el momento en que fui llamada a la santidad. Los directores se encargan de cuidar la viña de nuestra alma, para

que los ladrones y las bestias de la vanidad y la sensualidad no se acerquen a ella. Mi fragilidad, empero, me impele a recaer en mis imperfecciones: No cuidé mi propia viña (Ct_1_6).

Suele suceder a casi todas las almas el enfriarse en su devoción después del primer fervor. El Señor tuvo que llamar dos veces a sus primeros apóstoles, y si añadiera yo que tres, diría la verdad: la tercera fue después de la Resurrección; vocación que se hizo efectiva por obra del Espíritu Santo, que es un amplio vínculo, muy difícil de romper. Estas tres vocaciones se mencionan en el evangelio: la primera, como procedente del Padre: [29] Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae. Está escrito en los profetas: Serán todos enseñados por Dios. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre; sino aquél que ha venido de Dios (Jn_6_44), Jesucristo; ése lo ha visto. En cuanto Verbo, él es Dios. En cuanto Cristo, es Dios, el primer nacido de las criaturas, en la mente eterna, y el primogénito entre muchos hermanos.

Ahora bien, este primer llamado, a pesar de ser tan fuerte por apartar el alma de la gran vanidad, no es siempre tan fuerte como para que ella no dé marcha atrás, sea por estar acostumbrada al mundo, sea por la mortificación de cuerpo y de espíritu que encuentra en la devoción, sea porque el cuerpo y sus sentidos naturales no están agudizados o suficientemente iluminados.

Me parece que, no sólo hay que escuchar los misterios ocultos, sino renunciar a sí mismo y seguir a Jesucristo cargando con su cruz. Solemos comportarnos como los demás, y aun algunos discípulos: Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo? Pero sabiendo Jesús en su interior que sus discípulos murmuraban por esto, les dijo: ¿Esto os escandaliza? ¿Y cuando veáis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida (Jn_6_60s).

Bien sabía Jesús que, después de que el Padre hubiese atraído a él [30] a los hombres mediante las primeras luces que les diera, las brumas de las imperfecciones ofuscarían su luz, enfriando, al parecer, al alma más que antes, encontrándose de este modo más rezumante, en vista de que sus imperfecciones son más señaladas, disgustando con ello al prójimo más que antes de recibir los primeros rayos de la vocación. Esto es causa de que las almas retrocedan o se paren en seco; porque en los caminos de Dios, el que no avanza, retrocede.

Llega a suceder también que hay almas que dejan todo, y que algunas de ellas jamás volverán a él ni querrán hacerlo: Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían (Jn_6_64); y quién y quiénes lo traicionarían, aparentando devoción para entregarlo a sus enemigos, obrando de este modo peor que los que no le conocieron: Y decía: Por esto os he dicho que nadie puede venir a mí si no se lo concede el Padre. (Jn_6_64). Hago notar que Jesús dice, en esta segunda ocasión, que nadie puede ir eficazmente a él si no recibe el don del Padre. No dice los rasgos o los rayos, sino el don, que me parece es el Espíritu Santo: el poder de lo alto, el don perfecto que procede del Padre de las luces, el cual no sufre sombra corporal alguna, ya aun fue necesario que Jesucristo se alejara de la presencia visible de sus apóstoles para dar lugar al Espíritu.

Esta vocación es la tercera; la que lleva a amar a Jesucristo más fuerte y divinamente, dando a conocer más claramente sus palabras, que dan la vida eterna y el verdadero conocimiento: Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo. (Jn_17_3). [31] Ahora bien, para adquirir este

conocimiento, es menester poseer al Espíritu Santo, al que mi Padre enviará en mi nombre, y al que yo mismo enviaré si me voy, por ser esto lo que conviene a las almas.

La carne en nada se beneficia: ni sus ojos corporales, ni sus corazones, que son tan duros, pueden comprender lo que les digo. Ustedes juzgan como hombres mortales las cosas mortales y corporales. En verdad les digo que las palabras que les digo son espíritu y vida (Jn_6_63). Ustedes se escandalizan cuando les digo que he dado mi cuerpo como verdadera comida del espíritu, a manera de espíritu. ¿Qué dirán cuando vean al Hijo del hombre subir corporalmente al lugar donde estaba desde el principio como Hijo de Dios? Aunque subirá hasta allí con su cuerpo, no ha dejado de estar siempre con su Padre y el Espíritu Santo, Espíritu que es el Espíritu del Padre y del Hijo. El es el Espíritu que vivifica; la carne, sola, en nada aprovecha para la vida eterna; y de esta vida les hablo. Sin embargo, como ustedes son materiales y corporales, es menester que comience yo a enseñarles a través de las cosas materiales. Me hice hombre para enseñarles a lo humano las cosas de Dios. Deseo que, a través del Hijo a quien ven, vayan al Padre, al que no ven. Y como yo soy el camino por el que se llega a mi Padre, no pueden ir a él sino por mí. Yo soy la vida que vive en él, y la vida que ilumina y vivifica a todos ustedes. Así como creó todo por mí, nada creó sin mí. El mismo no sería Dios sin mí. Nuestra esencia es una. Sin mí, el Padre no los iluminaría; él se contempla en mí y se conoce; conocimiento que nos es común. El me conoce como a su Verbo, al que engendra; y yo le conozco [32] como a mi Padre, que me engendra y me comunica su propia sustancia, que recibo íntegramente, sin agotarla, sin que esta comprensión total lo aminore o le haga salir de sí; ni que, al entrar en él, yo sea, en cuanto Verbo, menor que él. El está en mí por generación activa, y yo estoy en él por representación esencial y sustancial interna y eterna. Aunque él sea principio de origen, por ser quien engendra, yo en nada soy posterior ni dependiente por abajamiento. A través de la sucesión del tiempo yo estaba, o mejor, yo estoy con él desde el comienzo que es nuestra eternidad. Estoy con él por ser mi principio en el día de su grandeza. Yo soy también principio del Espíritu Santo, así como él es el amor común; él es nuestra fuerza, nuestra divina producción, nuestro lazo y nuestro término, nuestra espiración activa. El es fuerza que es Dios, producción que es Dios eterno, espiración que es inmensa, término que es infinito: no se trata de un término de impotencia, sino de un término de suficiencia y abundancia, en el que nada es superfluo, ya que el Espíritu Santo comprende todo el amor del Padre y del Hijo; amor que es tan poderoso como el Padre; amor que es tan sabio como el Hijo, amor que es omnipotente, sapientísimo y bondadosísimo como el Padre y el Hijo; amor que es la fuerza, la sabiduría y la bondad divina; amor que es el reposo de dos espirantes, quienes, sin esfuerzo, están siempre en acción de amar a través de ti, amor que amas pasivamente. Ambos exclaman a una: Shaddai. [33] Nada produces en Dios, porque en ti todo es producido. Eres el shabbat delicado y delicioso. El Hijo es la delicia del Padre, porque se deleita en comunicarle por generación toda su sustancia y toda su felicidad. Tú eres la delicia del Padre y del Hijo, que te comunican su felicidad, de la que eres capaz con capacidad divina.

Hablo de cuán imposible sería para el Padre el contemplar a un Hijo que recibe tan plena y puramente sus perfecciones, si no estuviese asistido, sin cautiverio, por ti en el amor de esta comunicación, si el soberano bien no le amase soberanamente. ¿Qué haría el Hijo si no rindiese a través del amor, una gratitud semejante a la luz que irradia por entendimiento; conocer y recibir un bien y no poder dar gracias por él? Sería obrar como David: Ciencia misteriosa para mí, sublime, no puedo alcanzarla (Sal_139_6).

Padre Santo, como fuente de Origen, me concedes la ciencia que procede de tu entendimiento; si no tuviese el poder de amarte con agradecimiento y una identidad de amor, ¿qué haría yo? Pero, ¿Qué harías, Espíritu Santo, y dónde estarían ustedes, dignísimas tres personas? Sin duda, como nosotros, en un retén definitivo. No serían Dios, no nos habrían creado, porque la nada no puede recibir orden de existir sino por el mandato de un ser soberano. Si lo que ustedes crearon les pareció hermoso y bueno, esto se debió a que lo contemplaron complacidos: Vio Dios todo lo que había hecho, y le pareció muy bueno (Gn_1_32). Por participación, tú sólo eres bueno; por esencia, eres la bondad soberana; te amas a ti mismo a través de tu eterno y soberano Espíritu. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

[34] Buen Jesús mío hasta dónde he divagado. Decía lo que la esposa dice, que no guardó su viña. Me parece que no he conservado mi estilo de escribir. He volado más alto; el espíritu del Altísimo me arrebató. Es necesario el Espíritu para comprender la transubstanciación; es menester el Espíritu para comprender tu ascensión gloriosa: cuando tu cuerpo se elevará al cielo, tus pobres apóstoles quedarán en tierra admirados, porque el Monte de los Olivos no tendrá para ellos más enseñanzas humanas. No querrán volver hasta que les envíes ángeles con cuerpos visibles, que puedan hablar con ellos.

Soberano maestro, hay quienes te dejan; y de los que permanecen contigo, no todos te seguirán con fidelidad. Les preguntas si también quieren irse. En esto, mi todo, observo tu presciencia, la cual no es causa de reprobación, ya que no deja de ofrecer las cosas necesarias para la salvación a los que no ignoras que la rechazarán, como si les dijeras: Pobres infortunados por malicia, las palabras que les digo son espíritu y vida, para instruirles y darles vida eternamente; pero ustedes no quieren creer. Son libres, si así lo quieren, de sacar provecho de ellas, y aunque sé desde el principio que no creerán en mí, y que uno de los míos me traicionará, no dejo de hacer lo debido para dotarlos. Ustedes, empero, se resisten; no están dispuestos a recibir el don que mi Padre les daría si me creyeran, para entrar por la puerta como ovejas mías. Yo soy la puerta que conduce al Padre; yo soy su Verbo y palabra de vida. Pero ustedes la rechazan porque digo cosas [35] que repugnan su sentir y su sensualidad.

Cuando Jesús terminó de hablar, ellos ya estaban lejos. El, volviéndose a los apóstoles, les preguntó: Y ustedes, ¿quieren también volver atrás como los otros? Elegí doce; sin embargo, uno de ellos es un demonio.

Jesús dice esto para manifestar cuánto debemos temer, y aunque san Pedro parecía el más iluminado y fuerte, aun hablando en nombre de todos, fue el más débil de los once y negó a su maestro. Los hijos de su madre, la sinagoga, lo derrotaron. Pero no, fue sólo una muchachita, una insignificante doméstica, la causa de su falla en dar testimonio de la viña que el Padre de los cielos le había enseñado, y que el Hijo le mandó guardar por medio de la humilde oración. Pedro se durmió y fue presuntuoso; jactancia humana que lo hizo tibio e insensato; frialdad que lo mantuvo aletargado durante la oración. Al llegar la tentación estaba entumecido, y no pudo resistirla: una muchacha, al hablarle, lo hizo negar, y no pudo preguntarle más. Con este antecedente ¿Quién podrá dejar de temer? La columna fundamental fue sacudida por tan pequeña conmoción. El que esté en pie, mire no caiga (1Co_10_12). El ángel cayó del cielo; Adán, del paraíso terrenal; Judas, del colegio apostólico y san Pedro, en la casa de un pontífice, a pesar de estar ya destinado a ser vicario de Jesucristo. El Padre lo había llamado y el Hijo, iluminado; pero a pesar de todo esto, no

pudo impedir su caída. No fue verdaderamente confirmado en la fe sino hasta la venida del Espíritu Santo, que perfeccionó su vocación.

[36] La esposa, al ver que había abandonado la viña, separándose de Aquel que dijo de sí: Yo soy la verdadera vid (Jn_15_2), se encuentra vagando sin rumbo. Lleva, empero, la esperanza de que el Salvador la llame y la una a él como un sarmiento a la viña; pero de manera que el Salvador obre más que ella, ya que él dijo a sus apóstoles: No me eligieron ustedes a mí, sino yo a ustedes, y los he destinado (Jn_15_16). Soy yo quien les ha dado una participación en mi caridad.

El Apóstol dice que él nada es, como afirmando: Nada sería yo sin el amor de Dios. Como ustedes están unidos a mí, llevan o dan frutos, y su fruto permanece en el árbol hasta su madurez. Entonces estará cargado de obras buenas y no arruinado por el gusano del amor propio, o por la podredumbre de los bienes más valorados en el mundo:.. ..para que su fruto permanezca, de modo que todo lo que pidan al Padre en mi nombre, les sea concedido (Jn_15_16). Si el mundo, que ha sido su nodriza, debido a que se alimentaron de los pechos de sus falsos placeres, los odia porque desean dejar sus máximas, sepan que a mí me aborreció primero. Si fueran del mundo, el mundo amaría lo suyo (Jn_15_19). En verdad ustedes no son de este mundo, pero no debido a sus propios esfuerzos, sino a mi caridad, que los ha sacado de él. Esta es la razón por la que el mundo los odia. Recuerden la palabra que les he dicho (Jn_15_20). El servidor no es más grande que su maestro, Si me han perseguido a mí, también a ustedes los perseguirán (Jn_15_20).

Las máximas del mundo combaten en contra de la esposa y los hijos de la naturaleza corrompida, que parece ser la madre que nos da a luz, dándonos tales inclinaciones al mal, que dejamos el cuidado de la viña. [37] No sabemos qué rumbo tomar hasta que, a fuerza de sufrimientos, volvemos a Dios, que nos inspira de nuevo; pero, como dudamos que sea él en efecto, y no sentimos que poseemos en realidad luces suficientemente fuertes para iluminarnos y desandar el camino, la esposa dice: Indícame dónde apacientas el rebaño, dónde lo llevas a sestar a mediodía, para que no ande yo como errante tras los rebaños de tus compañeros (Ct_1_7).

Oh, Tú que amas tanto mi alma como para aceptar por ella el dolor como alimento. Hiciste tu comida al mediodía sobre el lecho sagrado de la cruz; pero una comida que consistió en hiel y vinagre. Dime, ¿Cómo te resarcías al mediodía del más fuerte de tus amores, y cómo descansas? Temo que, al buscarte, encuentre el amor propio, que es como un simio que se burla de ti. Si no me iluminas con el rayo más claro y puro del mediodía, me vería en peligro de optar por el amor propio en lugar del divino; a la criatura por el Creador, y al don por el donante. Enséñame a adorarte en espíritu de verdad, por ser éste lo que tu Padre busca en sus adoradores.

Dame del agua viva que quita para siempre la sed de las aguas mortales de la tierra, y que mueve a dejar todas las ocasiones que pueden atraer a ella. Que, como el cántaro de la Samaritana, deje el agua terrestre sobre la tierra, así como tú dijiste: Dejen a los muertos que entierren a sus muertos. Que beba yo, si te place, del agua que brota hasta la vida eterna; y como tú la das por nada, y en tanta abundancia, que esta agua forme una fuente que remonte el alma hasta la vida eterna, para que adore con perfección, como los verdaderos adoradores, [38] que son como los del cielo: espíritus adoradores de tu divinidad en un espíritu que es el Espíritu: Dios es espíritu, y los que le adoran, deben adorar en espíritu y en verdad. Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo explicará todo: Yo soy, el que habla contigo (Jn_4_24s). Fue así como la

Samaritana encontró lo que pide la esposa, es decir, dónde come y descansa Jesús al mediodía, solo, después de enviar a otra parte a sus compañeros. La samaritana descuidó la viña, es decir, la gracia. Se había extraviado: el hijo de Jacob, el Padre eterno, le muestra los males que recibió a causa de los cinco maridos con los que no se casó, lo cual era una ofensa a la divinidad. Ella lo acepta, diciendo que sabía muy bien que él era un profeta, y que los profetas y patriarcas habían adorado sobre aquel monte. Y ahora, dice, ustedes los judíos dicen que debemos adorar en Jerusalén. Créeme, mujer, que llega la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, y ya estamos en ella (Jn_4_21s).

La hora del mediodía ha llegado, en la que el sol de justicia cae a plomo sobre tu cabeza. Mujer, que debes ser su esposa; él te enseña cómo se alimenta y reposa al mediodía del puro amor. Tú piensas que debe tratarse como a un profeta; pero no quieres tratarlo con la deferencia debida a un profeta, diciendo que esperas la venida del Mesías, que enseñará todas las cosas. [39] El está sentado, como recostado, descansando de sus fatigas y sediento de tu conversión, que le sirve de manjar y bebida.

Su Padre lo ha atraído: es éste el manjar que le prepara, y toda la mies que fue sembrada en Samaria, como Jesús bien sabía, y de la que se alimentaba ya en espíritu. Esto es lo que sus discípulos ignoran: la voluntad del Padre es la conversión de las almas; esta es su obra imperecedera, y que se conserva hasta la vida eterna. Mediante esta conversión, él entra en Samaria. Esta mujer fue su precursora, su heraldo, que iba por todos lados diciendo: Vengan a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿Acaso no es el Cristo? Como diciéndoles: Creo en verdad que lo es, pero juzguen por ustedes mismos.

Mientras que esta mujer se humillaba, exaltaba a Jesucristo, llevando en sí misma, como un espejo cóncavo, al sol que la había deslumbrado en lo más fuerte del mediodía de su amor. Ella disponía los corazones, pareciendo madurar y blanquear la mies que el Salvador y sus apóstoles, irían a recolectar. Lo que la Samaritana recibió del Padre, lo sembró a su vez. Si, pues, les he dicho: ¿No decís vosotros: Cuatro meses más y llega la siega? (Jn_4_35). Levanten los ojos y vean cómo los campos blanquean con la mies. El que siega, recibe su recompensa, y recoge fruto para la vida eterna, de modo que el sembrador se alegra igual que el segador. Yo os he enviado a segar donde vosotros no os habéis fatigado. Otros se fatigaron y vosotros os aprovecháis de su fatiga. [40] Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: Me ha dicho todo lo que he hecho. Cuando llegaron donde él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días (Jn_4_35s).

Los apóstoles aprendieron de este modo la manera en que la misericordia detiene a la justicia, y que el fuego del amor obtiene más que el de la venganza; el esposo se comporta con la esposa como para beneficiar a muchas almas. Jesús se comportó así con la Samaritana, la cual fue instruida en lo referente al banquete o refrigerio del mediodía. El esposo ama con un amor verdaderamente puro y lleva a cabo las bodas con él. De este matrimonio se produce la salvación del prójimo, mediante la humilde confesión de la esposa cuando rememora sus faltas, que son los pasos en falso que dio en las imperfecciones, y que abandona los caminos peligrosos del amor propio, que tanto prevaleció en lugar del divino amor. Era como los pastores que la llevaban a pastar entre las vanidades y delicias del mundo. Después de experimentarlas, sale de ellas y, si las considera, lo hace de manera un tanto exagerada, y para dar esperanza a las personas que se encuentran en el mismo peligro. Si Jesucristo la iluminó y sanó, perdonando todos sus

pecados, hará lo mismo con ellas: les servirá un manjar inmortal y les dará a beber del agua de vida para siempre; les concederá un reposo interior, en el que él mismo estará presente, descansando en ahí mismo y cumpliendo su palabra: [41] Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él (Jn_14_23).

Ahora bien, como él es quien reposa en el alma, ella lleva en sí la fuente de la luz, el manantial de vida, la verdadera vid, el torrente de delicias, el pan de los ángeles, el manjar de los grandes, el pan de vida que descendió del cielo y que concede el entendimiento de los misterios divinos.

Cuando la esposa ha sido saciada y reposa en su rey, instruida por la sabiduría en el mediodía del amor, atrae hacia él a otras, dándole entrada en corazones que se le han resistido, los cuales habían sido considerado indignos de sus gracias por algunas personas celosas como San Juan y Santiago, que hubieran pensado obrar bien al pedir con insistencia el fuego de la justicia divina para consumirlos, a causa del rechazo de las divinas inspiraciones y de las gracias. Pero aquel de quien habla Isaías, que es el divino rey, todo paz, y paciencia, las espera. Es tan bondadoso, que: Caña quebrada no partirá, y mecha mortecina no apagará (Is_42_3). Su paciencia gana los corazones y hace que la gracia multiplique en ellos sus frutos al ciento por uno; y lo que el infierno habría obtenido debido a su vengadora justicia, se lo arranque [42] la misericordia mediante la bondad y la paciencia. La paciencia con la que la misericordia espera a los pecadores, hace visible el poder divino.

Su prudencia es admirable, su amor tiene invenciones incomprensibles a los sentidos humanos, permitiendo culpas para conceder gracias, de las que podemos decir: Felices culpas que, siendo tan grandes, atrajeron tan gran redentor, el cual concede una copiosa redención, que extiende sobre los que no pensaban verse libres de la cautividad.

Es verdad, buen Jesús, que con frecuencia dejas obrar a la naturaleza y a sus costumbres, hasta que el alma comete grandes pecados que te desagradan, pero que permites, para del mal, tomar ocasión de hacer el bien, atrayendo así a muchos pecadores. Te sirves de los ejemplos de las almas convertidas para ganar a otras por su medio y atraer, mediante la red de Adán, a los que, más tarde, deseas enlazar con el vínculo de la caridad. Fue como cuando permitiste la muerte de tu amigo Lázaro, para contribuir con ello a la gloria divina. Cuando la gente vio a Lázaro resucitado, muchos acudieron a verte de inmediato. Un buen número se convirtió. Esto no habría sucedido si Lázaro no hubiese muerto y si tú no lo hubieras llamado de nuevo a la vida.

Tú permites, querido enamorado, que las almas caigan y se queden largo tiempo en el polvo, a causa de pecados que sorprenden a muchos. Si alguien te ruega [43] por estas almas, diciéndote: ¡Ay, estas almas que afirmaste ser tan queridas por ti, están en peligro de muerte, y de hecho mueren por el pecado! Tú, que das la vida a tantos otros que no son tan familiarmente acariciados por ti, permites que permanezcan en este estado. Al oírlo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella (Jn_11_4).

El apóstol dice que todo coopera en bien de los que aman a Dios. Por mi parte, afirmo que para los que son amados por Dios, la muerte es transformada en vida; el pecado, en gracia; sus caídas, en elevación. Dios nos amó primero, porque jamás persona alguna ha prevenido a Dios, y su caridad es perpetua. El es fuente de caridad y fuego ardiente. El purifica o visita Jerusalén a pesar de ser pecadora y no merecer este nombre, porque no supo guardar la causa de su paz. Este Dios, con una luz ardiente, el salmista no dice deslumbrante, viene no para descubrir su vergüenza, sino para inflamarla de nuevo.

Continúa buscando en esta alma, que es un pozo, un recipiente de manjares, por si el fuego de tantas gracias que le había concedido, se ha apagado del todo. [44] Lo encuentra cambiado en un lodazal. Lo que él ve es que, a causa del pecado que retiene cautiva al alma, ella deja de ofrecer sacrificios al verdadero Dios, sus acciones son actos morales sin llamas. El ser transformados en lodo significa algunas recompensas terrenales o satisfacciones de este cuerpo de barro, y que dicha alma es esclava del cuerpo y del demonio.

Aunque la caída llega hasta el pecado mortal, lo cual no siempre sucede, es sin embargo muy grave que el alma deje su caridad inicial o que la deje enfriar. ¿Qué hace la divina bondad? Se esconde en Cristo como en su linterna, y por su medio pasa a visitar a esta alma, reconciliándola con él y permitiéndole contemplar los méritos de su humanidad. A través de ella, tomará el lodo que la ensució en los peligros, la moverá a conocerse y la colocará sobre el altar, sobre la confianza en su pasión y en la cruz. El verdadero altar es Jesucristo, que es al mismo tiempo sacrificio y sacrificador. El es el pontífice que penetra los cielos, bajando y subiendo a ellos con la misma facilidad.

Es un fuego que tiene la propiedad de descender para remontarse. El mismo es el agua que ofrece a la Samaritana. Pero es fuego y agua, todo a una. El es sol ardiente; en fin, todo lo puede, por ser del todo bueno y misericordioso. El es capaz de avivar este fuego o de cambiar este lodo. El concede la caridad y se une a la virtud. A la pobre alma que era como un carbón casi extinguido o [45] como una vela humeante, la derrite y la abrasa, consumiendo todas sus imperfecciones. El enciende este lodo con una llama ardiente, y Dios es más glorificado en ella que antes de su cautividad. Este sol, que estaba oculto por la nube que habían opuesto sus imperfecciones entre él y el alma, disipa todo y difunde sus rayos del mediodía.

A la esposa dice el esposo: Si no lo sabes, ¡oh la más bella de las mujeres!, sigue las huellas de las ovejas, y lleva a pacer tus cabritas junto al jacal de los pastores. A mi yegua, entre los carros de Faraón, yo te comparo, amada mía (Ct_1_8s). No dejes de ser bella. Se dice que nunca los amores parecieron feos a los ojos de los enamorados. En el mundo, el amor es ciego; Dios, en cambio, no puede ser así. Es que sus ojos pueden embellecer el alma desde que la mira, porque con su mirada la purifica.

Al hablar de este modo, David se dirige al alma esposa del Verbo, más bien que a la mujer de su hijo Salomón. Le dice que, para agradar al rey, es necesario que incline sus oídos para escuchar únicamente la voz de su amadísimo esposo que olvide su pueblo, que salga fuera de su tierra y de sus malos hábitos; y aun que no se considere hija del mundo: una egipcia de tez morena, a la que puede oscurecer más aún. Debe olvidar todo lo creado, y meditar en el ardor que sentía mientras [46] llevaba los rebaños de sus sentidos a pastar como cabras malolientes a causa del pecado, cerca de los albergues de los pastores, o más bien de los mercenarios, ya que los mundanos son falsos pastores que devoran a las ovejas. Entonces las almas de las ovejas que han sido blanqueadas en la artesa, se vuelven, a causa de su maldad, sucias como el mundo, que, como dice San Juan, está inmerso en la malicia.

Los cimientos del mundo son la concupiscencia de los ojos, la de la carne y la soberbia de la vida. Todo esto constituye la miseria y pobreza de Satán, que sólo puede experimentar una prisión infernal y tormentos sin fin. El es el príncipe del mundo, y como tal recompensa a sus súbditos. Sus hijas son templos adornados con fardos de terror, en cuyo interior sólo se encuentran sucios y horribles monstruos y bestias. La esposa, por tanto, no debe recordar la casa de su padre y todas las vanidades sino para despreciarlos.

Sucedirá entonces que el Rey de reyes se complacerá en su belleza, que proviene de él. Pero, como el Padre eterno ama la bondad y belleza que da a su Hijo por naturaleza, Jesucristo mismo amará la belleza con la que adorna a su esposa mediante la gracia; y así como parece que el Esposo sólo tiene ojos para conocer la belleza que le ha dado, es necesario que ella no tenga ojos, ni oídos, ni corazón sino para ver, escuchar y amar a Aquel que le comunica tal belleza, y que todas sus potencias y sentidos den gracias a Dios en la adoración; [47] que le ame con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y a su prójimo como a sí misma; atrayéndolo en pos de ella. Cuando los demás quieran verla, la considerarán sólo como la amiga del rey; si le rinden alabanzas, serán como regalos que le llevan las hijas de Tiro, ya que con frecuencia Dios permite que, para honrarlo, sus amadas reciban honores, pues Dios es admirable en sus santos.

De este modo, ella exclamará: No a mí, Señor, no a mí; porque toda la gloria de la hija del Rey está en el interior. Que su vida esté escondida con Jesucristo en Dios; que no viva más que en él, por él y de él. Que diga unida a la Santísima Virgen: Engrandece mi alma al Señor (Lc_1_46). Que su espíritu sólo se alegre en Dios su salvador; que pueda decir en verdad que él ha mirado su humildad.

¿En quién hará su morada el Espíritu Santo, sino en el espíritu humilde que conduce a esta alma así como condujo a los cuatro animales, y a las cuatro ruedas que vio el profeta Ezequiel? En el punto en que su amor desea exaltarla, no permite que ella dé marcha atrás. Su deseo es que ella siga la impetuosidad de sus mociones. La hace toda ojos; le da alas, la desea bondadosa para amar. Le da rasgos humanos para que sea humanitaria. La desea como un león para que tenga los ojos abiertos y se llene de valor; [48] la desea como un buey para que se sacrifique y lleve las cargas; quiere que sea como un águila para que vuele por encima de todas las cosas.

El quiere que los rostros de estas cuatro propiedades tiendan al cielo y que las alas vayan allá; que las cuatro alas estén unidas y adheridas, y que el cuerpo casi no sienta su propio espesor. El desea revestirlo de alas, lo cual tiene un bello significado: la esposa no debe llevar el lastre de las cosas terrenas, y todos sus afectos deben identificarse con su rostro. Esto no puede darse por inadvertencia: ella debe moverse con el poder del Espíritu Santo, así como el profeta dijo de estos seres: Y no se volvían en su marcha. Había en el centro como una forma de cuatro seres, como brasas incandescentes, con aspecto de antorchas, que se movía entre los seres; el fuego despedía un resplandor, y del fuego salían rayos. Y los seres iban y venían con el aspecto del relámpago (Ez_1_13s). Esto significa que, al dar respuesta al Espíritu divino, ella no vuelve más a lo suyo, sino que su sola vista inflama a todos los que la ven. Ella es como una lámpara brillante y ardiente, como se dijo de San Juan Bautista. En ocasiones, la lámpara parece producir rasgos llameantes, a manera de astros, a los ojos de quienes la contemplan. Dios suele conceder esta gracia a los cuerpos de los santos: los torna brillantes y manifiesta el resplandor del fuego que él mismo ha encendido en su corazón, que suele ser él mismo, ya que de dicho fuego sale un rayo que derrota a los enemigos y da eficacia a las palabras santas, despedazando con frecuencia a los corazones más endurecidos. Nadie puede resistir a dicho rayo, que es el espíritu o la boca que él prometió a los apóstoles: Y los seres iban y venían con el aspecto del relámpago (Ez_1_13s).

Los cuerpos van y vuelven a manera y semejanza de un rayo fulminante. El toca las almas, y después ellas retornan a Dios, para tornarse semejantes a dicho rayo refulgente. ¿Por qué no? Sucede en virtud de la oración del Salvador, que pidió a su Padre que los suyos tuvieran la caridad, la unión y la santificación que él poseía con él desde antes que el

mundo existiera, y antes de la ley de la gracia, cuando Dios dio la ley a Moisés, sea que esto haya sido por mediación suya o a través de sus ángeles. Aquel que promulgaba la ley no la daba de modo estéril, sino acompañada del rayo, rayo que espanta a los malos y alegra a los buenos, compartiendo con ellos su luz.

Con dicha luz brilló el rostro de Moisés, en forma de cuerno. Y David, ¿no dice acaso en tantos lugares que los rayos de Dios son fulminantes y destruyen a los enemigos?: Señor, inclina tus cielos y desciende, toca los montes, que echen humo. Fulmina el rayo y desconciértalos, lanza tus flechas y trastórnalos (Sal_144_5s). Y todo para hacer a los amigos de Dios temibles y victoriosos entre todos: [50] Allí suscitaré a David un fuerte vástago, aprestaré una lámpara a mi ungido; de vergüenza cubriré a sus enemigos. Y sobre él brillará mi diadema (Sal_132_11s).

Hay dos o tres clases de ungidos: los sacerdotes, los reyes y las personas a las que el Espíritu Santo unge con la unción mística. A éstos me estoy refiriendo. San Esteban fue ungido del Espíritu Santo cuando sus apóstoles lo elevaron al diaconado, junto con los demás, para el ministerio entre las viudas: Y escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, Esteban, lleno de gracia y de poder, realizaba entre el pueblo grandes prodigios y señales. (Hch_6_5s).

Y todos los de diversas naciones que allí se encontraban, se pusieron a disputar con Esteban, pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba (Hch_6_9s); sabiduría que no residía solamente en sus palabras, sino en la belleza de su rostro, que convencía a quienes le miraban, manifestando cuánta paz y alegría inundaban su alma: Fijando en él la mirada todos los que estaban sentados en el Sanedrín, vieron su rostro como el rostro de un ángel (Hch_6_15). Pero un ángel del orden supremo, con un privilegio especial para contemplar el trono divino y mirar cara a cara a las dos personas de la Sma. Trinidad, ya que la tercera, que es el Espíritu Santo, moraba en él, permitiéndole contemplar a [51] las otras dos. El amor y la pureza de corazón permiten ver a Dios, Espíritu que es amor y pureza.

Pero él, lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios (Hch_7_55). No vio el rostro ni los pies velados como los serafines de Isaías. San Pablo dice que él juzgará a los ángeles. Pero, ¿no ha sido determinado ya el destino de los ángeles desde su confirmación en gracia y en gloria? Sí, pero el Apóstol les hará entender que Dios, al hacerse hombre, deificó al hombre por participación, y que Jesucristo pidió a su Padre, para la humanidad, la misma gloria que siempre tuvo con él. Ahora bien, Dios nada oculta a su Hijo. Afirmó que nadie le conocía sino el Hijo, y aquellos a quienes éste quisiera revelarlo. Jesucristo dice que en el mundo habla en parábolas, pero a sus apóstoles descubrió sus misterios divinos, diciéndoles lo que aprendió de su Padre. ¿Acaso no afirmó San Juan, el águila: Nosotros hemos visto su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad?

San Esteban, lleno de gracia y fortaleza, es o puede ser llamado verdad, porque la verdad sobresale gloriosamente en las disputas, ya que la Voz la enseña y la Vida la vivifica. Sin embargo, si la verdad es divina, y la vida también lo es, puede uno remontarse y vivir divinamente. Como San Esteban poseía por participación la verdad de Dios, el camino de Dios y la vida de Dios, pudo contemplar en verdad la gloria de Dios; y esto tan claramente, que vio a Jesucristo [52] de pie a la derecha de Dios. En ese momento el Espíritu Santo reveló al Hijo, instruyendo plenamente a San Esteban y, por medio de su palabra, increpó al mundo pecador, es decir, a los judíos, diciendo: Veo claramente a Aquel que les aseguró ser el Cristo. Lo veo claramente a la diestra divina: está con su Padre por

derecho de toda justicia: él quiso padecer para entrar en su gloria, donde lo veo llamarme, de acuerdo a su promesa de venir de nuevo después de haberse ido.

Ha echado fuera al príncipe de este mundo; el diablo ha quedado confuso y proscrito a la invocación del nombre de Jesús. La sinagoga, que tenía un pontífice que era el príncipe más noble de este mundo lo cual testificó Alejandro, quien creyó que él era rey y le rindió homenaje como a soberano suyo fue maestro del sacerdocio institucional judío. El es el verdadero pontífice que se ofreció a sí mismo sobre la cruz, y el que penetró los cielos, donde no cesa de ofrecerse a su Padre por nosotros. El es sacerdote eterno: De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor. Así es el Sumo Sacerdote que nos convenía: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos (He_7_25s).

En ese momento san Esteban, lleno del Espíritu Santo, convenció al mundo de pecado, de justicia, y de juicio. Pudo, entonces, contemplar al descubierto la gloria de Dios. Aquel que es el camino lo instruía. ¿Quién podrá dudar que inclinó los ojos de su propia persona para venir a buscarlo? El dijo a sus apóstoles: Yo me voy, pero volveré a ustedes. En cuanto este gran santo le vio, exclamó: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Después de haber orado por sus enemigos, se durmió en brazos de su Señor. Este fue, sin duda, el verdadero significado de sus palabras. Dio la vida mortal a cambio de la inmortal, que Jesús le comunicó.

Soberano Rey mío, te entregas a san Esteban en calidad de trono, de lecho, de mesa, de todo. A la hora del mediodía sirves el alimento y das reposo; al mediodía haces brillar sobre él tu gloria. No temió equivocarse; satisfaría sus potencias, pero no al lado de las tiendas de los pastores, sino de los apóstoles. Se apacentará, sobre todo, en ti y de ti, torrente de delicias, embriagándose de la abundancia de tu divinidad, que sale a su encuentro colmada de su opulencia. El no obra por sí mismo, no se lleva a sí mismo, porque esto lo hacen tú y tu Espíritu. Eres un rayo hacia sus enemigos, mas para él, un arco iris, según la visión de San Juan: Y un arco iris alrededor del trono (Ap_4_3); y más abajo dice: Del trono salen relámpagos y fragor y truenos (Ap_4_5).

He ahí a San Esteban, en el verdadero mediodía que anhela la esposa. Helo ahí contemplando la verdad anunciada por los cuatro seres. El ve sus cuatro caras contemplando la rueda, y a ésta que, apoyada sobre la tierra, se vuelve a los cuatro confines de la tierra, a los que llegaría el Evangelio de la palabra divina, que es un mar infinito, temible para los malos y amabilísimo para los buenos. Ella les sirve de cristal para aumentar y manifestar su claridad [54] y para exteriorizar en su carne esta rueda que apareció sobre la tierra.

¿Acaso no eres tú, amado de mi alma? ¿No eres poseedor de los cuatro rostros? La persona del Padre y la persona del Espíritu Santo junto con la tuya. Y tu persona, ¿No tiene acaso dos naturalezas? ¿No es esto poseer dos rostros? Para vivir en la tierra, ¿dejas de existir en tu Padre, y tu Padre en ti? ¿Abandonas al espíritu común de los dos? ¿Deja él de morar en ti? ¿No consiste en ello la circumcesión divina? ¿Encuentras algunos obstáculos que te obligan a volver atrás? ¿Acaso no tienes un camino eterno que te guía, en tu esencia, sin salir de ella? ¿Acaso no posees tu propia dimensión, recinto infinito que eres tú mismo? ¿No eres terrible a los infiernos, y penetras a mayor profundidad su bajeza? ¿No te elevaste hasta los cielos? ¿Verdad que allí eres uno con el Altísimo? Y tu cuerpo glorioso, ¿no tiene ojos por todas partes, para contemplar con ellos la divina esencia a la que está unido por la hipóstasis del Verbo? ¿Acaso no posees el Espíritu de vida, al que envías a tus evangelistas

y a tus santos, a quienes dijiste: Cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí? Tu Espíritu de Vida los mueve a donde le place. El es su peso y su límite. El es sus alas; él es sus manos; él ejecuta por su medio las obras que hiciste, y aún más grandes. Es por tu promesa que ellos hará las obras que tú hiciste y aún más grandes. Lo que te mueve a hablar así es el exceso de tu amor, confiriendo este poder al atraer hacia ti a la criatura. Atraes a ti a la nada mediante tu palabra; dando el ser y comunicando, [55] tus atributos a la criatura a través de tu Espíritu de vida. Vienes en persona. Ningún dios podría acudir a recibirte, porque tú eres el Dios inseparable e indivisible. Sé bien que en esto consiste tu felicidad divina; pero me dirijo a ti según nuestra manera de hablar.

También me valgo de tus mismas palabras: Si alguno guarda mi palabra, vendremos a él para hacer en él nuestra morada. Nuestro amor obrar maravillas en esta alma: el ser su peso y su corona perdurable. Sobre las cabezas del ser había una forma de bóveda resplandeciente (o temible) como el cristal (Ez_1_22). Qué manera de hablar, amor mío. ¿Puede ser temible un cristal? Es que la belleza que concedes a tus santos parece espantable a los demonios y a los enemigos que los han odiado y envidiado. Al odiarte, odian a los tuyos y tratan de hacerles perder este bien. Lo que más les puede, es estar sometidos a su poder eternamente; con ello, su soberbia rabia hasta el paroxismo. Tus elegidos son, gran Dios, honrados en sumo grado, porque los haces príncipes, coronándolos con una corona estable como un firmamento que espanta a los malos y admira a los buenos: Extendida sobre sus cabezas, y bajo la bóveda sus alas estaban rectas, una paralela a la otra; cada uno tenía dos que le cubrían el cuerpo (Ez_1_22s).

Esto demuestra la gran conformidad que existe entre los santos, y la rectitud que observan respecto a Dios, a quien conocen en el grado de conocimiento que él les concede. Vuelan hasta él en la amplitud de vuelo que les permite y, al hacerlo, reconocen que no son capaces de comprender a Dios como Dios se comprende, y que él es un espejo voluntario. [56] Todos pueden ver, en la medida que él les da, su propia visión por participación. Si tienen dos grandes alas que los transportan, poseen otras dos que los cubren, confesando de este modo su debilidad y la excelencia divina: Y oí el ruido de sus alas, como un ruido de muchas aguas, como la voz de Shadday: cuando marchaban, era un ruido atronador, como ruido de batalla; cuando se paraban, replegaban sus alas. Y se produjo un ruido. Por encima de la bóveda que estaba sobre sus cabezas, había algo como una piedra de zafiro en forma de trono, y sobre esta forma de trono, por encima, en lo más alto, una figura de apariencia humana. Vi luego como en el fulgor del electro, algo como un fuego que formaba una envoltura, todo alrededor, desde lo que parecía ser sus caderas para arriba: y desde lo que parecía ser sus caderas para abajo, vi algo como fuego que producía un resplandor en torno, con el aspecto del arco iris que aparece en los días de lluvia: tal era el aspecto de este resplandor, todo en torno. Era algo como la forma de la gloria del Señor (Ez_1_24s).

[57] Hay almas que, ya desde este mundo, se asemejan a la visión de este profeta debido a su total unión con la Santísima Trinidad. Gracias a los méritos de la humanidad, son, por participación, una misma cosa con Dios y su guía es la santa moción del Espíritu divino, que es su vida. Al ser llevadas por Dios, son portadoras de Dios.

Se elevan hasta él con sus dos alas y rostros levantados, para conocerle. Bajan hasta ellas cubriendo su bajeza con sus dos alas, confesando su indignidad, menospreciándose. La contrición de sus faltas es como un torrente estruendoso, cuyo fragor llega hasta oídos de Dios y de sus ángeles. Se trata de un río impetuoso que llega directamente hasta los tronos de Dios con un sonido tan fuerte, que parece igualar la voz del Altísimo. Cuando Dios desea manifestar su poder, esta voz lo mueve a detenerse por amor. El llamado de una

de estas almas lo arrebatara, por así decir, atrayéndolo a ella para poder estar juntos. Ella es como un campo de batalla, como un Israel, fuerte contra Dios, el cual se complace en esta santa lucha. Sin embargo, no se le permite experimentar las cosas divinas, a pesar de que él no deja de dar cierta libertad a las alas y a su voluntad, en la que reside el amor, el cual penetra hasta profundidades que la ciencia no puede alcanzar.

El es el firmamento de esta alma y su corona estable; corona que es el espíritu del Verbo Divino, Verbo fortísimo y firmísimo, por ser él quien fundó los cielos, el cual durará más allá de la consumación de las cosas que tendrán fin. Este Verbo es un firmamento que corona al alma, una voz superior a todas las criaturas. Voz que todo lo domina, que somete a los ángeles, que somete los cuerpos. Esta voz y este Verbo es firmamento sublime y dominador, en sí por excelencia y como causa eficiente y esencial, lo cual nos es figurado por las piedras preciosas y por los zafiros celestes que son el material de su trono.

De hecho, el divino esposo establece su trono sobre la cabeza de su esposa, convirtiéndose en su corona de gloria. [58] Reside en ella como el Dios del todo celestial. También lo hace como hombre divino, elevado por encima de todas las cosas. Allí establece su trono. La esposa dice: Vi luego como en el fulgor del electro, algo como un fuego que formaba una envoltura (Ez_1_27). El mismo Jesucristo se reveló en esta visión admirable, manifestándose como Dios, como Dios morando en un ser humano, y también como fuego. Como hombre, está unido hipostáticamente a la divinidad, la cual lo penetra, lo rodea, lo apoya, lo diviniza y lo convierte en un hombre Dios. Divinidad que lo rodea tanto en sus operaciones sublimes de lo alto, como en las obras que parece hacer, humildemente, al exterior de sí mismo.

Está rodeado de un fuego resplandeciente, semejante al arco iris que apareció en la nube en tiempos del diluvio: tal era el aspecto de este resplandor, todo en torno (Ez_1_28). El profeta lo vio semejante a esta visión, la cual es semejante a la gloria del Señor. El habita, él mora de este modo en su esposa, obrando en ella, por su bondad, todas sus maravillas.

El la ha convertido en su carro de triunfo. Al combatir, sale victorioso; en su victoria, triunfa; en su triunfo, es pacífico. La hace como su caballería fuerte y terrible, que va donde él desea. La convierte en su yegua uncida al carro de Faraón. Ella parece estarlo al carro del mundo, es decir, del diablo, lo cual significa que será engolfada en el Mar Rojo del infierno. Al obrar igual que su rey, ella precipita la misma muerte: ella es su propia muerte y el aguijón del infierno. Jesucristo, empero, encuentra para ella un firmamento para oponerle resistencia, portando sobre su cabeza el trono de Dios, y al mismo Dios, y éste hecho hombre: Jesús. El cielo, la tierra, el infierno, doblan las rodillas. Jamás aquel que rompe los vasos de la tierra y envía su fuego, [59] causa tan gran espanto a sus enemigos como esta esposa.

Ella parecía ser sólo de la tierra y estar perdida entre sus huestes. Su Esposo, en cambio, la encontró bella y le dijo: Si no recuerdas de qué estás hecha, oh tú, la más bella de las mujeres, sal un poco de las tinieblas, sal de tu ignorancia; considera que eres la esposa de uno que es bellissimo y la misma luz. Acude a sus purísimos rayos. Sigue los pasos de sus rebaños; sigue a las potencias que voy a atraer: el objeto mueve la potencia. Sigue el entendimiento que te doy a la claridad del mediodía. Pacifica tus machos cabríos, ya que en ti y de ti, los sentidos son como sucios cabritos, corrupciones de la tierra. No dejes, cariño mío, que se acerquen a pastar cerca de los albergues de los pastores. No les permitas acercarse a los sacramentos ni al Sacramento de sacramentos, en el que mi Padre, yo y el Espíritu Santo, hacemos nuestra morada, puesto que ellos dos están conmigo por

concomitancia. Mi gracia lo prepara. ¿Acaso no puedo purificar a la que proviene de humilde semen? Quiero hacerte mi nube blanca, en la que aparezca junto con miríadas de mis santos. Deseo que en tus días brille una gran luz: yo mismo, siendo llevado por ti según mis deseos. Yo iluminaré la tierra. Deseo que tengas el mismo privilegio de los querubines, sobre cuyas alas se dice que vuelo. Quiero que seas la pluma de los vientos, para ser conducido por ella. Mi espíritu será el viento; de este modo, serás tan rápida en dejarte elevar, como lo será él para arrebatarte. Yo seré tu peso; él levantará los vientos de nuestros divinos tesoros, que harán morir en ti todo lo que es del mundo: desde los sentidos animales, hasta la prudencia y la razón humana, la cual no sabe de dónde viene el Espíritu Santo, [60] ni a dónde va; pero la fe escucha su voz.

La esposa llega a ser tan temible a sus enemigos porque Dios se enfrenta por ella, y por ella manifiesta su gloria. El entra, como ya dije, en almas en las que nunca antes penetraría sin recurrir a su poder absoluto, lo cual sería casi como forzar el libre arbitrio. Así lo hizo en Samaria, y, de creer a los dos hijos del trueno, hubiera hecho más aún, ya que obraban movidos por su celo hacia la antigua ley, desconociendo el espíritu que enviaría el legislador de la nueva; espíritu dulce y suave, que atrae más por los rayos del amor, que por el viento del temor.

Gracias son tus mejillas entre los zarcillos (Ct_1_9). Jesucristo, al ver las lágrimas de Magdalena, las estimó en más que todos los banquetes del fariseo. El mismo Jesús se fija en su esposa que vuelve a él, cuando se le ha alejado; pues, como ya dije, en sus frialdades no siempre sucede que llegue a cometer pecados graves. No la llamaría la más bella de las mujeres; no sería llamada esposa, por ser como una adúltera espiritual. No le diría tórtola, porque ésta sólo quiere a su pareja y, habiéndola perdido, llora y gime, no queriendo admitir a otro.

El esposo, que sabe bien que su esposa no ha querido aceptar a otro en su lugar, la acaricia dándole muestras de su fidelidad, diciendo que sus mejillas cubiertas de lágrimas son bellas como la tórtola que gime. [61] Estas lágrimas, mi muy amada, corren a lo largo de tus mejillas. Son su fardo, pero cuelgan de tus ojos cual preciosas perlas; perlas que proceden del océano de nuestro amor. Son signo de nuestra unión y rocío celestial que he derramado en ti, que no has podido ser abierta sino por mí, rechazando todo lo que procede de las aguas amargas del mar del mundo. ¡Qué bella es tu garganta rodeada de este collar: Zarcillos de oro haremos para ti, con cuentas de plata! (Ct_1_10).

El esposo dice que hará esta joya para su esposa, para que por su medio pueda ella saber lo que él desea de ella. El oro representa la caridad y la plata, la pureza. El oro es precioso y la plata, resonante. Es porque él desea que cualquier otro amor sea nada para ella, y que pueda escuchar su voz con pureza de entendimiento. El oro representa su divinidad, y la plata su humanidad; que ella no busque ningún otro presente. El sólo desea serle suficiente, y aunque parezca encerrado en su habitación celestial, en su lecho divino, no rehúsa la fragancia del nardo que le ofrece su esposa, sin importar su pequeñez. Ni todo el aroma ofrecido por los espíritus celestiales podrá impedir que el esposo se convierta perpetuamente en el perfume de nardo y de lavanda de su esposa. Las alas de la humildad y de contrición de ella lo atraen tan fuertemente, que acude a regalar a su esposa lo de sus propios méritos. Parece compadecerse de sus lágrimas, como diciéndole: Querida mía, sé muy bien cuán amargo es para ti estar en la tierra mientras que yo me encuentro en el cielo. No estoy tan alejado de ti como para no darme cuenta de tus menores pensamientos. Mi comunicación con los bienaventurados en nada me impide, al comunicarme a ellos en una gloria al descubierto, que me entregue a ti con una gracia velada. [62] Recíbeme, querida

esposa, y alójame en tu seno como un ramito de mirra. Tendrás así un doble mérito: la amargura de no tenerme visible en la gloria, y la pureza que te comunicaré, que te será reputada más tarde en grado de gloria esencial, así como cuenta para ti en grado de gracias.

La esposa, que ama la pureza por ser su esposo purísimo, ama también la mortificación, sabiendo que su esposo la amó. Aun la muerte fue aceptada por él con todo amor, después de tomar castísimamente un cuerpo en las entrañas de su madre virgen, por voluntad de su Padre, al que dijo: Me proporcionas un cuerpo purísimo con objeto de hacerme capaz de sufrir la muerte más ignominiosa y cruel que jamás haya sido experimentada. Abres mi oído a fin de que escuche tu voluntad. Penetras mi inteligencia a fin de que comprenda cómo deseas que sufra.

Te aseguro, Padre mío, que a nada contradigo ni me resisto. Sé muy bien que podría tomar la naturaleza humana sin ser mortal para mí, y que podría portarla gloriosamente en el cielo sin sufrir en mi cuerpo. Un acto de amor te bastaría. Veo, Padre mío santo, que me propones el gozo de la inmortalidad, si yo no quiero morir. El pecado causa la muerte; pero como por naturaleza soy impecable, no estoy obligado a morir. Me propones, y yo mismo me propongo, el gozo que la parte inferior experimentaría al no tener que sufrir, pero mi amor no lo quiere así. Elijo la Cruz y sus sufrimientos, las tristezas y las ignominias, a las que comprendo con una comprensión que tú, Padre mío, y el Espíritu Santo, solos pueden comprender. Daré esta comprensión a mi alma, con todos los rigores que un alma puede sufrir. La instruiré en ella, de manera que el día o la noche de mi pasión, ella estará triste hasta la muerte. El amor será más fuerte, porque retendrá la vida para sufrir más aún. El amor será tan grande, que pondrá en conflicto a todo mi cuerpo, de suerte que manará sangre y agua de mis venas y de mis poros sin otra lanza que su dardo acerado. Me veré además privado de la permanencia ordinaria de mi divinidad por suspensión, que atribuiré tanto a ti, Padre mío, que por el amor que tienes al mundo me entregarás, a fin de que, con mi muerte, pueda tener la vida eterna, como a mí. Te preguntaré por qué me has abandonado. Clamaré a ti diciendo que tengo sed, que todo lo habré consumado, si con ello te contento. Sé bien todo esto, Padre mío; lo acepto y no lo contradigo. En nada doy marcha atrás en cuanto a mi vida mortal. Estoy dispuesto a sufrir y desfallecer. Me ofrezco a todo. Cada momento de mi vida es para complacerte. Al hacer tu voluntad en todo momento, seré según tu corazón. Mi alimento consistir siempre en complacerte. Aguardaré, Santísimo Padre mío, la hora de mi muerte, de la manera en que la deseas. Recibe mi circuncisión como arras del pago que te daré. Si mi cuerpo es pequeñito comparado con el precio, por estar en la infancia y no tener fuerza suficiente para sufrir el efecto de tu brazo poderoso, ayúdame a crecer hasta la edad viril: El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él (Lc_2_40). Ten la seguridad, Padre mío, que al crecer en edad, creceré en fortaleza para sufrir. La gracia y la sabiduría con las que estoy colmado acrecentarán en mí, si puedo, los deseos de sufrir, y podré afirmar al final de mis días, que he deseado con gran deseo pasar de este mundo a ti, entregando mi cuerpo a mis apóstoles. También se me oír decir que recibiré un bautismo y cuánto anhelo recibirlo. Padre mío, haré cuanto me mandes. Según tu mandato, viviré sujeto a mi Santa Madre y a san José: Y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón. Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres (Lc_2_51s).

Jesús crecía en sabiduría, obrando siempre según ella, de acuerdo al mandato de su divinidad: la orden dada por Dios. La humanidad del Salvador fue la más dependiente de todas las criaturas; y su alma, la más humilde. Sentíase tan obligada con la divinidad, que

permanecía en una gratitud admirable y continua acción de gracias. Me refiero también a su parte inferior, la cual, por dispensación divina, recibía con toda humildad lo que el Verbo divino deseaba derramar en ella. Porque, a pesar de que la plenitud de la divinidad habitaba corporal y sustancialmente en él, como un mar en su hondonada, [65] si puedo afirmar que Aquel que todo lo abarca, sin ser limitado por criatura alguna, pudiera ser incluido entre confines, diría que está encerrado en Jesucristo. Dios estaba en Jesucristo, dice su apóstol, reconciliando al mundo con él. Convenía a su divinidad dejar que su claridad se extendiera sobre la parte inferior del alma y los sentidos del Salvador, a medida que dicha parte inferior y sentidos adelantaban por medio de actos y por experiencia. Al grado en que se dijo que, cuando Jesús se humilló en el río Jordán, su Padre lo exaltó y el Espíritu Santo lo manifestó.

El evangelista nos dice: Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto (Mt_4_1), a fin de ser tentado por el diablo. Y más tarde: después de resistir a Satanás, los ángeles se acercaron, como si se hubiesen hallado a cierta distancia de Jesucristo. Como él era Dios, no podían estar lejos de él. Pero cuando se habla de esta manera de acercamiento, es con vistas a su humanidad, a la que acudieron a prestar nuevos servicios y a felicitarla por su victoria: Y he aquí que se acercaron unos ángeles y le servían (Mt_4_11).

Más tarde subió al monte Tabor con sus discípulos: Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la nieve. En esto, se le aparecieron Moisés y Elías que conversaban con él (Mt_17_2s).

Ellos hablaban del exceso de dolores que debía sufrir en Jerusalén, exceso que manifestaba el amor y la sabiduría que, mediante dichos actos o sufrimientos, así como de su santa generosidad, glorificaría a Dios y redimiría a los hombres. Veamos cómo Dios confiesa lo que ha progresado, aun después de su bautismo. En esta ocasión dijo únicamente: Este es mi Hijo muy amado. En la transfiguración, empero, añadió:

Escuchadle

(Mt_17_5). Como si el Salvador se hubiese convertido en doctor, ya que parecía haber aprendido del Espíritu Santo en el desierto, razón por la que dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquél que me envió (Jn_7_16).

Ustedes se admiran de mi doctrina, pero ella procede de mi Padre, que me ha enviado. Hagan su voluntad y llegarán a conocerla: Si alguno quiere cumplir su voluntad, verá si mi doctrina es de Dios, o hablo yo por mi cuenta (Jn_7_17).

Como, para crecer en conocimiento o sabiduría delante de Dios y de los hombres hay que hacer la voluntad del Padre, esta sagrada humanidad vino como dijo David: en el principio del libro está escrito de mí que vengo a hacer tu voluntad, Dios mío. Así lo quiero; tu ley estará en medio de mi corazón, dilatándolo. Escribe en él tu doctrina, que es tu Verbo, que soy yo; Palabra que vibrará con más ardor en mis últimos días. El Verbo divino es un fuego o un sol que ardía y brillaba más al mediodía, que por la mañana. El sol no es menos sol por la mañana, pero no tiene su apariencia tan brillante sino hasta el mediodía, por ser ésta la hora de su plena luminosidad. De manera parecida Jesucristo no manifiesta tan abiertamente su divinidad sino al mediodía, como podemos llamar el fin de su vida, que fue el cenit de la flor de su edad: treinta y tres años. No quiso llegar a la edad de la decrepitud, porque vino para crecer, como dice su precursor: Conviene que él crezca y que yo disminuya (Jn_3_30). Yo sólo soy la voz. El es la palabra, que desea que cumplamos toda justicia. Cuando se humilla, su Padre lo exalta. Esta humildad me ayuda a conocer mejor su grandeza. Así sucedió cuando vino a visitarme, siendo muy pequeño en las entrañas de su Santa Madre: me estremecí de alegría, pero sin decirle que era yo quien

debía ir a él, y no él a mí. El venía a ejercer el acto de un soberano, librándome de mis ataduras. Ahora, en cambio, que acude a humillarse para ser bautizado por mí, le digo que yo debería ir a él. La idea de su grandeza humana es insigne para mí; él estaba en mis pensamientos. El dijo que, si entregaba su alma por la humanidad, su descendencia sería numerosa.

Si el grano de trigo muere, dará mucho fruto. Como quiso anonadarse tomando la forma de servidor, para morir con muerte de cruz, descendiendo hasta los infiernos, por esta razón está a la derecha y tiene un nombre por encima de todo nombre, ante el que todas las criaturas doblan las rodillas. Este nombre le fue dado desde la Encarnación, pero él quiso comprarlo con los sufrimientos de su muerte, queriendo también pagar por su gloria, que le correspondía por esencia. El afirmó que era necesario que su santa humanidad sufriera y fuese maltratada, para ganar, mediante sus trabajos, dicha gloria. La cruz era una ciencia que estudiaba; ciencia que san Pablo tenía en más que la que aprendió en el tercer cielo, porque reputaba en nada toda otra ciencia, comparada con la riqueza de la ciencia eminente de Jesucristo crucificado. Jesucristo crucificado era su saber y su vivir. Morir era ganancia para él. Lo que agrada, satisface. La sabiduría consiste en saborear una ciencia que agrada. La sabiduría que Jesucristo saboreó [68] ante de Dios, su Padre, fue su cáliz, preparado por su mano, el cual lo embriagó y embelleció con una atractiva belleza que procedía no sólo de él, sino de su Padre.

En el Tabor, mientras conversaba sobre las leyes del amor, su Padre pareció salir fuera de sí por amor, y decir delante de los hombres al exterior lo que dice en su interior: Este es mi Hijo amadísimo, escúchenlo. Comprendan su ciencia. Ámenlo. San Pedro, que entendió y paladeó con fruición el gozo de esta gloria, embriagándose de ella, quiso poseerla para siempre. Sin ser Dios obró a la manera del Espíritu Santo en el seno de la divinidad: recibió pasivamente lo que el Padre y el Verbo le comunicaban activamente. Aspiró a terminar en sí la transfiguración, así como el Espíritu Santo termina en sí las divinas producciones. Quiso levantar tres tiendas que albergaran tres relaciones admirables: la de Jesucristo, la de Moisés y la de Elías. Jesucristo era su morada, y parecía serle propicio. Obtuvo, de este modo, todo el provecho que deseaba

Los lazos de este afecto ligaban en torno a él al admirable rey-delfín en el mar de la divinidad; rey de las aves y águila real que mira fijamente al Padre de las luces, y que, con un vuelo humilde, quiso lanzarse hacia la tierra para agarrar su presa en las entrañas de una Virgen. Dicha presa es nuestra naturaleza humana. Aquella Virgen era el cedro del Líbano más alto de toda la naturaleza humana. A él descendió para atraer a sí la médula sin dañar la corteza, pero haciéndolo de manera que pudiese tornar dicha médula en un cuerpo natural para sí.

¿Puedo afirmar, Verbo divino, que tu santa encarnación fue el delicioso banquete que preparaste? Es el festín, oh gran Rey, que María preparó para ti y para el Espíritu Santo, que es tu muy amado, [69] por ser tu mismo amor, la persona más justa del reino divino, pero la segunda en ser invitada a este banquete.

El no obrar como Amán, ni proclamar un edicto contra nuestra raza; o, si ya lo hizo en otra ocasión, diciendo que no moraría en el ser humano por ser carnal, lo modificaré diciendo: Mi espíritu vivirá en la humanidad, porque el Verbo se hizo carne en María. El preparó un banquete con la flor del trigo y el vino purísimo que engendra vírgenes. Es el Señor bueno y hermoso; la leche y la miel, la crema de la naturaleza humana. Que venga, este Emmanuel, a comer miel y mantequilla, a fin de que aprenda a reprobar el mal y elegir el bien. Que aprenda por experiencia; que su divinidad sea la moderadora de su humanidad,

la cual se someterá a tal grado, que nunca se quejará, aunque la divinidad suspenda, en la parte superior del alma, los consuelos divinos. Que estos consuelos sean comunicados en la medida en que crezca en edad, y en que haga obras de virtud eminente delante de Dios y de los hombres. Dios las mirará, no para aprender de ellas, sino para aprobarlas con una complacencia divina, así como se dijo que Dios contempló su creación y la encontró muy buena.

Dios no tuvo que aprender de la bondad de la criatura hecha por él, porque de él procedía. Por ello, el niño Jesús no creció en sabiduría esencial en su parte superior, la cual contemplaba al Verbo con toda claridad. Sobre la inferior, en cambio, se derramaban ríos de ciencia, según los designios del Padre, como si éste, al enviar a su Hijo a la tierra, hubiera dicho: [70] Hijo mío, tú eres mi sustancia y mi legítimo vástago. Al desposarte con la naturaleza humana, tomas la forma de niño. Serás puesto bajo tutela y estarás bajo la ley como nacido de mujer, a fin de redimir a los que están bajo la ley del pecado; pecado que se cometió por haber querido ser sabios como Dios en un día, y parecerse a nuestra divinidad. Para satisfacer el presuntuoso pensamiento del primer Adán, reduces tu humanidad a una sujeción en la que aprenderás a diario algunas maravillas de la divinidad.

En la medida en que la aceptes, se enriquecerá de favores. Tus sufrimientos, a su vez, ocuparán en ti el lugar de las pasiones. Porque las pasiones nunca existieron en el Salvador, así como se dan en nosotros. Por ello se dijo: Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa? Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido; y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba, por más que ni hizo atropello ni hubo engaño en su boca. Mas plugo al Señor quebrantarle con dolencias. Si se da a sí mismo en expiación, verá su descendencia, alargará sus días y lo que plazca al Señor se cumplirá por su mano. Por las fatigas de su alma, verá la luz, se saciará. [71] Por su conocimiento justificar mi Siervo a muchos y las culpas de ellos él soportará. Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes (Is_53_7s).

En virtud de sus sufrimientos y oraciones, su humanidad recibió, según nuestra manera de hablar, maneras de crecer y, cuando se intentaba rendirle honores, sufría u oraba, humillándose. Al llegar el último día de su vida, pidió la gloria que su Padre le había dado desde antes que el mundo le conociera. Cuando, desde toda la eternidad, resolvió hacerse hombre, su Padre le concedió el verdadero don de todas sus grandezas divinas, pero en el consejo divino se resolvió que no recurriría a ellas sino mediante un mandato del amor, amor que deseaba obrar de manera creativa en un hombre totalmente dependiente de él por voluntad amorosa. El amor quiere todo por amor, y no por la fuerza; al grado en que la Sma. Virgen puede decir con razón al Espíritu Santo que es un esposo de sangre, que redujo a Jesucristo a la sangre.

Da sangre y recogerás espíritu, alma mía, porque Aquel en quien moraba el espíritu glorioso, no quiso gozar plenamente de él sino dando enteramente su sangre; espíritu que nos fue dado en plenitud, como dice Juan, hasta que Jesucristo fue glorificado. Jesús no fue glorificado sin antes haber sido crucificado. Fue entonces cuando se creyó en él y cuando se le confesó verdadero Hijo de Dios y Rey de la humanidad. Esta es la grandeza, la sabiduría que conocieron los hombres, a la que son atraídos en él después de su muerte: él mismo

afirmó que se le había dado todo poder en el cielo y en la tierra. Recibió la plenitud de la luz. Murió para no sufrir más. [72]

La esposa, al conocer la admirable pureza que su amado obra en ella cuando la abraza, lo aprieta contra sus pechos a manera de un ramito de mirra, que la hace pura y casta. Dice además: Racimo de alheña es mi amado para mí, en las viñas de Engadí (Ct_1_14). Como si dijera: cuando comulgo y te recibo, recordando tu pasión, me das un amor dolorosamente casto; casi muero al condolerme amorosamente de tus penas, abrazándolas con más gusto que las nodrizas a sus bebés. A diferencia de ellas, mi gusto es mayor cuando te abrazo. Mi amor me excita con tal vehemencia, que a fuerza de correr en pos de él parece morir, o al menos causarme desmayos. Pero, al verme desvanecer, eres para mí un pastel de pasas bajado del cielo, mi verdadera patria. Me iluminas con doble claridad: la primera, con tu sustancia. A manera de vino generoso, reanimas mi espíritu y mis potencias. Bajo el aroma y gusto de la uva no deja de afligir mis sentidos, de suerte que, al hablar de amor, parezco morir y soy resucitada con la ayuda del amor. Cuán bien sabes herir y sanar al alma que amas.

El esposo, admirando la belleza interior y exterior de su esposa, exclama: ¡Hermosa eres, amiga mía! (Ct_1_15). ¡Qué bella es tu alma, mi toda mía, y todas sus potencias! ¡Hermosa eres, tus ojos son como de paloma! (Ct_1_15). ¡Sí, amada mía, eres muy bella, aun en tu cuerpo! Tus ojos son dulces y humildes como los de una paloma sin hiel; me amas con un amor fecundo y santo, reconociendo que las gracias que te concedo proceden de lo alto y así como la paloma, llevada por un instinto que le he dado, después de saciarse, eleva los ojos y el pico a lo alto, [73] obras como ella, diciéndome: ¡Qué hermoso eres, amado mío, qué delicioso! (Ct_1_16). Veo claramente, mi muy amado, que la hermosura que alabas en mí me viene de ti. Es una belleza que participa de la tuya, que te es esencial. De ti se dijo, amado mío: Eres hermoso, el más hermoso de los hijos del hombre (Sal_45_3). Tú eres el esplendor del Padre, la figura de su sustancia, la imagen de su bondad, bondad que te mueve a comunicarme la belleza que alabas en mí. Puesto que deseas venir a mí en calidad de esposo, harás florecer nuestro lecho. Es necesario que la esposa se apropie la cualidad del esposo. Tú eres Jesús de Nazareth, esposo floreciente: Nuestro lecho es florido. Las vigas de nuestra casa son de cedro (Ct_16_17). Los travesaños de nuestro hogar son de cedro. Lo que sostiene nuestros amores suave, fuerte y castamente, es tu divina y altísima esencia, que es fuerte, suave y pura en sumo grado.

En cuanto a ti, amado mío, eres un hermoso manzano que proporciona toda clase de delicias a su esposa. Mis ojos se encantan al mirarte. Todo mi cuerpo reposa en ti, porque, en tu humanidad, eres cual sombra que modera los ardores del sol divino. De este modo, te adaptas a mi debilidad, que se sienta bajo tu protección, ya que nada puede de sí. Te animas con tu amor, que jamás está ocioso. Al abajar tus méritos hasta mí, tu divinidad me penetra íntimamente, mientras que yo reposo a la sombra de tu humanidad. El Verbo unido a ella me da un fruto que es más dulce que la miel a mi paladar: A su sombra apetecida estoy sentada, y su fruto me es dulce al paladar (Ct_2_3).

¡Qué bueno es que te deleites en [74] regalarme con el don especial de la contemplación! Tienes otras amigas a las que permites trabajar en la meditación, como abejas que zumbando de árbol en árbol recogen las flores para elaborar con ellas la miel de sus panales; flores que, ni todas juntas, son dulces por ellas mismas. Es verdad que las dificultades que experimentan al meditar les parecen, con frecuencia, la miel más dulce de su devoción. Es que nada dejas sin recompensa. Nadie tiene derecho a quejarse cuando te sirve, porque tú das a todos lo que les es necesario y el salario prometido al trabajillo que

nos tomamos al servirte, cuyo servicio en nada te es útil, por no tener necesidad de tus criaturas, en cuyo provecho redundan todo. Y es porque tu mirada, que es buena con una bondad soberana, goza al comunicarse.

Lo haces soberanamente en tu divinidad: el Padre contigo y tú con el Padre, comunican al Espíritu Santo toda su bondad y, aunque en esta comunicación los tres se satisfacen plenamente en la intimidad, un exceso de bondad, por así decir, los mueve a salir al exterior para comunicarse a todas sus criaturas, en cuyo medio hay algunas en las que hallan un placer singular para comunicárseles a través de una infusión de amor que sólo tiene igual en su caritativa bondad. Al situarlas en una santa ociosidad, tu amor excita en ellas un sencillo deseo de ti, en el que, por ser débiles, se detienen al cobijo de tu confianza. En este reposo las alimentas de ti mismo. La dulzura no se encuentra sólo en la lengua, [75] sino en lo íntimo del paladar. Deseas que estas almas se abandonen a ti, para concederles el anhelo de su corazón, que consiste en un simple deseo y que, si reitera sus mociones, se deba siempre a un mismo motivo, que se origina en tu Espíritu Santo, el cual, en ocasiones, presiona más al alma para darse a ella, para que lo reciba sin esfuerzo. Así como él es paloma, la urge pidiéndole con gemidos inenarrables que se convierta en paloma en unión contigo, que eres palomo divino y humano. El dulce latir de su corazón la fatiga amorosamente. Por ello se reclina y su amado, contento ante el reposo de su muy amada, se inclina hacia ella para infundir en su paladar, él mismo, la dulzura de su amor, deseoso de que pruebe este sagrado licor. En cuanto ella dice que encuentra su sabor agradable, su amado la levanta y la conduce a su propio interior. Sosteniéndola, la introduce en su bodega de vino, ordenando en ella la caridad: Me ha llevado a su bodega, y el pendón que enarbola sobre mí es el Amor (Ct_2_4). Como si dijera: ¡Ah, pequeña mía! ¿Encuentras de tu gusto la miel del manzano? ¿Las gracias iniciales que te comunico en medio de los campos o de los bosques, cuando estás acompañada? Quiero entregarte la cava de mi vino. Ven, queridísima mía, ven sola a mi bodega. Tiene un gusto que sobrepasa con creces el sabor del manzano. Mi vino te transportará, de suerte que morirás de amor. Si no ordeno en ti la caridad, no querrás vivir más. Quiero que seas mi abanderada; lleva en tu corazón el estandarte de mi amor. Si te hiere y te hace languidecer por mí, él me causó antes la muerte por ti, mi muy amada. Que tu corazón se derrita de amor para que, al entrar yo en él [76], obre en ti una extensión de mi Encarnación; que esta abertura se haga con suavidad: Recibid con docilidad la Palabra sembrada en vosotros (St_1_21). No morirás a causa de ella, amada mía. Cuando hiero, alivio al mismo tiempo. Yo ocupo y doy descanso al alma; yo ofusco los sentidos e ilumino el espíritu. En nuestra cava, que parece oscura, soy luz y respiradero: Resplandecerá en las tinieblas tu luz, y lo oscuro de ti será como mediodía. Te guiará el Señor de continuo, hartará en los sequedales tu alma, dará vigor a tus huesos (Is_58_10s).

¿Acaso piensas, querida mía, que como deseo sacarte pronto de esta vida, te hago sentir la aguda punta de mi amor? Tus sentidos están espantados, por ser incapaces de estas visitas. Se encuentran a oscuras, pero tu espíritu se halla en una luz como la del mediodía, que me has pedido otras veces. Abandónate a mí, y te daré el reposo. Adormécete, amada mía. Este sueño no me impedirá colmar tu alma con mi resplandor; yo cuidaré de ti. No temas que el calor de esta luz los abrase. Soy fuego para ti, pero también frescura. Soy vino, causo ardor, pero deseo ser también para ti agua refrescante. Soy todo tuyo, amada mía, recíbeme Y serás como huerto regado, como manantial cuyas aguas nunca faltan (Is_58_12). Esto impedirá que las llamas de tu propio fuego te consuman. Yo soy la vida, pero también manantial de vida. Te alegras porque soy, al mismo tiempo, flor de los

campos y manzano; pero seré para ti un jardín delicioso, adornado de flores y de árboles frutales que regaré con mi gracia. [77] Reposaré en ti, y serás llamada mi delicado reposo: Si apartas del sábado tu pie, de hacer tu negocio en el día santo, y llamas al sábado Delicias, al día santo del Señor, Honorable, y lo honras evitando tus viajes, no buscando tu interés ni tratando asuntos, entonces te deleitarás en el Señor, y yo te haré cabalgar sobre los altozanos de la tierra, te alimentaré con la heredad de Jacob tu padre (Is_58_13s).

¿Has comprendido bien la lección que mi amor te ha dado? ¿Quieres ser una verdadera hija de Jacob y combatir por la posesión de tu heredad? ¿Deseas en verdad poseer el estandarte de mi amor en medio de tu corazón? Si eres fuerte contra Dios mediante la fuerza que mi amor te da, con mayor razón serás fuerte contra los humanos. Me dirás que has sido golpeada; que como Jacob, al cojear, oscilas. El golpe descubre tu valor. Las llagas de los soldados son su gloria, si al recibirlas, salen victoriosos. La gloria de mis enamoradas se manifiesta en sus aflicciones; cuando sus propias fuerzas desfallecen, las mías las sostienen, así como sucedió en mi Encarnación: cuando se debilitó la subsistencia humana, el Verbo divino fue el apoyo de la naturaleza humana.

Como me has embriagado y desfallezco de amor, siento que languidezco cual si muriera con la dulce muerte de los que aman con un amor más fuerte que mil vidas, lo cual los mueve a exclamar con san Pablo: Deseo partir (Flp_1_23). Pero como es voluntad tuya que siga viviendo en la tierra para servir al prójimo como el apóstol, yo también lo quiero y, para darme fuerza a fin de poder hacer lo que te prometo, confórtame con flores, con manzanas reanímame, que enferma estoy de amor (Ct_2_5).

[78] Quédate conmigo hasta la consumación de mi vida, como un esposo florido. Tú eres la flor de los campos. Llévame en brazos o, en ocasiones, paséame por la extensión de tus perfecciones divinas, para recrearme en el campo paterno en el que te veo plantado cual una flor. Atráeme también al seno de tu humildísima Madre; que te contemple en él como lirio de este valle. Permíteme aspirar su aroma para fortalecerme, y que tu caridad me permita cortar la deliciosa manzana que ya he probado bajo el árbol donde reposaba, de cuya sombra me sacaste para conducirme a la bodega de tan potente vino, que me hubiera hecho morir de amor si no lo hubieras impedido con tus manzanas y flores. Quiero vivir para servirte y trabajar por mi prójimo, pero temo hacer el mal que no quiero, y omitir el bien que anhelo.

Su izquierda está bajo mi cabeza, y su diestra me abraza (Ct_2_6). Niña mía, tienes miedo de ofenderme. Tu temor me complace: es la entrada a mi sabiduría, que viene a ti para enseñarte la manera de prevenir las faltas. No lo hace, sin embargo, a la manera de los maestros humanos, que saben hablar del mal, pero sin dar la fuerza de evitarlo. Yo, en cambio, pongo mi mano izquierda bajo tu cabeza, para comunicarte mis dones y las virtudes. Sólo mi mano izquierda puede impedirte caer y sostenerte en la virtud. Pero a mi amor no le basta; es menester que, con mi derecha, te abrace y yo mismo me comunique a ti; que te adormezca sobre mi pecho y mi corazón. [79] Aspira toda la dulzura que quieras; que la emanación del bálsamo que aspirarás te sumerja en un delicioso sueño. Esto sucede en especial después de la santa comunión, de manera que te pierdes en ti misma. Me dijiste, cual otro san Martín, que estabas dispuesta a vivir con paciencia en la tierra si con ello podías ser útil en mi servicio y en la salvación del prójimo en la tierra. Me agrada tu resignación. Descansa, amada mía, con toda paz. En cuanto a ustedes, ángeles de la Jerusalén celestial, los conjuro por los cervatillos y las gacelas de los campos, aunque se trate de animales veloces, que pasan en un instante, que no despierten a mi amada hasta que

esté satisfecha de su sueño, y quiera ser despertada. Aunque los cervatillos tengan la vista penetrante, y puedan ustedes darle tal penetración que podría ella verme en visiones tan rápidas como los ciervos de los campos, no la interrumpan. Ella goza de un bien mucho mayor: el de mi pura divinidad. No sólo quiero que ustedes la exalten sin tocarla; ella es mi cristífera, o mi ungida. Ella ve claro en mí; yo la convierto en profetisa. Por esta razón, yo os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas, por las ciervas del campo, no despertéis, no desveléis al amor, hasta que le plazca (Ct_2_7). Y, para señalar que es clarividente como una profetisa que conoce bien mi voz: La voz de mi amado. Helo aquí que ya viene, saltando por los montes (Ct_2_8).

La escucho. ¡Oh, la voz de mi amado, que viene a mí saliendo sin salir del seno de su Padre! El amor, que es el Espíritu Santo, lo urge a bajar desde lo más alto para venir hasta mí. El es el deseado de los collados eternos. El Padre desea siempre engendrarlo, y el Espíritu Santo desea recibirlo en la producción que le comunica el Verbo. El es la sabiduría de la que el Padre y el Espíritu Santo se satisfacen. Siempre están deseosos de colmarlo con ella. El sigue siendo su anhelo y el deseado de los collados eternos. Cómo desean el Padre y el Espíritu Santo ver a su santa humanidad ascender a lo más alto de los cielos. Cómo habrá sido acogido por estas dos personas, que estaban del todo unidas al Verbo por esencia, por ser un Dios indivisible.

Si se me permite la expresión, el Padre recibe en esta humanidad un nuevo contento, al verla sentada a su derecha. ¿Quién se sintió más feliz, Jacob o José? ¿Aquel buen padre al ver a su Hijo reinar, o el hijo, que reinaba como un virrey? Si el amor es más grande cuando se abaja, el Padre eterno experimentó un contento superior al que la humanidad podía gozar, porque es mayor el placer de dar que el de recibir. El Espíritu Santo ocupaba, en cierto modo, el lugar de Padre en esta humanidad, por haber obrado la Encarnación en las entrañas de María. Con qué alegría contemplaría al Salvador. El Espíritu Santo siente una complacencia singular al ver a Jesús glorificado. Como dijo el Salvador: El Espíritu que procede de mi Padre me glorificará, porque él recibe de mí su producción.

[81] Ustedes recibirán abundancia de gozo y de dones cuando yo sea glorificado. Jacob perdió la alegría desde que supo que José había sido devorado por una bestia feroz que figuraba la envidia. Lo añoró hasta que supo que estaba en Egipto, ocupando un puesto tan honroso. Su espíritu se perdió junto con José, muriendo con la muerte imaginaria de su hijo. Pero en cuanto supo que José vivía, resucitó; en cuanto le vio, fue tan grande su gozo, que dijo que moriría contento porque había vuelto a ver el rostro de José. La muerte, que es la nueva más triste para la humanidad, a causa de la separación que ocasiona, no entristeció a Jacob: José era su vida, su grandeza y su gloria: ni la total oscuridad del limbo pudo ensombrecerlo cuando descendió, feliz, a él.

Glorioso Espíritu Santo, no fue una falsa noticia que tu Jesús, tu José, fue devorado por la envidia: murió en verdad, vendido por uno de sus hermanos, en tanto que los otros le dieron la muerte, de la que resucitó para ser nombrado y confirmado Señor de todas las criaturas, no por Faraón, sino por su Padre. El llevaba, y sigue llevando en sí mismo, el trigo de los elegidos.

Nada de esto era desconocido a tu presciencia divina; pero como se dice con razón que te contristamos cuando hacemos algo en contra de tu voluntad en el alma, permite que diga que recibiste tu gozo en la humanidad gloriosa. Al contemplar su rostro desfigurado transformado en rayos de gloria, sentado a la derecha divina, unido a la segunda persona, la misma segunda persona, ya que las dos naturalezas conforman una sola persona; ¿Qué dices al abrazar a este Salvador como Hijo del Padre? Lo estrechas junto con su Padre, por

ser su amor infinito. Tú eres el abrazo de las dos personas, su centro y el término del amor divino. Por ello dijiste a la sagrada humanidad, cuyo Padre eres: Goza de la parte que he ganado para ti al vencer a Satanás, el príncipe de este mundo, en tu santa humanidad. Yo combatí en el desierto, al que te llevé para que fueses tentado y vencieras a tu tentador. La heredad que le arrebaté es la humanidad; te pertenece. ¡Ah, cómo gozo en tu gloria, en tu felicidad! Descenderé gozoso al Cenáculo sobre tus apóstoles. Bajaré con gusto al infierno, es decir, a los pecadores, para establecer en él un paraíso el día de Pentecostés. Lo haré en Pedro, al que llamaste Satanás, y que era como un infierno, por ejercer su oficio: porque, ¿cuál es la ocupación de los infiernos, sino la negación? ¿Y qué hizo san Pedro la noche de la Pasión, sino imitar a los poderes de las tinieblas, negando a Jesucristo? Yo transformaré a este renegado en confesor y en un predicador tan admirable, que convertirá miles de pecadores, que llegarán a ser como infiernos convertidos en paraísos. Yo cambiaré su tristeza en alegría. ¡Reina, mi José! ¡Triunfa, Jesús, Cristo verdadero! Tú has perdonado a todos tus hermanos, dejándoles tu cuerpo en calidad de festín. Jamás recuerdes lo que te hicieron. Yo soy Amor para ellos: yo ruego en ellos con gemidos inenarrables; tú eres glorificado; yo les soy dado en abundancia.

[83] Y la esposa, ¿carece de razón al velar, para poder así escuchar la voz de su amado, sin perderla de vista, al igual que el Padre y el Espíritu Santo, quienes se deleitan al contemplarlo? Si no estuvieran unidos a él, dejarían el cielo para venir a verlo en la tierra, ya que rebasó los collados angélicos, para tomar, no su naturaleza, sino la naturaleza humana. Es el reloj de sol que retrocedió nueve líneas o coros, para detenerse en la décima después de su carrera. Lo hizo a la manera de un corzo o de una cría de cierva: lo hizo de un salto, pero ¡qué salto!: Como un esposo que sale de su tálamo, se recrea, cual gigante, corriendo su carrera A un extremo del cielo es su salida (Sal_19_6). ¡Ah, lo veo! Contemplo al sol de amorosa bondad y verdadera justicia, que es el verdadero Hijo o Palabra de Dios. No es un ángel, sino él mismo: Detrás de nuestra cerca, mira por las ventanas, atisba por las rejjas (Ct_2_9).

Contemplo esta luz soberana y divina, que se difunde por sí misma, por no tener necesidad de apoyo, dispuesta a darme sus gracias. Ella se oculta, escondiendo su resplandor divino tras el muro de nuestra humanidad, que le sirve de baluarte; pero este fuerte ha sido destruido por el hierro o, mejor dicho, por el cañón del amor. Por estas brechas y sus ventanas, lo contemplo en su divina claridad; pero al ver que mi vista es suficientemente fuerte para percibirlo por las hendiduras de la pared, su cuerpo se asemeja a un enrejado. Desea tomarme por sorpresa y ver si en verdad lo amo o si mi afecto va tras las criaturas cuando él parece ausentarse o esconderse de mí.

Después de obrar como los ciervos que se alejan, pareció temer que mis afectos lo presionaran de tal modo, que se viera acosado por ellos. [84] Tomó medidas, cambiando o transfigurándose: dejó el disfraz de ciervo por el de sol. Intenté ser como una perrita y correr tras él. Quise ser saeta para herirlo. Intenté cazarlo, pero inutilizó mis ardides. ¿Cómo puede una perrita alcanzar el sol? Mis flechas no pueden llegar hasta él. No está expuesto a ellas por hallarse tan elevado en el seno de su Padre, firme y de pie, como lo vio san Esteban detrás del muro de su humanidad. Desde esa fortaleza, me observa por los huecos de las almenas, traspasándome con sus rayos, que son como saetas que me hieren, causándome heridas tan deliciosas como dolorosas y una seducción aun mayor cuando me tira sus dardos, sabiendo muy bien que nadie sino él, puede curarme. No deseo sino a él. Lo escucho en cuanto me llama: Empieza a hablar mi amado, y me dice: Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven (Ct_2_10). ¿Quién me habla? Soy yo, querida mía; soy yo, tu

verdadero y fiel esposo. He visto, entre las rejas de la celosía, que me eres fiel; que nadie sino yo es escuchado y amado por ti. Conoces mi señal y mi voz, como mi paloma. No sientes otros dardos sino los míos, que te atraen y elevan a lo alto. Levántate pronto, mi toda mía. Corresponde a mi amor nupcial, que te hace fecunda como una paloma en la sencillez de tu acción, que se hace efectiva en mí. No tienes dardos; mi saeta no te aflige. Yo soy la sabiduría que te hermosea, hermosa mía (Ct_2_10). Te pareces a mí. Juntos formamos una unión, es decir una unidad. Me entrego a ti con mi claridad sustancial. En tu delicadeza, sientes un exquisito placer que te penetra toda en medio de la paz, así como el sol en la aurora: Mira hacia Oriente, Jerusalén, y ve la alegría que te viene de Dios (Ba_4_36). Recibe en ti esta luz. Tú misma eres luz. [95] Sean dos enamorados en un sol y una aurora. Produzcan un mismo día, iluminen una misma atmósfera.

¡Gran sol! Produce tus rayos en esta aurora: cuán admirable es la generación de los castos en medio de tu luz. Su memoria es inmortal (Si_43_1). Como con Dios, hecho hombre, se consuma la unión de este matrimonio. El está ahí, presente, excitando divinamente a su esposa a reciprocarse castamente los movimientos de su corazón. Mientras más parece comunicarse esta sabiduría, tanto más la esposa anhela esta comunicación, la cual la constituye reina, es decir, divina por participación. El esposo le transmite su misma condición.

¡Oh, mi Jesús! Tú eres su corona inmaculada y perenne. Tú eres su aureola y corona de virginidad. Triunfas en ella por encima de todo lo que es impuro y contaminado. Tú obtienes el premio, por ser el vencedor de un casto amor. La constituyes igualmente triunfadora sobre todo lo que es la carne. Ella obtiene el premio de la pureza, y es toda hermosea por ti. Ella produce flores, porque en ella germina tu simiente, que sembraste en ella; en un instante, Aparecen las flores en nuestra tierra (Ct_2_12). Nuestros dos [86] Somos uno por nuestro matrimonio: Llegó el tiempo de la poda (Ct_2_12). ¿Qué quieres decir, querido amor? El tiempo de cortar para dar un fruto mayor, ha llegado. Estas flores se han abierto; que sean cortadas para llenar la Iglesia con aromas perfumados; que los mortales aspiren su fragancia.

Que la abundancia de nuestro matrimonio produzca una savia que se injerte en los árboles silvestres de los hijos del mundo; que los frutos de nuestro matrimonio animen, de manera semejante, a tantos pobres miserables apegados a las bajezas del siglo, los cuales cometen actos más brutales que las bestias, apartándose de las relaciones y uniones más elevadas que las de los ángeles, las cuales llevan a la unión, es decir, a la unidad de sustancia con la divinidad, sobre todo en la recepción del Smo. Sacramento, que es una extensión de la Encarnación que se obra en los hijos de Dios.

La tórtola, el cuerpo que, mediante el voto de castidad, sólo reconoce en la tierra a Jesús, es escuchada por los oídos de la santa humanidad; de esa humanidad que se une a ella de nuevo cada vez que comulga. En la comunión produce el germen de inmortalidad, la simiente de la gloria que el cuerpo posee un día. ¿Por qué se piensa que Dios honra los cuerpos de los santos, si no es mediante este contacto? Como despreciaron la corrupción de la carne y de la sangre, Dios no permite que vean la corrupción en sus cuerpos, aun después de su muerte. Algunos son tan incorruptibles como arcas de madera preciosa, en las que reposó la vara de Aarón, figura de la virginidad que es posesión del verdadero sacerdote, Jesucristo. Los esposos del mundo pierden la flor de su virginidad en la consumación de su matrimonio, lo cual no sucede en este matrimonio sagrado. [87] Las esposas florecen, porque el esposo es todo florido: él hunde sus mismas raíces en sus esposas como signo de que sus flores jamás se marchitarán. Santa Dorotea lo sabía muy bien cuando se dirigía al

martirio. El ángel lo confirmó a través de las que condujo al cielo, que produjeron la bella rosa del martirio, según los escritos de San Teófilo. Florece el justo como la palmera, crece como un cedro del Líbano. Plantados en la Casa del Señor, dan flores en los atrios del Señor Dios nuestro. Todavía en la vejez producen fruto, se mantienen frescos y lozanos, para anunciar lo recto que es el Señor nuestro Dios; mi Roca, no hay falsedad en él (Sal_92_13s).

Cuando la esposa se une a su esposo, es una bella palma florida; aun cuando sólo le permitiera verla en visión, estaría llena de flores. Su acción de amor mutuo es tan puramente alta, y tan excelsamente pura, que se compara con el cedro del Líbano. Sin embargo, esta acción es reiterada mediante la acción mutua y la fusión íntima. Los esposos son cedros y águilas. Se penetran hasta la médula, penetración que realizan como un festín mutuo. Ambos son como dos niños, pero con uso de razón, de suerte que están adheridos a los pechos de la divina bondad, que es antigua y siempre nueva, la cual los hace jóvenes en ternura y ancianos en sabiduría. Están en el seno del Padre, que, urgido divinamente por su puro amor, se deleita en alimentarlas con su leche.

Jesús es como José, como ya dije antes: castísimo y bellísimo cual trigo de los elegidos y vino que engendra vírgenes. [88] Es tan bello, que sus alas vuelan sobre estos muros, apasionado con un puro amor, elevándose por encima de ellos mismos, es decir, por encima de los ángeles, que son los muros que los guardan y que admiran la belleza del esposo. Magdalena se enamoró al contemplar la belleza de su amado. Sin dignarse mirar a los que participan de su belleza, codició la esencial: la de su Señor y Maestro. Si los ángeles pudieran ser capaces de envidiar, a pesar de la grandeza y la excelencia de su naturaleza, codiciarían nuestra felicidad, es decir, a nuestro José. Antes de que el Verbo se encarnara, no envidiaban nada sobre la tierra; pero desde que contemplaron al más bello de los hijos de los hombres, pudieron haber envidiado, al que hace las delicias de su Padre, al que llevaba en sí todas las bendiciones del cielo y las de los abismos: Bendiciones de los cielos desde arriba, bendiciones del abismo que yace abajo, bendiciones de los pechos y del seno (Gn_45_25s).

El fue el deseado, como ya dije. El fue el verdadero Nazareno por encima de todos sus hermanos. Su belleza mueve a las jóvenes a sufrir el martirio, sobrepasando sus fuerzas naturales. Aun las que son más tardas en amar, se adelantan a servirlo: Echa la higuera sus yemas (Ct_2_13). Las enamoradas más fértiles son como las viñas: dan un olor suavísimo. Ellas hacen desear la cercanía de este esposo a las demás, al contrario de las astutas serpientes, que se arrastran sobre la tierra.

Esta es la razón por la que el esposo llama a su amada: [89] Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven (Ct_2_10). Amor mío, no te apegues a las bajezas de la tierra; he puesto enemistad entre ti y la serpiente, que se arrastrará sobre la tierra, para castigarla por lo que hizo a la mujer. La sencillez no volverá a ser engañada por ella. Levántate, paloma mía, ven a las oquedades de la piedra, a la caverna y cobijo de mi costado abierto, que es un agujero de piedra viva en el que vivirás con seguridad. Introdúctete en mis llagas, mora en mí. Exclama, con Job, que morirás en tu nido, y como la palma, multiplicarás las victorias. Ven a gozar de mi amor en mi propio corazón, en el que he reunido todas mis acciones, que tienen un mérito infinito, para unir las a las tuyas. Gime, paloma mía, bate las alas de tus afectos. El sol de mi divinidad, caerá sobre tu pecho en plenitud, porque todo lo mío es tuyo. Encenderá un fuego en el que arderás, para vivir y multiplicarte cada día, pero reviviendo siempre con mi única vida. Cuán bueno es, querida mía, arder en mis llamas aromáticas. ¡Cuánta es la diferencia entre los que arden en las fétidas llamas de la

concupiscencia, a las que se sigue la muerte! En mis llamas, sin embargo, se produce la vida nueva de una divina y santa resurrección. Mi esposa debe, como yo, buscar las cosas del cielo, como dice el apóstol: Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. [80] Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él (Col_3_1s).

OG 6 c TRATADOS : DE LOS CUATRO SAGRADOS MATRIMONIOS, 1629

OG-06c Tratado de los cuatro sagrados matrimonios 1629. Primer matrimonio.

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas. Dijo Dios: Haya luz, y hubo luz, etc. (Gn_1_13).

En el principio Dios creó el cielo, al que tomo aquí como los ángeles, y la tierra, que para mí representa la humanidad. Dios creó espíritus angélicos que fuesen como cielos, dándoles por morada el cielo empíreo, en el que les ha manifestado su gloria por ser entendimientos puros.

La tierra representa la naturaleza humana, que estaba vacía. Como no se encontraba confirmada en la justicia original, perdió muy pronto tan preciado tesoro. Nuestra pobre naturaleza era incapaz de producir acción alguna que mereciera la vida eterna, a causa del pecado que le arrebató la gracia. Después de haber desobedecido a Dios, se encontró en un abismo de desdichas [2] y las tinieblas cubrieron la faz creada a imagen y semejanza de la divina belleza, haciéndola espantable.

El Espíritu de la bondad divina, considerando nuestra naturaleza inconstante y mutable como el agua, quiso ser él mismo su dique, su peso y su término. Movidó por su propia inclinación, se dirigió a ella para cernirse y volar sobre su superficie. El Espíritu del Señor se movió sobre las aguas. El Espíritu del Señor vuela sobre las aguas. El Padre, movido por un deseo paternal suyo, envió a su Hijo, el cual tomó nuestra naturaleza para morar entre nosotros. A su vez, el Espíritu Santo voló hacia la humanidad para accionarla y darle efectividad.

La Santa Trinidad acordó en consejo: Que una de nuestras personas, a saber, la segunda, que es sabiduría y esplendor del Padre, figura de su sustancia, imagen de su bondad, claridad purísima y omnipotente, movida a piedad hacia esa pobre naturaleza, se haga hombre en la plenitud de los tiempos. Como dicho Consejo era sapientísimo y lleno de bondad, tuvo su efecto santísimo [2°]. Se pronunció una divina palabra: Haya luz (Gn_1_3), a favor de la humanidad. Y hubo luz (Gn_1_3). Que se haga la luz sobre la naturaleza humana. Que el Verbo divino se haga carne en las entrañas de María, que es un abismo de humildad. El Espíritu Santo, por inclinación, quiso descender hasta ella, que mediante el voto de virginidad parecía una tierra yerma, debido a que no deseaba conocer

varón. María se había dedicado a la divinidad, la cual sobrevoló su mar y derramó en ella el rocío divino. En cuanto María abriera sus labios para decir: Fiat, el Verbo se haría carne para habitar entre nosotros. Al tomar nuestra naturaleza, nos daría la suya. Su hipóstasis sería la única en tener dos naturalezas, que integrarían eternamente una sola persona: Jesucristo, Dios y hombre. He aquí un matrimonio admirable y eterno, en el que Dios no sólo une a las criaturas, sino que él mismo se une a su criatura mediante la unión hipostática, de manera que Dios se hace hombre y el hombre, Dios: y hubo luz. Vio Dios que la luz estaba bien, y apartó Dios la luz de la oscuridad (Gn_1_3s).

Dios, al ver que la luz del Verbo era buena hasta la excelencia, y que merecía estar separada de las tinieblas, dividió la luz de la oscuridad. La justicia exigió un tributo, que el Verbo divino tuvo a bien pagar con su alma santísima y su cuerpo sagrado. Esto significa que, a pesar de que su alma bendita gozaba en su parte suprema de la visión beatífica de la gloria, contemplando su divina esencia, la parte inferior estuvo sujeta al sufrimiento y al poder de las tinieblas, como lo afirmó el Salvador el día de su Pasión. A pesar de ello, ni su alma ni su cuerpo estuvieron jamás sujetos al pecado ni a la imperfección de la ignorancia; no a la culpa, sino a la pena, de la que Jesucristo hizo elección.

Después de obrar esta división, Dios llamó a la luz día (Gn_1_5). Sin confundir las sustancias, Dios realizó la admirable e inefable Encarnación. La naturaleza divina fue llamada día, y la naturaleza humana, noche.

Dijo Dios: Haya un firmamento por en medio de las aguas. (Gn_1_6). Que en medio de las aflicciones, que llegarán hasta la parte inferior del alma, exista el firmamento; es decir, que [3] dicha alma, en su parte superior, contemple en todo momento la esencia divina; que ni las tristezas de su parte inferior, ni los tormentos del cuerpo, la distraigan jamás de ella. Y apartó las aguas por debajo del firmamento (Gn_1_17). Dios supo obrar esta maravilla en la unidad de la persona de Jesucristo: su alma gozaba en su parte superior de las aguas del manantial abundante y viviente a la que estaba unida, al mismo tiempo que la parte inferior sufría la impetuosidad de las aguas de las contradicciones, es decir, los pecados del mundo, que entristecieron su alma hasta la muerte. El pecado cometido contra Dios es aborrecido por Dios, por oponerse a su esencial y soberana bondad.

Después de la resurrección, el cuerpo y el alma de Jesucristo fueron convertidos en firmamento. La divinidad transformó las aguas amargas en torrente y océano de delicias. De este modo, la humanidad recibió el atributo de la impasibilidad: Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más (Rm_6_19). Jesucristo es un cielo. Es cielo de los cielos y posesión del Señor. Por esta razón, la plenitud de su divinidad mora en él.

Dios quiso que las aguas de las perfecciones esenciales y divinas estuviesen contenidas en Jesucristo, Dios y hombre; y que, de manera eminente, poseyera las de toda la creación en plenitud. Dispuso además que, de su plenitud todos los ángeles, la humanidad y las demás criaturas [3°] recibiesen de él todo cuanto tienen. El es cabeza de los ángeles y de los hombres. El es el grande y espacioso mar del que nacen los ríos, y al que vuelven pasando por el canal que está adherido a él: la gloriosa Virgen, su santa Madre, que es el cuello de la Iglesia y por cuyo medio reparte sus gracias a todos los miembros de su cuerpo místico.

Hizo Dios dos luceros mayores; el lucero grande para el dominio del día (Gn_1_16). Este gran astro es Jesucristo. Juan nos dice que él es la verdadera luz, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, confiriéndole por sí mismo la gracia, que es como la luz del día. El lucero pequeño para el dominio de la noche, y las estrellas (Gn_1_16). La

luminaria menor es la Santa Virgen; pequeña, porque ella es una simple criatura en comparación con Jesucristo, que es creador antes que criatura. La Virgen nos ilumina mediante sus intercesiones, obteniéndonos la gracia de su Hijo cuando estamos en la noche del pecado. Es ella la que pide a su Hijo que nos ilumine. [4] Como es Madre de misericordia, tiene piedad de los pecadores. María no desempeña el oficio de juez, sino el de abogada, al que la invitan los santos, que son astros que piden también por nosotros. Ella es la medianera, después de Jesucristo y por encima de los santos. Ella es la mujer que apareció a San Juan como una gran señal en el cielo, revestida de sol en su Asunción y rodeada de la gloria de su Hijo cuando lo llevaba en sus entrañas virginales. Ella era la novedad que contempló el profeta Jeremías sobre la tierra: una mujer circundando a un varón y siendo portadora del verdadero Hombre-Dios, que es causa de su gloria. Todos los santos la reconocen como la Madre del Santo de los santos, el cual la santificó mediante un privilegio especial y por los méritos de la sagrada humanidad que tomó en ella. El la hace coadjutora suya en la redención, y desea que todos los santos, al verla tan humilde y cercana a su trono, coloquen sus coronas sobre su cabeza, la cual inclina ella a los pies de Jesucristo, por ser la más próxima a los afectos de su Hijo, simbolizados por los pies.

Ella tiene la luna como escaño, porque siempre se mantuvo constante en la gracia. La luna a sus pies significa que posee [4] una singular inclinación y un grandísimo afecto para incrementar en nosotros la benigna influencia de todas las gracias que su Hijo nos concede por su medio, por ser la tesorera. A María, su santa Madre, da en totalidad; a los santos y santas, por parcelas. Todos los ríos proceden del mar. María es un mar, y a ella vuelven. Jesucristo es el mar por naturaleza. De él derivan todas las gracias, y la Virgen es un mar por participación o privilegio para hacernos el bien y, con preferencia a los demás, a las esposas de Jesucristo.

Que sus esposas se alegren con plenitud. Tienen un esposo cuyo Padre es el Dios de toda consolación, y cuya Madre es Virgen, más pura que toda otra criatura. Que consideren cuán incomparable es su esposo, que es el Hijo de Dios. Y que le rueguen tenga piedad de las que no tienen esta gracia, sabiendo que gracias a la bondad y la caridad de Dios son esposas del Rey de los reyes. Que atraigan a otras jóvenes, diciéndoles ardiente y verdaderamente: Si conocieran al esposo que he escogido, y las grandezas y placeres que [5] experimento al tenerlo por esposo. Si conocieran el don de Dios y quién es aquel de quien hablo, lo buscarían y les sería dado. El es un campo sembrado de flores perfumadas y el aliento que procede del seno paterno, un hálito tan poderoso, que puede confortar y dar vida al alma, aunque haya muerto. Jesucristo, mi esposo, es tan dulce y benigno: Bienhechor, incoercible, amigo del hombre, firme, seguro, sereno, que todo lo puede, todo lo observa, penetra todos los espíritus, los inteligentes, los puros, los más sutiles. Porque a todo movimiento supera en movilidad la Sabiduría, todo lo atraviesa y penetra en virtud de su pureza. Es un hálito del poder de Dios, una emanación pura de la gloria del Omnipotente, por lo que nada manchado llega a alcanzarla. Es un reflejo de la luz eterna, un espejo sin mancha de la actividad de Dios, una imagen de su bondad. Aun siendo sola, lo puede todo, sin salir de sí misma, renueva el universo: en todas las edades, entrando en las almas santas, forma en ellas amigos de Dios y profetas, porque Dios no ama sino a quien vive con la Sabiduría (Sb_7_23s). ¿Acaso las cualidades de mi Jesucristo, dejarán de atraer a los corazones? Su poder y su fuerza residen en su dulzura. Es humano y benigno; jamás cambiará. Es un amigo fiel y seguro por siempre. Posee todos los tesoros y los atributos de su Padre, para compartirlos con su esposa. Siempre la contempla, lo mismo que sus obras, para darles su recompensa, lo mismo que a sus pensamientos. El comprende

todos los espíritus, mereciendo además cautivarlos con sus atractivos. Se da en participación a su esposa, concediéndole sutiles inteligencias, inocentes y purísimas. El amor que obra en él mueve nuestros corazones para amarle. El ha llegado a lo más íntimo de nuestros espíritus mediante la pureza de su rayo, tan ardiente como brillante; ardor que refresca, sol que no ofusca los ojos de su esposa cuando lo mira con una simple mirada, es decir, con rectitud de intención. [5°] Se trata del ojo sencillo que el Salvador exige en el Evangelio, ojo que ilumina todo el cuerpo. El amor obra la semejanza. El amor exige la unión, es decir, la unidad. Como la belleza y la bondad son tan amables, no es de admirar que Salomón hable de sus afectos a través de la esposa.

Al pedir la Encarnación, La Iglesia, deseosa de que la sabiduría que procede de la boca del Altísimo se digne llegar personalmente a nuestra naturaleza, exclama: Me besaré con un beso de sus labios (Ct_1_2). Padre Eterno, envía al Verbo. Bésame con el beso de tu boca, para que pueda saborear la dulce leche de tus pechos. Danos al Emmanuel, para que coma leche y mantequilla; que una nuestra humanidad a tu divinidad; que venga a borrar el mal que es el pecado, y nos conceda el bien. Cielos, derramen su rocío, etc. (Is_45_8). En cuanto a mi voluntad, nuestra pobre naturaleza sugería el deseo de que los cielos se derritieran para que el Verbo divino, como un rayo deslumbrador, se llegase hasta mí. Que redujese a la nada el soporte humano, para no ocuparme más de él, [6] dándome a cambio el divino; que obrase un Hombre-Dios sostenido por bases de oro, para que nuestra naturaleza fuera eternamente unida y apoyada cual piernas de mármol sobre esta base de oro, y poder así contemplar esta nueva maravilla sobre la tierra: La mujer ronda al varón (Jr_31_22).

Gran Dios, ¿hasta cuándo permitirás a esta naturaleza vagabundear en medio de tan engañosas delicias? ¿Es que no ves que se disuelve, que sus pensamientos no se detienen? Busca una bella Ester que te agrade. Retracta la sentencia sin apelación que parece haber dictado: que tu espíritu no moraría en el hombre por ser carnal, y porque, además, toda carne ha corrompido su camino. ¿Acaso te niegas a concedernos al santo de los santos para mirar nuestra corrupción? Contempla a María, cuya naturaleza nunca se pervirtió. Ella es la perla sin par que fue preservada por tu gracia, sin recibir el agua del mar que penetra en todos hijos de Adán, el pecado original; derrama en ella tu rocío divino, envía tu poder; muestra que has sido vencido por una mujer, lo cual aumentará tu gloria. En ella tu amor se manifestará con mayor excelencia; fortalece nuestra debilidad; encuentra tú mismo en María a la mujer fuerte, cuyo precio sólo tú puedes calcular. Confíale a tu Hijo; su seno virginal es capaz, mediante la gracia, de retener a este Unicornio que [6°] está fuera del alcance de los hombres, en cualquier tipo de cacería que emprendan. La Virgen es la montaña santa, la Sión amada del divino Verbo: Y construyó su santuario como el unicornio, como la tierra que fundó por siempre (Sal_77_69).

¡Bendígate el Señor, oh estancia justa, oh monte santo! (Jr_31_23) Bendita seas, María, por el Señor, que preservó en ti la belleza de la justicia original; bendita seas, llena de gracia; el Señor está contigo;

OG-06c Tratado de los cuatro sagrados matrimonios 1629. Segundo matrimonio.

Recibe esta embajada que es la más venturosa que jamás se haya hecho, porque trata de un matrimonio divino que será indisoluble; jamás dejará el Verbo lo que toma mediante la unión hipostática, que es nuestra naturaleza. No temas, el Espíritu Santo vendrá sobre ti y

te cubrirá con su sombra. El Verbo divino, que es fuego, no producirá en ti sino ardores sagrados, cuyo ímpetu mitigará el Espíritu. Tu alma, derretida ante la palabra omnipotente, será recibida y preservada por el Espíritu Santo. Así como fuiste casta en tu concepción y pura e inmaculada durante tu estancia en el templo, di también que al recibir al Verbo eres virgen; entrégate a él sin miedo; ámale con todo tu corazón. Al llamarte sierva suya, eres constituida [7] reina, hija, madre y esposa. En esto cifro nuestra dicha: Y el Verbo se hizo carne para vivir entre nosotros (Jn_1_14). Hete aquí cual nueva Jerusalén, más feliz que la antigua; tienda de Dios en medio de la humanidad y novedad en la tierra: La mujer ronda al varón (Jr_31_22).

¿Y tú, amable Jesús? Te haces cautivo por amor. Hete ahí encerrado en el seno de una virgen. Los cielos no pueden contenerte, y una virgen te abarca. ¿Qué rescate pagarás? Sólo podrás liberarte pagando el precio de ti mismo. Como somos hijos suyos, no deseamos optar por una alianza inferior. Nos gloriamos de tener, por medio de María, un familiar tan grande como el Hijo de Dios. También deseamos serlo, porque la caridad incomparable de tu Padre desea que seamos llamados hijos suyos, y que lo seamos como herederos contigo: Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único (Jn_3_16). El quiso dártelo, Virgen, santa, esposa toda pura y sin mancha. Jesús mío, tu Padre te entrega a nosotros, no para juzgar al mundo, sino para salvarlo por ti mismo, para darnos la vida de la gracia y después la de la gloria. La vida eterna consiste en conocer a tu Padre y a ti, [7°] que eres su enviado. Sal, querido enamorado, de este lecho nupcial y virginal, alegre como un esposo; la Virgen consiente en ello. Ella sabe que eres un sol, y que nadie será privado de tus calurosos rayos, a menos que la malicia de su obstinación te cierre la entrada.

OG-06c Tratado de los cuatro sagrados matrimonios 1629. Tercer matrimonio.

Mi muy amado, veo en verdad que has venido a morar con los tuyos, y que ellos no te recibieron: vino a los suyos y no lo recibieron (Jn_1_11). No dejes de hacer la elección de una tercera esposa, que es la Iglesia. La llevó a cabo al elegir a los apóstoles, a quienes, como a los que le reciben, fue dado el poder y el privilegio de ser hijos de Dios. Ellos fueron elegidos por el amor del Padre, porque nadie va al Hijo si el Padre no lo atrae. La voluntad de la carne no los atrajo, porque era necesario ser llamados por el Espíritu y vivir según él. El llamado de la sangre no era benéfico para ellos, como se lo indicó el mismo Salvador: [8] No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber? Dícenle: Sí, podemos. Díceles: Mi copa sí la beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado por mi Padre (Mt_20_22s).

Como diciéndoles: No piensen que, por ser primos míos, les concederé los primeros lugares; ¿pueden beber mi cáliz? y aunque lo beban, no es de mi incumbencia, como pariente suyo, darles un sitio a mi derecha, sino de mi Padre, que no tiene acepción de personas. Cuán cierto es que el Espíritu sopla donde quiere: El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu (Jn_3_8). En otra parte dice: ¿Quién es mi madre, mi hermano y mi hermana? Todo el que hace la voluntad de mi Padre (Mc_3_33s). ¿Acaso piensan que sólo se les dará el nombre de hija o hijo? Será un nombre de mayor dignidad. Mi Padre implantará su voluntad en el alma, y ella no será ya sino una misma voluntad con Dios. Todo el que se adhiere a Dios es hecho un mismo espíritu con él. Por esta razón, la esposa debe

permanecer unida al esposo. Quien se adhiera a él y se pierda a sí mismo, debe dejar todas las cosas y recordar las palabras del Génesis que [8] repitió Jesucristo acerca de la necesidad de que el esposo deje al padre y a la madre para unirse a su esposa: Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne (Gn_2_24). Si el esposo debe hacer esto, con mayor razón la esposa. Por ello Jesucristo, al llamar a sus apóstoles, les exige que dejen todo: padre, madre y hasta sus redes, porque deseaba iniciar el tercer matrimonio, que realiza con la Iglesia. Para mostrar los preparativos para las bodas, dijo a los que murmuraban porque sus apóstoles no ayunaban: ¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos? Mientras tengan consigo al novio no pueden ayunar (Mc_2_19)

Se nos muestra, de este modo, el amor del soberano esposo que pretende desposar a la Iglesia. En cuanto él declara su linaje, el Padre eterno lo confiesa como Hijo y heredero universal de todos sus bienes. Tomando como testigos a Moisés y Elías junto con san Pedro, Santiago y san Juan en la Transfiguración, manifiesta la gloria que posee; alimenta a cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los hijos; resucita a unos, ilumina a otros y da salud a los leprosos: Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven, los cojos andan. Dichoso aquel que no se escandalice ante tu amor, mi buen Jesús. San Juan Bautista sabía muy bien que tú eras el esposo, y que tenías una esposa destinada para ti. El se llamó a sí mismo amigo del esposo.

Desposó a la santa Iglesia cuando estuvo en el templo, repudiando a la sinagoga, la cual había imitado a Vashti, desconociendo el honor que Jesucristo, más noble que Asuero, le concedía al invitarla a ser la primera. El dulce amante, lloró por ella, movido a compasión al considerar que ella sería homicida de su propio esposo y parricida, es decir, deicida, privándose de la vida con la muerte eterna. Rechazó la vida del Salvador, que se la ofrecía. Rechazó su banquete, negándose, además, a ser suya. El sufrió más ante la pena de perderla, que ante el desprecio que ella le demostró. Nada perdió con ello. La fuente no recibe daño alguno cuando alguien se acerca a sacar agua de ella, porque no deja de correr. En ti, mi buen Jesús, se encuentra la fuente viva y poderosa que mana de tu Padre; eres fuente de vida en ti mismo; eres Dios, y no tienes necesidad alguna de tus criaturas. El Espíritu que procede de tus dos personas es designado como [9] fuente viva y fuego de caridad; caridad que te mueve a amar a tus criaturas para comunicarte a ellas con una comunicación tan excelente, como la de un esposo con su esposa: Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás al Señor. Y suceder aquel día que yo responderé, oráculo del Señor, responderé a los cielos, y ellos responderán a la tierra; la tierra responderá al trigo, al mosto y al aceite virgen (Os_2_21s).

Todo lo anterior se llevó a cabo hacia el fin de los días mortales del Salvador. Juan dijo: Jesucristo, sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, les dio, al final, el signo más grande, porque sabía que el Padre le había puesto todo en sus manos (Jn_13_1s). Quiso, por ello, ofrecer la cena y, después de ella, darles él mismo el don infinito que procedía de un amor infinito: quiso hacer el banquete de sí mismo deseando, antes de darse en alimento, lavar los pies de los discípulos, en un servicio que era el más bajo que se asignaba a un sirviente. Los pies de Judas fueron los más indignos [10] y advenedizos que jamás había soportado la tierra. Cuán cierto fue, mi buen Jesús, que el que estaba a tu mesa para comerte, verdadero pan de vida, levantó el talón para traicionarte, entregándote a tus enemigos.

Aun así toda su malicia pareció multiplicar en tus entrañas actos de bondad. Esposo apasionado, perdona mi atrevimiento al preguntar hasta dónde te lleva el amor. Los serafines tienen razón cuando velan su rostro ante tu grandeza y los pies ante tu voluntaria humildad, como no comprendiendo ni tu humildad, ni tu sublime majestad. Sólo les quedan las dos alas de en medio para volar. Su vuelo se detiene en el amor; el amor que es tu peso: donde él te lleva, ahí te diriges. Te veo ahora como el espectáculo de Dios, tu Padre, de los ángeles y de los hombres: Salid a contemplar, hijas de Sión, a Salomón el rey, con la diadema con que le coronó, no su Madre María, sino su humildad, a la que puede llamarse de ese modo en el día de sus bodas, el día del gozo de su corazón (Ct_3_11). Salgan, ángeles de la Sión celestial; salgan, almas fervientes, fuera de ustedes mismos para admirar al rey de Salomón a los pies de Judas, a quien no sólo lava, sino besa. Contemplan esos pies colocados sobre la cabeza del Salvador, admirándolos cual valiosa diadema para el rey de reyes. La humildad y la caridad son causa de que él reciba esta corona o diadema en los días de sus bodas, de su alegría y de los deseos de su corazón. Contémplo humillándose y anonadándose a sí mismo tomando la forma de un servidor, el más despreciado de todos. Véanlo como al pie de la Cruz, ya que Judas fue para él la cruz más grande que debía sufrir: en ese momento, su apostasía crucificaba al Salvador en lo más íntimo de su corazón. La cruz de madera fue el suplicio de su cuerpo; Judas, empero, fue el tormento de su alma, al igual que todos los Judas, por los que Jesucristo quiso sufrir voluntariamente y transportado del divino amor, al grado en que éste llegó a constituir la alegría de su corazón afligido. Dos contrarios parecen radicar en un mismo sujeto, pero ello es obra del amor: el amor transporta el alma del que ama al objeto amado, pareciendo animarlo de sí mismo. Contemplan al Salvador portando él mismo su corazón, su alma y su divinidad hasta los labios de Judas, en los que irrumpir el primer enemigo del mismo Salvador, a saber, el demonio.

Mi buen Jesús, fue éste un duelo trágico y sangriento. Pero, ¡cómo! ¿Te bates contra todo el infierno por el alma de Judas, a la que anhelarías desposar y recibes los golpes de los poderes de las tinieblas? Cual otra Dalila, esa alma desdichada te traicionaba ya en su corazón y, a ejemplo de Sansón, pareciste enseñarle la manera, diciéndole que hiciera pronto lo que su malicia había planeado. El amor es, en ti, más fuerte que la muerte y tus celos más duros que el infierno; tu fuego sobrepasa todo fuego. Tu corazón es una lámpara de fuego, al que ni los pecados de la humanidad podrían extinguir, ni disminuir en algo su caridad. Padre eterno, es así como amas a los pecadores Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo único

(Jn_3_16). Levántate, Aquilón (Ct_4_16); sal de aquí, alma congelada. Dejemos a Judas, ya que abandona a los buenos. Ven, brego, sopla en mi huerto, que exhale sus aromas (Ct_4_16). Alma mía, permanezcamos en el cenáculo con los buenos. Jesús invita; quédate con él, que es la soberana bondad. Contempla a Jesús, quien parece olvidarse de sí mismo, diciendo: Con gran deseo he deseado, (Lc_22_15). Ah, cuánto he anhelado este día de mis bodas, en el que he querido entregarme y comunicarme sustancialmente a ustedes, obrando este matrimonio sagrado mediante este sacramento, que es prenda de mi amor.

Adornados de la gloria futura, bebamos en nombre del matrimonio: Ya he entrado en mi huerto, hermana mía, novia; he tomado mi mirra con mi bálsamo (Ct_5_1). Tú me llamas a tu jardín, y yo te reclamo al mío. Ya he mezclado mi mirra con mis perfumes. Ya bebí mi vino con mi leche; me encanta estar en ti; pero como dije a San Agustín: Es mejor que tu sed sea cambiada en mí. Ven a mí, esposa mía querida, y ustedes, mis apóstoles; beban, amigos míos [11]

Juan, mi muy amado, embriégate. Mi pecho es tu lugar de reposo, después de haber comido el trigo de los elegidos y el vino que engendra vírgenes. Yo dormía, pero mi corazón velaba (Ct_5_2), repetía Juan. La voz de mi amado Jesús llama a mi entendimiento. Ábreme tu alma, hermana mía, mi toda mía, mi paloma, mi inmaculada, porque mi cabeza está colmada de rocío. Recibe en ti el rocío celeste que tanto desearon los antiguos. Abre tu corazón y haré germinar en él el principio de mi amor inmortal. Serás semejante a aquel a quien amas; yo moraré en ti y me asentaré como la nube, Y germine el Salvador (Is_45_8).

En tanto que San Juan correspondía a este amor con toda la gracia y fuerza que poseía, se adormeció dulcemente, sosegándose sobre el pecho del Salvador: Exulto a la sombra de tus alas; mi alma se aprieta contra ti, tu diestra me sostiene (Sal_63_8s).

El discípulo amado voló a cubierto bajo las alas del Salvador, el cual extendió su vuelo hasta el seno del Padre, donde se estremeció de júbilo al contemplar la generación eterna: En el principio existía el Verbo (Jn_1_1), y lo que sigue, que me llevaría largo tiempo describir. Vio cómo el Verbo se hizo carne para morar entre nosotros, contemplando su gloria como la del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Fue entonces cuando esta águila excelsa enseñó a volar a su aguilucho del corazón, permitiéndole contemplar fijamente el sol de su divina esencia. De este modo, de pequeña aguililla, lo convirtió en otra águila grande que se alimentaba del extracto del cedro del Líbano, que representa al Salvador. Dicha resina es su divinidad, y el exterior del árbol su humanidad. El penetró en el sagrado zumo, conociendo así los secretos divinos con tanta inteligencia y comprensión como puede darse en la tierra, adhiriéndose fuertemente a esta su presa, el pecho de su maestro, al que siguió hasta la muerte, diciendo: mi alma se aprieta contra ti, tu diestra me sostiene (Sal_63_9). Juan persiguió su presa, que era el cordero divino, obrando como Benjamín, lobo rapaz. Cuán místicamente se cumple aquí el dicho del profeta: el lobo y el cordero hacen las paces, pero al comer el grano junto con la paja.

Dicha diestra lo sostuvo milagrosamente, ya que es de admirar que no muriese de amor, pudiendo exclamar: La Diestra del Señor hace proezas, excelsa la diestra del Señor, la diestra del Señor hace proezas. No, no he de morir, que viviré, y contaré las obras del Señor (Sal_118_16s). El fue dejado en la tierra para que nos dijera o narrara los misterios más grandes que tenemos, los cuales dice haber contemplado. El es hijo de la diestra, hijo del corazón y el Benjamín del Salvador: Allí iba Benjamín, el pequeño, abriendo marcha (Sal_68_28).

[12] El amor y la virginidad fueron las dos grandes alas que lo llevaron hasta este desierto; un amor interior y una virginidad interior más excelentes en él que lo exterior. Este desierto puede ser descrito como la divinidad, que no podía ser vista por los hombres sin morir, y mucho menos habitada. Este elegido, en cambio, tuvo el privilegio de verla sin morir, y el de poder hablar de ella. En él fue escuchada la oración de Jesús en la cena: él vio cómo el Verbo estaba en su Padre, la gloria que tenía antes de la creación del mundo, cómo era y es uno con su Padre y fue uno con Jesucristo así como la esposa con el esposo. Su tálamo sagrado fue Jesús de Nazareth, esposo florido que sembraba de flores su lecho, el cual fue más admirable que el de Salomón. San Juan pudo dormir seguro en él. ¿Quién dudaría que el esposo haya dicho a los demás: Las conjuro, hijas de Jerusalén, a no despertar a mi amada hasta que ella quiera? (Ct_2_7).

Cuando los ángeles vieron al escogido elevado en tan sublime contemplación, exclamaron a una: ¿Qué es eso que sube del desierto, cual columna de humo sahumado de mirra y de incienso, de todo polvo de aromas exóticos? (Ct_3_6). El corazón de Jesús era

su ascensión en el amor; en él realizó sus ascensiones; el dulce Jesús fue el lecho rodeado por los más fuertes de Israel. [13] Jesucristo seguía siendo la litera fabricada con maderas del Líbano. El Rey Salomón hizo para sí una litera con maderas del Líbano (Ct_3_9). El mismo la hizo por obra de su Santo Espíritu y de la inmaculada sangre de María; El Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros.

San Juan nos dice: Reciban también ustedes al Verbo humanado, que es el don sublime y perfecto que el Padre de las luces les concede. Amen a este esposo, ya que se encuentran en el lecho que es el tálamo santísimo. Digan: Amo a Cristo, a cuya cámara nupcial entraré; cuya madre virgen es; cuyo Padre no conoce mujer. El es para mí un órgano melodioso, a cuyo son cantaré. Cuando le amo, permanezco casta; cuando lo toco, sigo siendo pura; cuando lo recibo, sigo siendo virgen.

Cuando él te llamó y tú lo seguiste, dejaste a tu padre. Fuiste casto cuando te dejaste lavar los pies y purificado cuando te los besó. Mas ahora que lo has recibido, entregándote del todo él, de espíritu a espíritu, de corazón a corazón, tu virginidad es más íntegra. Que tu corazón reciba la efusión del suyo; y que el tuyo se funda o licúe en él. Recíbelo una vez más como un sol que producir en ti claridades eternas: Fulgurante de luz Tú, poderoso, viniste, de los montes eternos. Se turbaron los ignorantes de corazón.

(Sal_75_5s). [13]

El hombre sensual es incapaz de comprender los amores espirituales; difícilmente los entiende. Con ello quiero decir que, cuando Jesús ama un alma con amor esponsal, se comunica a ella, pero ante todo, sustancialmente en el Santísimo Sacramento del altar con un proceder de amor tan admirable, que sólo puede describirse como el derramamiento de la simiente divina en el alma; semilla que no muere ni se aparta de su principio u origen, permítaseme la expresión, ni de su vitalidad o de su poder; poder que recibe el nombre de amor, de un amor que obra y hace germinar dicha simiente infusa en el espíritu y en el corazón de la esposa. Es la llave maestra, el dedo de la derecha que abre el corazón, aunque esté cerrado con doble cerrojo, cual jardín cerrado y fuente escondida. Es un huerto reservado a plantar en él la flor de los campos y el lirio de los Valles. Es fuente en la que se reciben, en participación, las aguas del manantial de vida. Este corazón, al que el Cantar y el Evangelio llaman seno, es transformado en río: Del seno de aquel que cree en Mí, manarán ríos de agua viva (Jn_7_38).

El amor divino produce todo esto en la esposa, porque ella posee la fe viva que la impele a acercarse a su esposo, en un movimiento que produce la esperanza, esperanza que no es vana, sino prontamente coronada de alegría, de un gozo que es [14] caridad, la cual establece su morada en el corazón. Donde hay caridad, Dios establece su morada.

El amor es una ley exigentísima. No basta con sólo guardar los mandamientos y consejos del amado, sino aun sus signos, que son como invitaciones y poderosos atractivos al grado en que, si él atrae una de nuestras potencias, todas las demás vayan en pos de su aroma. Tanto las más bajas como las más jóvenes, están muy apegadas a los sentidos corporales, los cuales parecen espiritualizarse. También ellos participan de las nupcias, pero toda la gloria de la esposa hija del Rey está en el interior.

Dicha gloria es una claridad que arde santamente, pero con un fuego que es refrigerio, por ser fuego y fuente, sol y nube a la vez: Cielos, derramen su rocío (Is_45_8), y el Espíritu Santo, que es dicha nube, cubre o modera el ardor del sol de justicia, y mediante su inhabitación difunde en el corazón la suave lluvia de la caridad. El son divino produce sus rayos en el interior de su esposa.

Estos rayos son concepciones admirables que se realizan mediante la unión de fuego que el divino esposo hace con la esposa. Es la generación castísima: Oh, cuán bella y luminosa es la generación de los castos. Inmortal es su memoria, y honorable delante de Dios y de los hombres (Sb_4_1). Ah, cuán hermosa es esta castidad, en sus irradiaciones. Eterna ser su memoria, porque se realiza en presencia de Dios y por mediación de Dios en el alma. Cuando nos es presentada como un ejemplo a seguir, debemos imitarla. Quien pueda entender, que entienda. (Mt_19_12). [14] Cuando ella se presenta a nuestros entendimientos, debemos desearla. Si la recibimos, obrará en nosotros esta maravilla: Y coronada triunfa eternamente, ganando el premio en los combates por la castidad (Sb_4_2). A los vencedores se les dará el maná escondido y el nombre nuevo. Esta alegría divina y nupcial, sólo puede ser comprendida por la esposa, que es agraciada con ella.

A san Juan se concedió todo esto. Él presenció el combate de la pasión, y bebió con fidelidad del cáliz de dolor de Aquel a quien amaba, que fue para él un esposo de sangre y de aflicción. Así como fue el Benoní en la Cena, hijo de la alegría de su padre, en el Calvario fue el hijo del dolor de su Madre.

¡Qué circuncisión fue para el corazón de san Juan el ver morir a Jesucristo! ¡Qué dolor fue para la Virgen el verse privada de un hijo divino, para adoptar uno meramente humano! Virgen santa, así obra el amor: He ahí a tu hijo, el cual te acepta por madre. Es un parto doloroso, que sobrellevas con amor. Es agridulce: tiene lugar en el lecho de la cruz. Este hijo, Juan, ser para ti esposo y guardián. Sobre esta colina, tú y él representan a la Iglesia, a la que Jesucristo da a luz y desposa mediante la sangre que brotar de su costado. Te adhieres al querer de Dios, su Padre. Ambos se hacen un mismo espíritu con él. Todo está consumado. Este matrimonio debe durar eternamente, por ser más fuerte que la muerte. Se lleva a cabo en ella, o por ella. La sangre y el agua son lazo y testimonio; y el espíritu son los tres que dan testimonio en la Iglesia Militante, así como hay tres que dan testimonio visible en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo.

Así como estos tres son un solo Dios, el agua, la sangre y el espíritu forman una unidad en la tierra. La victoria que vence al mundo es nuestra fe; nuestra seguridad, Jesucristo que ha resucitado para no volver a morir. El está a la derecha del Padre para atraernos en pos de sí, a fin de que busquemos las cosas de arriba y no las de la tierra. El es el nuevo y celestial Adán que tiene una esposa virginal, salida de su costado. Todos los hijos deben ser semejantes: blancos de pureza y rojos de caridad, ya que él dijo: Cándido y rubicundo (Ct_5_10). Un semejante engendra otro [15] semejante; la pureza acerca a Dios, y la caridad transforma en Dios: el esposo y la esposa son dos en un espíritu.

Oh, gran sacramento del matrimonio de Dios con la Iglesia. Es la nueva Jerusalén que desciende del cielo y de Dios, adornada de su esposo; es el tabernáculo de Dios con la humanidad: él vive con nosotros, mediante este matrimonio, hasta la consumación de los siglos: Y estaré con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos (Mt_28_20). Su espíritu no abandona jamás a la Iglesia, gobernándola en todo momento. Este amable Jesús mora en ella realmente en el santo Sacramento del altar. Oh invención del amor, incomprensible e incomparable. Deleitas a la Iglesia militante bajo un velo que te oculta como estás en el cielo: glorioso y visible, para glorificar a la triunfante.

Permanece en su lecho sagrado contentando a Lía y Raquel. La Iglesia militante, cual otra Lía, podría protestar de que la Iglesia triunfante, bella como Raquel, retenga siempre al esposo común, el cual se recrea en su belleza. La de aquí, en cambio, le da su fecundidad. Si Rubén sigue recolectando las mandrágoras que Lía da a Raquel, para que

crezca en gloria accidental, se debe a que los hijos de la Iglesia militante pueden enviar frutos a la Iglesia triunfante.

OG-06c Tratado de los cuatro sagrados matrimonios 1629. Cuarto matrimonio.

[16] Y ahora, el cuarto matrimonio, que es el que mi queridísimo esposo se ha dignado hacer con la más indigna de las esposas que quiso escoger sobre la tierra. El mismo me ordenó escribir, mandato que me fue reiterado por mi confesor. A pesar de la pena que sentí en mi espíritu, tuve que resolverme a obedecer. Al comenzar a escribir, no pensé en referirme al matrimonio realizado con la Virgen en la Encarnación; pero su esposo, el glorioso Espíritu Santo, así lo quiso. Tampoco sobre la Iglesia, pero el mismo Espíritu guió mi pluma junto con mi entendimiento.

No podía oponerle resistencia y darme a la tarea, ya que estos tres matrimonios son tres testigos de su amor y sagrados lazos que nunca se romperán. Los tres primeros son muy reales; a pesar de ello, los ángeles y los santos le suplicaron que confirmar el cuarto. Las otras tres esposas son purísimas y sin mancha. La cuarta, en cambio, es la indignidad misma a causa de sus pecados. Sé bien, querido amor, que puedes en tu bondad puedes permitir que donde ha abundado la iniquidad, sobreabunde la gracia (Rm_5_20); que no has venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. Fuiste tú quien mandó al profeta Oseas que desposara una pecadora pública. Tú mismo llamas al alma pecadora, a pesar de ser el Padre de la virginidad. Tu amor te mueve a abrir senderos en un mundo lleno de abrojos, a fin de que el alma errante vuelva a ti, que le abres a diario tus brazos para recibirla, por ser tan bueno.

A otras, querido amor, las llamas desde el vientre de su madre. [16°] Tu Providencia las levanta del polvo para gloria tuya, haciéndolas Israelitas. Te manifiestas a ellas, y desde la aurora las ayudas, estableciéndote en medio de su corazón: Dios está en medio de ella, no se estremecer (Sal_45_6). Les concedes un río de gracia, que parece brotar impetuosamente de tu amor, con objeto de alegrar el alma que te pertenece, santificándola como a tabernáculo tuyo. Cuán dichosa es el alma a la que llamas desde la aurora, si corresponde a esta vocación. La proteges bajo la sombra de tu mano, transformándola en una especie de saeta escogida y aguda para taladrar los corazones. Ella es de las escogidas que llevas en tu carcaj. Los espíritus te son muy queridos, aunque parezcan poca cosa a sus ojos, y en comparación contigo. A pesar de lo dicho, obras en ellos maravillas: El ha dicho: Poco es el que tú me sirvas para restaurar las tribus de Jacob, y convertir los despreciados restos de Israel: He aquí que yo te he destinado para ser luz de las naciones, a fin de que seas mi salvación hasta los confines de la tierra (Is_49_6), dices a esta alma.

En el tiempo oportuno, la escuchas, siendo su ayuda en el día de salvación y sirviéndola tú mismo. Que el cielo del amor te alabe por ello, y que la tierra también se regocije, porque tú, Señor, consuelas a tu pueblo teniendo piedad de tus pobres servidores. Aun cuando la madre olvidara a su hijo, tú no olvidarías a la que amas, diciéndole: Mira, en las palmas de mis manos te tengo tatuada (Is_49_16). Siempre estoy en vela en torno a tus muros: Tus muros están ante mí perpetuamente (Is_49_16). En ella los ángeles son cual muros o guardianes del alma, que contemplan sin cesar los [17] ojos divinos y tu rostro.

Esta alma se considera indigna de tales favores; ella misma se llama estéril. Comprende muy bien que semejantes gracias le llegan de la bondad de su amor, al que da

toda la gloria. Dicho amor goza en ella como en su esposa, y el Señor deja oír su voz hasta los confines de la tierra. Los sentidos lo perciben a través de sentimientos de acogida y los ángeles se encargan de decir a la hija de Sión, a manera de heraldos, que su Rey viene como su Salvador, llevando consigo su recompensa, ya que, ¿quién podría gratificar debidamente su visita? El obra por medio de su presencia la santificación de esta alma, redimiéndola con el precio de sí mismo. El alma, por tanto, le pertenece doblemente en calidad de ciudad conquistada en el fragor de sus batallas. Por ello la fortifica con sus ángeles. No se contenta, empero, con verla dotada de esta guarnición. El mismo acude a ella con sus vestidos ensangrentados en la batalla que ha ganado; de manera que, al verle, exclama el alma: ¿Quién es ése que viene de Edom, de Bosrá, con ropaje teñido de rojo, ése del vestido esplendoroso, y de andar tan esforzado? (Is_63_1).

Ella comprende muy bien que él viene de combatir para salvarla, y le pregunta por qué ha enrojecido sus vestiduras; por qué está todo bañado en rojo como alguien que sale de pisar un lagar. El le confiesa que él mismo lo ha hecho, pero enteramente solo; y después de expresar sus justas quejas en contra del pecado, proclama una indulgencia digna de la grandeza y la abundancia de su misericordia: Dijo él: De cierto que ellos son mi pueblo, hijos que no engañarán. Y fue él su Salvador (Is_63_8).

[17°] Vemos aquí nuevas semillas que el esposo divino concede al alma, la cual, admirada ante las maravillas que escucha, y atraída por la belleza de su amado, dice: Que me bese con el beso de su boca (Ct_1_11), porque Jesucristo, al que ha escogido, es el mismo que tanto ha sufrido por mí, que, sin haber padecido, le pertenezco en toda justicia. No deseo sino a él; que me bese con un beso de su boca. No sólo deseo ser su esposa, sino también su pequeña lactante. Me adheriré a sus pechos, que son mejores que el vino: Mejores son que el vino tus amores; mejores al olfato tus perfumes (Ct_1_2). Que él se apodere primeramente del sentido del tacto: Pues al tocarle, sigo siendo pura. Que me atraiga después mediante el unguento perfumado que es su nombre: Ungüento derramado es tu nombre, por eso te aman las doncellas. Llévame en pos de ti: ¡Corramos! (Ct_1_3s).

Dios llama al alma a ser su esposa, movido por su misericordia y caridad eternas, atrayéndola a sí dulcemente, mostrándole los dolores que sufrió por ella y cuánto merece ser amado, por ser la bondad soberana y la belleza inefable. La vista de una belleza la hace deseable y el deseo, a su vez, exige la unión o el gozo, que es posesión: posesión que complace y es agradable. Lo que agrada o complace alimenta; por ello la esposa, cuando besa a su divino esposo, se alimenta como un pequeñuelo del pecho divino. Este beso purifica el alma en sus amores; amores que se refuerzan con el aroma de sus unguentos preciosos. El nombre del amado es bálsamo derramado; los sentidos, representados por las jovencitas, aman su perfume. Jesús es dulce al oído y a la boca. Cuando se dice que Jesús de Nazareth es un esposo florido, el olfato recibe su parte, atrayendo y ganando, de este modo, a todos los demás sentidos.

Es menester seguir adelante. El amigo dice: Atráeme y correré en pos de tus perfumes. Para demostrar que este enamorado es realmente liberal y magnífico, conduce él mismo a la esposa hasta su cava, donde guarda un vino que embriaga, embellece y alegra: El Rey me ha introducido en sus bodegas; en ti exultaremos y nos alegraremos (Ct_1_4). El alma se alegra, no sólo en los dones, sino en su esposo: en ti. La memoria de tus pechos es superior a la del vino; que no se piense en mí como aficionada al vino de los dones, sino que la leche de los pechos me venga más a la memoria. Mis amores son semejantes a la ternura de los bebitos, que se deleitan en la leche. Hablaré directamente a mi amado: Te aman los rectos de corazón (Ct_1_4). Mi corazón fue hecho para ti [18].

Negra soy, pero graciosa, hijas de Jerusalén (Ct_1_4s). Ángel de Jerusalén, soy morena porque aun no he llegado a la luz y santidad perfectas. Soy como las tiendas de Cedar: aún no me decido a dejar las ocasiones de pecado y mis pasiones, que con frecuencia me hacen sentir sus tempestuosos embates. Con todo, no dejo de ser bella interiormente. Estoy determinada a no dejar que dichos golpes afecten mi interior.

Exteriormente me parezco a las tiendas sacudidas por los vientos, y la piel sahutada de Salomón. Las penitencias son rudas y abaten las llamas de amor, llegando a alterar nuestro físico, por descuidarlo. Los enamorados del mundo se maquillan; en cuanto a mí, hago a un lado los afeites exteriores. No fijéis en mí la mirada (Ct_1_6), santos ángeles, por estar cubierta de hollín. Mi sol me ha decolorado: es un sol todo de fuego. Cuando él reluce sobre ustedes, los halla del todo espirituales. Ninguna partícula de materia le pone obstáculo; nada manchado hay en ustedes que deba purificarse; mucho tiempo ha que fueron purificados.

Yo, en cambio, da pena decirlo, soy tan material, y el sol encuentra tantos obstáculos, que no puede, con su acostumbrado poder, disipar mis brumas, que son fumarolas de vapor que exhala mi tierra. Es mi cuerpo, que disuelve el agua sobre un rostro al que el sol ateza exteriormente. Pero el secreto por el que les digo que soy bella, consiste en que mi sol, a través de su calor, origina que dicha agua riegue esta tierra, o al menos la humedezca. Cuando acepto mis deficiencias, su conocimiento me humilla; humildad que me hace hermosa ante sus ojos, que, al ver mis imperfecciones, las purifican. Sus ojos tienen poder para lograrlo. San Juan dice que los ojos de aquel que parecía un Hijo del hombre, eran semejantes al fuego chispeante: Cual llama de fuego (Ap_1_14). Estas llamas me purifican: Los hijos de mi madre tramaron en contra mía (Ct_1_6). [19]

Los hijos de la Iglesia combaten contra mí. Han deseado que fuese yo enteramente perfecta desde el momento en que fui llamada a la santidad. Los directores espirituales se encargan de cuidar la viña de nuestra alma, para que los ladrones y las bestias de la vanidad y la sensualidad no se acerquen a ella. Mi fragilidad, empero, me impele a recaer en mis imperfecciones: No cuidé mi propia viña (Ct_1_6).

Suele suceder a casi todas las almas el enfriarse en su devoción después del primer fervor. El Señor tuvo que llamar dos veces a sus primeros apóstoles, y si añadiera yo que tres, diría la verdad: la tercera fue después de la Resurrección; vocación que se hizo efectiva por obra del Espíritu Santo, que es un amplio vínculo, muy difícil de romper. Estas tres vocaciones se mencionan en el evangelio: la primera, como procedente del Padre: Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae (Jn_6_44). Está escrito en los profetas: Serán todos enseñados por Dios. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al [20] Padre; sino aquél que ha venido de Dios (Jn_6_44), Jesucristo; ése lo ha visto. En cuanto Verbo, él es Dios. En cuanto Cristo, es Dios, el primer nacido de las criaturas, en la mente eterna, y el primogénito entre muchos hermanos.

Ahora bien, este primer llamado, a pesar de ser tan fuerte por apartar el alma de la gran vanidad, no es siempre tan fuerte como para que ella no dé marcha atrás, sea por estar acostumbrada al mundo, sea por la mortificación de cuerpo y de espíritu que encuentra en la devoción, sea porque el cuerpo y sus sentidos naturales no están agudizados o suficientemente iluminados.

Me parece que, no sólo hay que escuchar los misterios ocultos, sino renunciar a sí mismo y seguir a Jesucristo cargando con su cruz. Solemos comportarnos como los demás, y aun algunos discípulos: Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: Es duro este lenguaje.

¿Quién puede escucharlo? Pero sabiendo Jesús en su interior que sus discípulos [20°] murmuraban por esto, les dijo: ¿Esto os escandaliza? ¿Y cuando veáis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida (Jn_6_60s).

Bien sabía Jesús que, después de que el Padre hubiese atraído a él a los hombres mediante las primeras luces que les diera, las brumas de las imperfecciones ofuscarían su luz, enfriando, al parecer, al alma más que antes, encontrándose de este modo más rezumante, en vista de que sus imperfecciones son más señaladas, disgustando con ello al prójimo más que antes de recibir los primeros rayos de la vocación. Esto es causa de que las almas retrocedan o se paren en seco; porque en los caminos de Dios, el que no avanza, retrocede.

Llega a suceder también que hay almas que dejan todo, y que algunas de ellas jamás volverán a él ni querrán hacerlo: Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían (Jn_6_64); y quién y quiénes lo traicionarían, aparentando devoción para entregarlo a sus enemigos, obrando así peor que los que no le conocieron [21]. Cuánto daño hace retroceder en el camino al que Dios llama. Jesucristo añade estas palabras: Por esto os he dicho que nadie puede venir a mí si no se lo concede el Padre (Jn_6_64).

Hago notar que Jesús dice, en esta segunda ocasión, que nadie puede ir eficazmente a él si no recibe el don del Padre. No dice los rasgos o los rayos, sino el don, que me parece es el Espíritu Santo: el poder de lo alto, el don perfecto que procede del Padre de las luces, el cual no sufre sombra corporal alguna, ya aun fue necesario que Jesucristo se alejara de la presencia visible de sus apóstoles para dar lugar al Espíritu. Esta vocación es la tercera; la que lleva a amar a Jesucristo más fuerte y divinamente, dando a conocer con mayor claridad sus palabras, que dan la vida eterna y el verdadero conocimiento: Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo (Jn_17_3). [21°] Ahora bien, para adquirir este conocimiento, es menester poseer al Espíritu Santo, al que mi Padre enviará en mi nombre, y al que yo mismo enviaré si me voy, por ser esto lo que conviene a las almas.

La carne en nada se beneficia: ni sus ojos corporales, ni sus corazones, que son tan duros, pueden comprender lo que les digo. Ustedes juzgan como hombres mortales las cosas mortales y corporales. En verdad les digo que las palabras que les digo Son espíritu y vida (Jn_6_63). Ustedes se escandalizan cuando les digo que he dado mi cuerpo como verdadera comida del espíritu, a manera de espíritu. ¿Qué dirán cuando vean al Hijo del hombre subir corporalmente al lugar donde estaba desde el principio como Hijo de Dios? Aunque subir hasta allí con su cuerpo, no ha dejado de estar siempre con su Padre y el Espíritu Santo, Espíritu que es el Espíritu del Padre y del Hijo. El es el Espíritu que vivifica; la carne, sola, en nada aprovecha para la vida eterna; y de esta vida les hablo. Sin embargo, como ustedes son materiales y corporales, es menester que comience yo a enseñarles a través de las cosas materiales.

[22] Me hice hombre para enseñarles a lo humano las cosas de Dios. Lo que deseo es que, a través del Hijo a quien ven, vayan al Padre, al que no ven. Y como yo conozco y soy el camino por el que se llega a mi Padre, no pueden ir a él sino por mí. Yo soy la vida que vive en él; vida que los ilumina y vivifica. Así como creó todo por mí, nada creó sin mí de lo que es participado. Una es nuestra esencia. Sin mí, el Padre no los iluminaría; él se contempla en mí y se conoce; conocimiento que nos es común. El me conoce como a su Verbo, al que engendra; y yo le conozco como a mi Padre, que me engendra y me comunica su propia sustancia, que recibo íntegramente, sin agotarla, sin que esta

comprensión total lo aminore o le haga salir de sí; ni que, al entrar en él, yo sea, en cuanto Verbo, menor que él. El está en mí por generación activa, y yo estoy en él por representación esencial y sustancial [22°] interna y eterna. Aunque él sea principio de origen, por ser quien engendra, yo en nada soy posterior ni dependiente por abajamiento. A través de la sucesión del tiempo yo estaba, o mejor, yo estoy con él desde el comienzo que es nuestra eternidad. Estoy con él por ser mi principio en el día de su grandeza.

Yo soy también principio del Espíritu Santo, así como él es el amor común; él es nuestra fuerza, nuestra divina producción, nuestro lazo y nuestro término, nuestra espiración activa. El es fuerza que es Dios, producción que es Dios eterno, espiración que es inmensa, término que es infinito: no se trata de un término de impotencia, sino de un término de suficiencia y abundancia, en el que nada es superfluo, ya que el Espíritu Santo comprende todo el amor del Padre y del Hijo; amor que es tan poderoso como el Padre; amor que es tan sabio como el Hijo, amor que es omnipotente, sapientísimo y bondadosísimo como el Padre y el Hijo; amor que es la fuerza, la sabiduría y la bondad divina; amor que es el reposo de dos espirantes, quienes, sin esfuerzo, están siempre en acción de amar a través de ti, amor que amas pasivamente. Ambos exclaman a una: Shaddai, contigo. Los tres son un Dios que se basta a sí mismo.

Nada produces en Dios, porque en ti todo es producido. Eres el shabbat delicado y delicioso. El Hijo es la delicia del Padre, porque se deleita en comunicarle por generación [23] toda su sustancia y toda su felicidad. Tú eres la delicia del Padre y del Hijo, que te comunican su felicidad, según tu divina capacidad de recibir y de dar.

¿Me permites expresar cuán imposible sería para el Padre el contemplar a un Hijo que recibe tan plena y puramente sus perfecciones, si no estuviese asistido, sin cautiverio, por ti, en el amor de esta comunicación? Si el soberano bien no le amase soberanamente, ¿qué haría el Hijo si no rindiese a través del amor, una gratitud semejante a la luz que irradia por entendimiento? Conocer y recibir un bien sin poder dar gracias por él, sería obrar como David: Ciencia misteriosa para mí, sublime, no puedo alcanzarla (Sal_139_6).

Padre Santo, como fuente de origen, me concedes la ciencia que procede de tu entendimiento; si no tuviese el poder de amarte con agradecimiento y una identidad de amor, ¿qué haría yo? Pero, ¿Qué harías, Espíritu Santo, y dónde estarían ustedes, dignísimas tres personas? Sin duda, como nosotros, en un retén definitivo. No serían Dios, no nos habrían creado, porque la nada no puede recibir orden de existir sino por el mandato de un ser soberano. Si lo que ustedes crearon les pareció hermoso y bueno, esto se debió a que lo contemplaron complacidos: Vio Dios todo lo que había hecho, y le pareció muy bueno (Gn_1_32). Por participación, tú sólo eres bueno; por esencia, eres la bondad soberana; te amas a ti mismo a través de tu eterno y soberano Espíritu. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén. [23°]

Buen Jesús mío, hasta dónde he divagado. Decía que la esposa dice que no guardó su viña. Me parece que no he conservado mi estilo de escribir. He volado más alto; el espíritu del Altísimo me arrebató. Es necesario el Espíritu para comprender la transubstanciación; es menester el Espíritu para comprender tu ascensión gloriosa: cuando tu cuerpo se elevar al cielo, tus pobres apóstoles quedarán en tierra admirados, porque el Monte de los Olivos no tendrá para ellos más enseñanzas humanas. No querrán volver hasta que les envíes ángeles con cuerpos visibles, que les puedan hablar con palabras que perciban sus sentidos. Soberano maestro, hay quienes te dejan; y de los que permanecen contigo, no todos te seguirán con fidelidad. Les preguntas si también quieren irse. En esto,

mi todo, observo tu presciencia, la cual no es causa de reprobación, ya que no deja de ofrecer las cosas necesarias para la salvación a los que no ignoras que la rechazarán, como si les dijeras: [24] Pobres infortunados por malicia, las palabras que les digo son espíritu y vida, para instruirles y darles vida eternamente; pero ustedes no quieren creer. Son libres, si así lo quieren, de sacar provecho de ellas, y aunque sé desde el principio que no creerán en mí, y que uno de los míos me traicionará, no dejo de hacer lo debido para dotarlos. Ustedes, empero, se resisten; no están dispuestos a recibir el don que mi Padre les daría si me creyeran, para entrar por la puerta como ovejas mías. Yo soy la puerta que conduce al Padre; yo soy su Verbo y palabra de vida. Pero ustedes la rechazan porque digo cosas que repugnan su sentir y su sensualidad.

Cuando Jesús terminó de hablar, ellos ya estaban lejos. El, volviéndose a los apóstoles, les preguntó: Y ustedes, ¿quieren también volver atrás como los otros? Elegí doce; sin embargo, uno de ellos es un demonio. [24°] Jesús dice esto para manifestar cuánto debemos temer, y aunque san Pedro parecía el más iluminado y fuerte, aun hablando en nombre de todos, fue el más débil de los once y negó a su maestro. Los hijos de su madre, la sinagoga, lo derrotaron. Pero no, fue sólo una muchachita, una doméstica insignificante, la causa de su falla en dar testimonio de la viña que el Padre de los cielos le había enseñado, y que el Hijo le mandó guardar por medio de la humilde oración. Pedro se durmió y fue presuntuoso; jactancia humana que lo hizo tibio e insensato; frialdad que lo mantuvo aletargado durante la oración. Al llegar la tentación estaba entumecido, y no pudo resistirla: una muchacha, al hablar, causó que negara aquello que no le preguntaba. Con este antecedente ¿Quién podrá dejar de temer? La columna fundamental fue sacudida por tan pequeña conmoción. El que esté en pie, mire no caiga (1Co_10_12). El ángel cayó del cielo; Adán, del paraíso terrenal; Judas, del colegio apostólico y san Pedro, en la casa de un pontífice, a pesar de estar ya destinado a ser vicario de Jesucristo. El Padre lo había llamado y el Hijo, iluminado; [25] pero a pesar de todo esto, no pudo impedir su caída. No fue verdaderamente confirmado en la fe sino hasta la venida del Espíritu Santo, que perfeccionó su vocación.

La esposa, al ver que había abandonado la viña, separándose de Aquel que dijo de sí: Yo soy la verdadera vida (Jn_15_2), se encuentra vagando sin rumbo. Lleva, empero, la esperanza de que el Salvador la llame y la una a él como un sarmiento a la viña; pero de manera que el Salvador obre más que ella, ya que él dijo a sus apóstoles: No me eligieron ustedes a mí, sino yo a ustedes, y los he destinado (Jn_25_16). Soy yo quien les ha dado una participación en mi caridad, con el fin de que tengan el ser.

[25°] El Apóstol dice que nada es sin la caridad, como afirmando Nada sería yo sin el amor de Dios. Como ustedes están unidos a mí, llevan o dan frutos, y su fruto permanece en el árbol hasta su madurez. Entonces estará cargado de obras buenas y no arruinado por el gusano del amor propio, o por la podredumbre de los bienes más valorados en el mundo: Para que su fruto permanezca, de modo que todo lo que pidan al Padre en mi nombre, les sea concedido (Jn_25_16). Si el mundo, que ha sido su nodriza, debido a que se alimentaron de los pechos de sus falsos placeres, los odia porque desean dejar sus máximas, sepan que a mí me aborreció primero. Si fueran del mundo, el mundo amaría lo suyo (Jn_15_19). En verdad ustedes no son de este mundo, pero no debido a sus propios esfuerzos, sino a mi caridad, que los ha sacado de él. Esta es la razón por la que el mundo los odia. Recuerden la palabra que les he dicho (Jn_15_20). El servidor no es más grande que su maestro, Si me han perseguido a mí, también a ustedes los perseguirán

(Jn_15_20). [26] Las máximas del mundo combaten en contra de la esposa. Son los hijos de la naturaleza corrompida, que parece ser la madre que nos da a luz, dándonos tales inclinaciones al mal, que abandonamos el cuidado de la viña. No sabemos qué rumbo tomar hasta que, a fuerza de sufrimientos, volvemos a Dios, que nos inspira de nuevo; pero, como dudamos que sea él en efecto, y no sentimos que poseemos en realidad luces [26°] suficientemente fuertes para iluminarnos y desandar el camino, la esposa dice: Indícame dónde apacientas el rebaño, dónde lo llevas a sestar a mediodía, para que no ande yo como errante tras los rebaños de tus compañeros (Ct_1_7).

Oh, Tú que amas tanto mi alma como para aceptar por ella el dolor como alimento. Hiciste tu refección al mediodía sobre el lecho sagrado de la cruz; pero una comida que consistió en hiel y vinagre. Dime, ¿Cómo te resarcías al mediodía del más fuerte de tus amores, y cómo descansas? Temo que, al buscarte, encuentre el amor propio, que es como un simio que se burla de ti. Si no me iluminas con el rayo más claro y puro del mediodía, me vería en peligro de optar por el amor propio en lugar del divino; a la criatura por el Creador, y al don por el donante. Enséñame a adorarte en espíritu de verdad, por ser éste lo que tu Padre busca en sus adoradores.

Dame del agua viva que quita para siempre la sed de las aguas mortales de la tierra, y que mueve a dejar todas las ocasiones que pueden atraer a ella. Que, como el cántaro de la Samaritana, deje el agua terrestre sobre la tierra, [27] así como dijiste: Dejen a los muertos que entierren a sus muertos. Que beba yo, si te place, del agua que brota hasta la vida eterna; y como tú la das por nada, y en tanta abundancia, que esta agua forme una fuente que remonte el alma hasta la vida eterna, para que adore con perfección, como los verdaderos adoradores, que son como los del cielo: espíritus adoradores de tu divinidad en un espíritu que es el Espíritu: Dios es espíritu, y los que le adoran, deben adorar en espíritu y en verdad. Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo explicar todo. Yo soy, el que habla contigo (Jn_4_24s).

Fue así como la Samaritana encontró lo que pide la esposa, es decir, dónde come y descansa Jesús al mediodía, solo, después de enviar a otra parte a sus compañeros.

La samaritana descuidó la viña, es decir, la gracia. Se había extraviado: el hijo de Jacob, del Padre eterno, le muestra los males que recibió a causa de los cinco maridos con los que no se casó, lo cual era una ofensa a la divinidad. Ella lo acepta, diciendo que sabía muy bien que él era un profeta, y que los profetas y patriarcas habían adorado sobre aquel monte. Y ahora, dice, [27°] ustedes los judíos dicen que debemos adorar en Jerusalén. Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, y ya estamos en ella (Jn_4_21s).

La hora del mediodía ha llegado, en la que el sol de justicia cae a plomo sobre tu cabeza. Mujer, que debes ser su esposa; él te enseña cómo se alimenta y reposa al mediodía del puro amor. Tú piensas que debe tratarse como a un profeta; pero no quieres tratarlo con la deferencia debida a un profeta, diciendo que esperas la venida del Mesías, que enseñar todas las cosas. El está sentado, como recostado, descansando de sus fatigas y sediento de tu conversión, que le sirve de manjar y bebida.

Su Padre lo ha atraído: es éste el manjar que le prepara, y toda la mies que fue sembrada en Samaria, como Jesús bien sabía, y de la que se alimentaba ya en espíritu. Esto es lo que sus discípulos ignoran: la voluntad del Padre es la conversión de las almas; esta es su obra imperecedera, y que se conserva hasta la vida eterna. Mediante esta conversión, él entra en Samaria. [28] Esta mujer fue su precursora, su heraldo, que iba por todos lados

diciendo: Vengan a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿Acaso no es el Cristo? Como diciéndoles: Creo en verdad que lo es, pero juzguen por ustedes mismos.

Mientras que esta mujer se humillaba, exaltaba a Jesucristo, llevando en sí misma, como un espejo cóncavo, al sol que la había deslumbrado en lo más fuerte del mediodía de su amor. Ella disponía los corazones, pareciendo madurar y blanquear la mies que el Salvador y sus apóstoles, irían a recolectar. Lo que la Samaritana recibió del Padre, lo sembró a su vez. Si, pues, les he dicho: ¿No decís vosotros: Cuatro meses más y llega la siega? (Jn_4_35). Levanten los ojos y vean cómo los campos blanquean con la mies. El que siega, recibe su recompensa: Y recoge fruto para la vida eterna, de modo que el sembrador se alegra igual que el segador (Jn_5_35s).

Yo os he enviado a segar donde vosotros no os habéis fatigado. Otros se fatigaron y vosotros os aprovecháis de su fatiga. [40] Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: Me ha dicho todo lo que he hecho. Cuando llegaron donde él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días (Jn_4_36s).

Los apóstoles aprendieron de este modo la manera en que la misericordia detiene a la justicia, y que el fuego del amor obtiene más que el de la venganza; el esposo se comporta con la esposa como para beneficiar a muchas almas. Jesús se comportó así con la Samaritana, la cual fue instruida en lo referente al banquete o refrigerio del mediodía.

El esposo ama con un amor verdaderamente puro y lleva a cabo las bodas con él. De este matrimonio se produce la salvación del prójimo, mediante la humilde confesión de la esposa cuando rememora sus faltas, que son los pasos en falso que dio en las imperfecciones, y que abandona los [29] caminos peligrosos del amor propio, que tanto prevaleció en lugar del divino amor. Era como los pastores que la llevaban a pastar entre las vanidades y delicias del mundo. Después de experimentarlas, sale de ellas y, si las considera, lo hace de manera un tanto exagerada, y para dar esperanza a las personas que se encuentran en el mismo peligro. Si Jesucristo la iluminó y sanó, perdonando todos sus pecados, hará lo mismo con ellas: les servirá un manjar inmortal y les dará a beber del agua de vida para siempre; les concederá un reposo interior, en el que él mismo estará presente, descansando él mismo en ella y cumpliendo su palabra: Si alguno me ama, guardar mi Palabra, y mi Padre le amar, y vendremos a él, y haremos morada en él (Jn_14_23). Le alimenta con pan de inteligencia (Sir_15_3) [29]. Cuando la esposa ha sido saciada y reposa en su rey, instruida por la sabiduría en el mediodía del amor, atrae hacia él a otras, dándole entrada en corazones que se le han resistido, los cuales habían sido considerado indignos de sus gracias por algunas personas celosas como San Juan y Santiago, que hubieran pensado obrar bien al pedir con insistencia el fuego de la justicia divina para consumirlos, a causa del rechazo de las divinas inspiraciones y de las gracias. Pero aquel de quien habla Isaías, que es el divino rey, todo paz, y paciencia, las espera. Es tan bondadoso, que: Caña quebrada no partirá, y mecha mortecina no apagará (Is_42_3). Su paciencia gana los corazones y hace que la gracia multiplique en ellos sus frutos al ciento por uno; y lo que el infierno habría obtenido debido a su vengadora justicia, se lo arranque la misericordia mediante la bondad y la paciencia. La paciencia con la que la misericordia espera a los pecadores, hace visible el poder divino.

Su prudencia es admirable, su amor tiene invenciones incomprensibles a los sentidos humanos, permitiendo culpas para conceder gracias, de las que podemos decir: Felices culpas que, siendo tan grandes, atrajeron tan gran redentor, el cual concede una copiosa redención, que extiende sobre los que no pensaban verse libres de la cautividad.

Es verdad, buen Jesús, que con frecuencia dejas obrar a la naturaleza y a sus costumbres, hasta que el alma comete grandes pecados que te desagradan, pero que permites, para del mal, tomar ocasión de hacer el bien, atrayendo así a muchos pecadores. Te sirves de los ejemplos de las almas convertidas para ganar a otras por su medio y atraer, mediante la red de Adán, a los que, más tarde, deseas enlazar con el vínculo de la caridad. Fue como cuando permitiste la muerte de tu amigo Lázaro, para contribuir con ello a la gloria divina. Cuando la gente vio a Lázaro resucitado, muchos acudieron a verte de inmediato. Un buen número se convirtió. Esto no habría sucedido si Lázaro no hubiese muerto y si tú no lo hubieras llamado de nuevo a la vida.

Tú permites, querido enamorado, que las almas caigan y se queden largo tiempo en el polvo, a causa de pecados que sorprenden a muchos. Si alguien te ruega por estas almas, diciéndote: Ay, estas almas que afirmaste ser tan queridas por ti, están en peligro de muerte, y de hecho mueren por el pecado. Tú, que das la vida a tantos otros que no son tan familiarmente acariciados por ti, permites que permanezcan en este estado. Al oírlo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella (Jn_11_4).

El apóstol dice que todo coopera en bien de los que aman a Dios. Por mi parte, afirmo que para los que son [31] amados por Dios, la muerte es transformada en vida; el pecado, en gracia; sus caídas, en elevación. Dios nos amó primero, porque jamás persona alguna ha prevenido a Dios, y su caridad es perpetua. El es fuente de caridad y fuego ardiente. El purifica o visita Jerusalén a pesar de ser pecadora, no merecer otro nombre, porque no preservó la causa de su paz. Este Dios la visita con una luz ardiente, y si ella es luminosa, no es para descubrir su vergüenza sino para iluminarla para que salga del precipicio y si la hace ardiente es para inflamarla de nuevo. Continúa buscando en esta alma, que es un pozo, un recipiente de vanidades, para ver si el fuego de tantas gracias que le había concedido, se ha apagado del todo. Lo encuentra cambiado en un lodazal. Es porque vio que, a causa del pecado que retiene cautiva al alma, ella deja de ofrecer sacrificios al verdadero Dios; que sus acciones son actos morales sin llamas. El ser transformados en lodo significa algunas recompensas terrenales o satisfacciones de este cuerpo de barro, y que dicha alma es esclava del cuerpo y del demonio.

Aunque la caída llega hasta el pecado mortal, lo cual no siempre sucede, es sin embargo muy grave que el alma deje su caridad inicial o que la deje enfriar haciéndose tibia, tibieza que parece provocar vómito a Dios. ¿Qué hace la divina bondad? [31] Se esconde en Cristo como en su linterna, y por su medio pasa a visitar a esta alma, reconciliándola con él y permitiéndole contemplar los méritos de su humanidad. A través de ella, tomará el lodo que la ensució en los peligros, la moverá a conocerse y la colocará sobre el altar, sobre la confianza en su pasión y en la cruz. El verdadero altar es Jesucristo, que es al mismo tiempo sacrificio y sacrificador. El es el pontífice que penetra los cielos, bajando para salvar una alma, como subiendo para tomar su lugar a la derecha de Dios su Padre

Es un fuego que tiene la propiedad de descender para remontarse. El mismo es el agua que ofrece a la Samaritana. Pero es fuego y agua, todo a una. El es sol ardiente; en fin, todo lo puede, por ser del todo bueno y misericordioso. El es capaz de avivar este fuego o de cambiar este lodo. El concede la caridad y se une a la virtud. A la pobre alma que era como un carbón casi extinguido o como una mecha humeante, la derrite y la abrasa, consumiendo todas sus imperfecciones. El enciende este lodo con una llama ardiente, y Dios es más glorificado en ella que antes de su cautividad. Este sol, que estaba oculto por la

nube que habían opuesto sus imperfecciones entre él y el alma, disipa todo y difunde sus rayos sobre ella.

A la esposa dice el esposo: Si no lo sabes, ¡oh la más bella de las mujeres!, sigue las huellas de las ovejas, y lleva a pacer tus cabritas junto al jacal de los pastores. A mi yegua, entre los carros de Faraón, yo te comparo, amada mía (Ct_1_8s). No dejes de ser bella. Se dice que nunca amores parecieron feos a los ojos de los enamorados. En el mundo, el amor es ciego; Dios, en cambio, no puede ser así. Es que sus ojos pueden embellecer el alma desde que la mira, porque con su mirada la purifica.

Al hablar de este modo, David se dirige al alma esposa del Verbo, más bien que a la mujer de su hijo Salomón. Le dice que, para agradar al rey, es necesario que sea prudente y atenta a su voluntad. [31] Que incline sus oídos para escuchar únicamente la voz de su amadísimo esposo que olvide su pueblo, que salga fuera de su tierra y de sus malos hábitos, y que no recuerde ya que es hija del negro mundo egipcio, un mundo que la oscureció totalmente.

Debe olvidar todo lo que no es él, y considerar la fealdad en que se hallaba cuando llevaba a pastar los rebaños de sus sentidos, que eran como machos cabríos que apestaban a causa del pecado, cerca de los albergues de los pastores, o más bien de los mercenarios, ya que los mundanos son falsos pastores que devoran a las ovejas. Entonces las almas de las ovejas que han sido blanqueadas en la artesa, se vuelven, a causa de la maldad de ellos, sucias como el mundo, que, como dice San Juan, está inmerso en la malicia, ya que sus cimientos la concupiscencia de los ojos, la de la carne y la soberbia de la vida.